

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ  
ESCUELA DE POSGRADO



**Salir a caminar.**

**La influencia de las fachadas en la experiencia estética para una  
disposición a empatizar con las calles: Una aproximación cualitativa**

**TESIS PARA OPTAR EL GRADO ACADÉMICO DE MAGÍSTER EN  
SOCIOLOGÍA**

**AUTOR**

Miguel Alex Córdova Ramírez

**ASESOR:**

Omar Pereyra Cáceres

Mayo, 2020

## RESUMEN

La presente tesis explora el *salir a caminar* como una experiencia estética para una disposición a empatizar con las calles. Pues, si bien todas las ellas son caminables, no en todas se puede *salir a caminar*. Realizarlo implica más que una concepción utilitaria de la calle, sino una que propicia la exploración y el descubrimiento urbano. Se enfatiza en la influencia de las fachadas en esa disposición proponiendo un estudio comparativo entre sus diversas organizaciones ornamentales. De esa manera, se investigó cualitativamente la influencia del ambiente construido en las percepciones e imaginarios urbanos pero de una manera empírica. Mediante un análisis formal de las fachadas y su interrelación con entrevistas realizadas a jóvenes adultos en los distritos de Lince, Jesús María y en el barrio de Santa Beatriz, sostengo que es posible una disposición a empatizar con las calles cuando se identifica en sus fachadas una idea de *vida*, la cual se manifiesta en cualidades y propiedades formales relacionadas con los aspectos de localización, visibilidad, variedad, sentido de comunidad e historización. Asimismo, expongo las principales reflexiones de las personas entrevistadas surgidas de ese proceso empático en torno a la modernización de la ciudad, los responsables del cambio en ella y a una disposición a mejorarla. A partir de aquello, sostengo que las personas que he entrevistado tenían una mayor disposición a empatizar con fachadas que consideraban que daban vida a la calle, aumentando con ello su disposición a salir a caminar. Por lo tanto, si una fachada posibilita el salir a caminar –con toda la complejidad que eso conlleva– es una primera demostración empírica en que influyen en una disposición a empatizar con la calle, lo cual nos permitiría introducirla en los debates sobre el espacio público como elemento que les da esa cualidad habitacional. Así como también discutir la dicotomía de lo público y lo privado cuando las fachadas se posicionan en un área gris, elementos privados pero de percepción pública. Concluyo discutiendo sobre las implicancias que conlleva la construcción de nuevos edificios, los procesos y resultados de una empatía con el ambiente construido, las relaciones entre lo público y lo privado con la introducción de las fachadas en el debate y un significado de una vida en la calle.

**Palabras clave:** Caminar, Empatía, Organización ornamental, Fachadas, Vida, Espacio público.

## AGRADECIMIENTOS

Considero que soy una persona a la cual le gusta caminar y observar los lugares por donde camino. En ese sentido, quisiera empezar agradeciendo a todas aquellas personas que, de alguna manera u otra, me enseñaron a salir a caminar y observar mi ciudad. A mi madre por aquellas caminatas al colegio tomado de su mano y a mi padre por todas esas veces que me llevó en sus hombros cuando regresábamos del mercado. A mi abuela por aquellos paseos en La Victoria y a mis amigos de la infancia por todas aquellas primeras exploraciones urbanas que muchas veces las realizábamos a escondidas de nuestros padres. Todas aquellas experiencias quedaron grabadas en mi memoria. En segundo lugar, quisiera agradecer a todas aquellas personas que me ayudaron en el proceso del desarrollo de esta tesis, desde los autores de los diversos libros que leí hasta todos los profesores de la maestría y en especial a Omar Pereyra cuya asesoría y paciencia fueron de gran respaldo y confianza. Finalmente, me gustaría agradecer a los dieciséis jóvenes adultos de Lince, Jesús María y Santa Beatriz que entrevisté por permitirme ver desde sus diversos puntos de vista lo que es caminar por una ciudad como la nuestra. Sin su ayuda, nada de lo que se expone en este documento hubiera sido posible. A todas aquellas personas, mis más sentidos agradecimientos.

## ÍNDICE

RESUMEN .....	2
AGRADECIMIENTOS .....	3
1. INTRODUCCIÓN.....	8
1.1. Planteamiento del problema de investigación .....	13
1.1.1. Justificación .....	13
1.1.2. Relevancia sociológica .....	16
1.1.3. Objeto de Estudio .....	19
1.1.4. Preguntas de investigación .....	24
1.1.5. Objetivos del estudio .....	25
1.2. Marco Teórico .....	29
1.2.1. Una comprensión social de la empatía.....	33
1.2.2. Tener y dar vida.....	60
1.2.3. Las caras de una calle.....	67
1.2.4. La función del ornamento .....	70
1.3. Metodología .....	73
1.3.1. Ámbito de estudio y población a estudiar .....	73
1.3.2. Diseño de investigación.....	86
1.3.3. Selección de casos.....	86
1.3.4. Variables .....	89

1.3.5. Técnicas de recolección .....	90
1.3.6. Limitaciones y otras consideraciones .....	101
2. SALIR A CAMINAR: LA EXPERIENCIA ESTÉTICA COMO UN MEDIO PARA UNA DISPOSICIÓN A EMPATIZAR.....	109
2.1. Localización .....	111
2.2. Visibilidad.....	114
2.3. Variedad.....	118
2.4. Sentido de comunidad .....	125
2.5. Historización .....	139
2.6. Una empatía con la vida.....	147
3. LA CIUDAD EN LA CALLE: LA EXPERIENCIA ESTÉTICA PARA DUDAR Y CUESTIONAR LO QUE ES VIVIR EN LA CIUDAD .....	157
3.1. La modernización de la ciudad.....	158
3.2. Responsables del cambio .....	162
3.3. Una disposición a mejorar.....	165
4. CONCLUSIONES FINALES.....	170
5. BIBLIOGRAFÍA.....	188

### FIGURAS

Figura 1: Próximo reemplazo de un edificio por otro en el Jirón Huayna Cápac, Jesús María.....	12
---	----

Figura 2: Fachadas de edificios privados que componen una calle pública - Calle Carmen Alto, Cusco.....	24
Figura 3: Fachadas con estructuras geométricas distintas influyen en el nivel de la disposición a empatizar con ellas – Jirón Colón, Trujillo .....	59
Figura 4: Puertas con niveles distintos de vida en los distritos de Lince y Jesús María, Lima .....	63
Figura 5: El nivel de vida de los objetos no depende únicamente de su complejidad formal, sino también de la capacidad de estas para hacernos sentir vivos.....	66
Figura 6: Ejemplo de cómo las fachadas de los edificios que contienen una calle le dan a esta un carácter habitacional - Cuadra 1 del Jirón Carabaya, Centro de Lima.....	69
Figura 7: Ornamento en construcciones del Antiguo Perú – Complejo Arqueológico de Chan Chan, Trujillo.....	71
Figura 8: Ornamento con patrones naturales - Calle San Juan de Dios, Arequipa.....	73
Figura 9: Cantidad de proyectos nuevos en stock en los distritos de la zona centro y suroeste de la Ciudad de Lima .....	75
Figura 10: Ejemplo del reemplazo de un edificio por otro con una fachada de organización ornamental distinta en la avenida Trinidad Morán, Lince .....	77
Figura 11: Fachadas categorizadas como Tipo A en Lince, Jesús María y Santa Beatriz.....	82
Figura 12: Fachadas categorizadas como Tipo B en Lince, Jesús María y Santa Beatriz.....	83

Figura 13: Ubicación de las fachadas seleccionadas en Lince, Jesús María y Santa Beatriz.....	84
Figura 14: Cartilla de fachadas Tipo A de Lince.....	94
Figura 15: Cartilla de fachadas Tipo B de Lince.....	94
Figura 16: Cartilla de fachadas Tipo A de Jesús María.....	95
Figura 17: Cartilla de fachadas Tipo B de Jesús María.....	95
Figura 18: Cartilla de fachadas Tipo A de Santa Beatriz.....	96
Figura 19: Cartilla de fachadas Tipo B de Santa Beatriz.....	96
Figura 20: Esquema de procesamiento de información.....	100

### TABLAS

Tabla 1: Síntesis de las 15 propiedades fundamentales propuestas por Alexander.....	26
Tabla 2: Distinción de las fachadas de las calles según los promedios del índice de los niveles de presencia de las 15 propiedades.....	81
Tabla 3: Lista de personas entrevistadas en Lince, Jesús María y Santa Beatriz.....	88
Tabla 4: Resumen de hallazgos.....	150

## 1. INTRODUCCIÓN

Por mucho tiempo se ha manifestado que la ciudad de Lima sufre de distintos problemas que parecieran no tener solución. La antipatía, la indiferencia y la inseguridad resaltan entre los principales temas que preocupan a la mayoría de limeños (Espinosa, Calderón-Prada, Burga, & Güímac, 2007; Ponce Díaz, 2015; Gaudino Di Meo, 2017; Observatorio Lima Cómo Vamos, 2019). ¿Cuán influyente es el ambiente construido para posibilitar o limitar comportamientos y conductas que ayuden a afrontar aquellos problemas? Diversas investigaciones sostienen que la empatía es la capacidad que permite la socialización ¿En qué medida puede ayudar el ambiente construido para generar una disposición a empatizar que permita un interés por los otros, comprenderlos, valorarlos y respetarlos?

Cuando una persona menciona que va a “salir a caminar” ¿Qué está diciendo en realidad? ¿Qué hace distinto al “salir a caminar” del simplemente “caminar”? Considero que el *salir a caminar* es una experiencia estética puesto que mediante aquel sencillo movimiento nos sumergimos en los complejos sistemas que organizan el ambiente construido –tanto urbanos como rurales–. Es decir, nos permite apreciarla, observarla, explorarla, juzgarla, cuestionarla, criticarla, evaluarla, valorarla, amarla u odiarla (Scruton, 1983). Por tal motivo, para salir a caminar por algún lugar no se necesita información previa de este, no se necesita un vínculo preexistente con el lugar puesto que al realizarla se estarán dando los primeros “pasos” para que estos se creen. En otras palabras, y tal como mencionó De Certeau (2000:116) “andar es no tener un lugar”, es estar en ese

proceso de búsqueda de uno, es estar abierto a la experiencia. Por consiguiente, no conocer la ciudad de Asunción no evita que se pueda salir a caminar por sus calles, así como tampoco evita salir a caminar por las calles de la ciudad de Brujas sin haberlas conocido antes. Salir a caminar puede ser entendida como una primera etapa para la recolección de información que nos ayudará a ordenar y comprender nuestro entorno –por ejemplo una calle–, por lo tanto, todos los elementos que la componen influyen en aquella experiencia estética.

Las calles son el ambiente construido más común en las ciudades (Lynch, 2008) y sus fachadas son parte de todo ese bagaje que moldea las percepciones e imaginarios urbanos que uno pueda tener sobre ellas (Salesses, Schechtner, & Hidalgo, 2013). Entonces ¿qué ocurre cuando parte de los elementos que la componen empiezan a cambiar o son reemplazados? ¿Hacia dónde se dirige ese cambio? ¿Es simplemente un cambio físico o también involucra un cambio social? Los resultados de la presente investigación muestran que ese concepto de “salir a caminar” interactúa y se relaciona con una empatía y con una idea de vida.

En los últimos 20 años aproximadamente, la ciudad de Lima ha experimentado diversas transformaciones significativas, muchas de ellas a consecuencia de cambios económicos e institucionales en donde se ha reducido el tamaño e injerencia del Estado y aumentado el papel del sector privado, es decir, una clara influencia neoliberal (Gonzales de Olarte, del Solar Rizo Patrón, & del Pozo Segura, 2011). Aquello, ha consolidado a la ciudad de Lima como un

centro urbano y económico en relación con las demás ciudades del país (Vega Centeno, y otros, 2019).

A partir de esas reformas, muchas de ellas promovidas por organismos multilaterales a principios de los años 1990 (Rolnik, 2017), el mercado inmobiliario limeño tuvo un impulso que marcó aún más la centralidad de Lima y su densificación, manteniendo a los distritos de las zonas centro –Breña, Cercado, La Victoria, Rímac y San Luis– y suroeste –Barranco, Jesús María, Lince, Magdalena, Miraflores, Pueblo Libre, San Isidro, San Miguel y Surquillo– de la ciudad como los más poblados con más de 15,000 habitantes por kilómetro cuadrado y los que han acogido la mayor parte de la oferta inmobiliaria (Gonzales de Olarte, del Solar Rizo Patrón, & del Pozo Segura, 2011).

No obstante, entre 1993 y 1997 la industria de la construcción edificaba viviendas que estaban enfocadas sólo para el nivel socioeconómico A –el de mayores ingresos– con la intención de evitar grandes riesgos, de esta forma un gran sector de la población quedó excluida de ese mercado (Calderón, 2009). Esto no significó que sectores más bajos produzcan ciudad centralizándose en zonas específicas que promoverán las segregaciones urbanas que caracterizan a la ciudad de Lima (Pereyra, 2018).

A consecuencia de lo anterior, se evidenció que únicamente el mercado no podía solucionar el problema; por lo cual actores económicos como entidades financieras e inmobiliarias solicitaron la eliminación de algunas regulaciones y el subsidio público (Bensús, 2018). Fue así, que en 1998 el Estado interviene en el mercado inmobiliario creando el Fondo Hipotecario de Promoción de la Vivienda,

o Fondo Mivivienda, para facilitar la inserción de otros niveles socioeconómicos, no obstante, los que más se beneficiaron fueron los de ingresos medios (Calderón, 2009; Pereyra, 2018).

Ahora bien, esta flexibilidad en la regulación para incentivar la economía y con ella la densificación de la ciudad, trajo consigo que estas dinámicas de densificación no siguieran una lógica de planificación, sino una de mercado. Con ello, se dejó de lado una perspectiva conjunta de la ciudad y se siguió sin atender la demanda de vivienda de niveles socioeconómicos más bajos, es decir, una densificación no planificada que ha reforzado los patrones de segregación residencial (Bensús, 2018; Pereyra, 2018). Esta expansión horizontal de la ciudad sobre terrenos agrícolas y zonas áridas que se encontraban en los alrededores propició la aparición de nuevas centralidades motivadas, en un primer momento, por una densificación residencial y luego por la movilidad urbana. Lima desarrolló así diversos centros de distintos niveles de atracción en toda la ciudad pero manteniendo a su zona centro y suroeste como la de mayor atracción (Vega-Centeno, 2017). Aquello significó que a pesar de que la ciudad se haya expandido y con ella hayan aparecido nuevas centralidades, estas no logren descentralizar los desplazamientos, incrementando y consolidando así las desigualdades socioespaciales. En otras palabras, en Lima el centro sigue siendo el *centro*, limitando así su accesibilidad a gran parte de la población (Vega Centeno y otros, 2019).

En ese contexto, en las zonas centro y suroeste de la ciudad de Lima la experiencia de vivir se ha modificado y transformado. Gran número de las

distintas calles de esas zonas continúan atravesando un cambio que involucra el reemplazo de unos edificios por otros. Estos nuevos edificios traen consigo una nueva forma de experimentar la calle cuando se sale a caminar por ella, pues, las organizaciones ornamentales de sus fachadas difieren de las previamente existentes. ¿Cuál es el nivel de disposición a empatizar de las personas con esos nuevos edificios? ¿Igual, menor, mayor?

**Figura 1: Próximo reemplazo de un edificio por otro en el Jirón Huayna Cápac, Jesús María.**

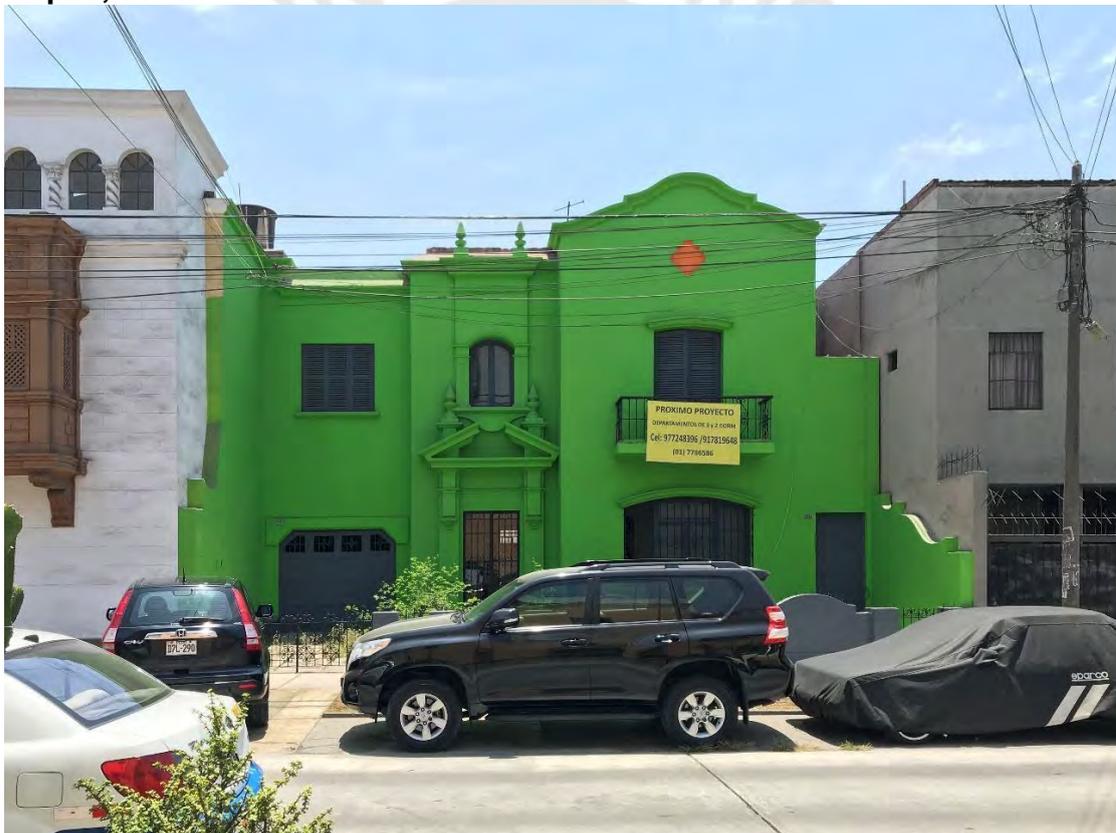


Foto del autor

Por otro lado, en los últimos años muchos de los proyectos inmobiliarios que se ofrecen en la ciudad tienen como principal objetivo a jóvenes adultos quienes buscan un lugar donde vivir (Mejía, 2017; Diario Gestión, 2019). En varias ocasiones se ha asumido que a ellos solo les interesa las cosas novedosas,

globales o modernistas (Begazo Villanueva & Fernandez Baca, 2015; Ruggeri, 2017). ¿En realidad eso es cierto? ¿Pueden los jóvenes adultos desarrollar un interés por cosas antiguas? ¿Pueden tener una disposición a empatizar por elementos de la ciudad que hacen recordar su historia y tradición?

La presente tesis intentó explorar todas estas cuestiones, pero sobre todo, intentó revelar la influencia de las fachadas –elemento del ambiente construido– en nuestra vida urbana. La empatía, en ese sentido, fue entendida como una capacidad para la obtención de información del entorno y así tener las herramientas suficientes para mejorar las condiciones de vida que existen en nuestra ciudad.

## 1.1. Planteamiento del problema de investigación

### 1.1.1. Justificación

Diariamente las personas se relacionan, vinculan o interactúan entre ellas. Sin embargo, estas también interactúan con otros sujetos no humanos –objetos físicos, otros animales, ideales, instituciones, situaciones, etc. – considerándolas tanto o más importantes en relación a los significados que le atribuyen (Blumer, 1986). El ambiente construido puede integrarse al conjunto de esos otros elementos, entendiéndose como el ambiente que ha sido construido y modificado por los seres humanos, como son las calles, las plazas, los edificios; en otras palabras, aquellos elementos con los cuales se interactúa cuando se sale a caminar por las ciudades.

Esta interacción es muchas veces considerada como irrelevante por las sociedades dado que suponen que su influencia es escasa en el quehacer diario,

conducta o vida social, a pesar que en diferentes disciplinas se ha demostrado los distintos niveles de influencia del ambiente construido en la salud y bienestar humano (Williams, 2013). No obstante, gran parte del análisis de la relación del ambiente construido y la vida social o psicológica ha sido estudiado bajo un enfoque del bienestar representado en la salud pública –higiene, uso del espacio, movilidad urbana, etc. – más poco se ha explorado en las características simbólicas y expresivas de la atmósfera que genera un ambiente construido (Ulrich, 1979).

Ahora bien, uno de los tantos ambientes construidos que se pueden encontrar en la ciudad son los espacios públicos, los cuales participan en gran medida cuando sus ciudadanos se imaginan o perciben en qué tipo de ciudad están viviendo (Lynch, 2008). No obstante, cuando se aborda el tema de espacios públicos, estos se concentran en plazas, parques o áreas verdes y quedan rezagados los espacios que más abundan en la ciudad: *las calles*.

Las calles son talvez los espacios más representativos de lo que significa la vida urbana (Jacobs, 2011; Gehl, 2011) y poseen una configuración particular. Si bien albergan lugares y áreas de uso público –como las aceras, calzadas y en algunos casos edificios públicos–, en su gran mayoría están definidos por edificios privados o de particulares. Estos edificios privados poseen un elemento especial, el cual está ubicado precisamente en el límite de lo que es público y privado o, como muchos afirman, en el umbral que los hace dialogar (Holston, 1989), estamos hablando de *las fachadas*.

La fachada es la “cara” que un edificio –sea de uno, dos, tres o diez niveles– ofrece y muestra a la ciudad. Por más privado que sea el edificio, la percepción de su fachada es pública y colectiva. Por consiguiente, ¿por qué no añadirlo en el análisis del espacio público? Si al igual que las aceras o el mobiliario urbano, las fachadas son claros influyentes en la configuración y la experiencia de caminar por una calle, tanto así que muchas de las calles consideradas las más bellas del mundo lo son en gran medida por las fachadas de los edificios que las contienen (Mafi, 2018).

Ahora bien, a lo largo de la historia de la humanidad se han suscitado infinidad de problemas sociales y en ese contexto nuestra realidad no escapa de ellos. Los habitantes de la ciudad de Lima muestran gran preocupación por lo que perciben son los grandes problemas de su ciudad, entre los que destacan la inseguridad ciudadana, la limpieza pública, la falta de cultura ciudadana, la baja calidad de los espacios públicos, entre otros (Observatorio Lima Cómo Vamos, 2019) ¿Cuánto tiene que ver el ambiente construido, no solo en la propagación de estos problemas, sino también en ayudar a solucionarlos? ¿Qué habilidad nos está faltando para poder intentar buscar una solución? y, sobre todo, ¿qué papel juega la experiencia estética que tenemos de nuestras ciudades para desarrollar aquella habilidad?

Paralelamente, diversas zonas de la ciudad de Lima se están transformando a partir de las reformas económicas suscitadas desde hace un poco más de 20 años que han impulsado casi de una manera constante el crecimiento del mercado inmobiliario limeño (Gonzales de Olarte, del Solar Rizo Patrón, & del

Pozo Segura, 2011). Las más beneficiadas de la liberación de ese mercado han sido la zona centro –Breña, Cercado, La Victoria, Rímac y San Luis– y suroeste –Barranco, Jesús María, Lince, Magdalena, Miraflores, Pueblo Libre, San Isidro, San Miguel y Surquillo– en donde diversos edificios están siendo demolidos para dar paso a unos nuevos. Sin entrar al campo de la valoración subjetiva de la calidad de estas nuevas construcciones. ¿Cuánto se sabe de cómo estos cambios en sus calles y barrios influirán en la vida social de sus habitantes? ¿Se mantiene estable o cambia? Y si cambia ¿Hacia dónde se dirige ese cambio?

En aquellas zonas se están construyendo nuevos barrios y con ellos una nueva sociedad. Por tal motivo la presente investigación intentó contribuir a entender la influencia y relación de estos cambios físicos en el ambiente construido en un aspecto particular de la vida social de los ciudadanos, revelando así las oportunidades que podemos aprovechar y las que estamos desperdiciando.

#### 1.1.2. Relevancia sociológica

Las relaciones e interacciones sociales –por más pequeñas o efímeras que hayan sido– no han sucedido en el vacío. Desde las que se dan en la esquina de una calle hasta las que se dan en una fábrica o prisión. Todas, de alguna manera u otra, han sido enmarcadas dentro del –llámese– espacio, contexto, medio ambiente o entorno. En otras palabras, las ciencias sociales han necesitado ubicar a los seres humanos en un contexto espacial y temporal para validar sus hipótesis.

En ese sentido, al ser el ambiente construido un producto de la sociedad, es decir, la creación de un grupo o conjunto de personas, sería inconcebible pensar que no existiese alguna relación o vínculo entre esta y su creador –la sociedad– pudiéndose inferir inclusive que muchas de las cualidades o características de la sociedad se reflejan en ella. Entonces, existe la posibilidad de analizar y comprender cierta sociedad analizando sus productos, tal como sucede en la arqueología. Dicho de otro modo, todo lo que nos hace humanos está impregnado en lo que hacemos y no solo eso, todos nuestros defectos y debilidades también.

Sin embargo, esta relación entre sociedad y espacio debe profundizarse más, puesto que el espacio no solo es producto de la sociedad, sino también productor de lo social (Lefebvre, 2013). En ese sentido, el ambiente construido debe considerarse como un agente más dentro de la constitución y acción social, es decir, como un reactor socio-espacial (Gottdiener & Hutchison, 2011). Ahora bien, lo más cercano al estudio de aquella interacción es lo realizado por la sociología urbana en todas y diferentes vertientes. No obstante, muchas veces al enfocarse en la composición u organización de este ambiente se ha relegado el estudio de su organización estética –representado muchas veces por su ornamentación–. En otras palabras, existe un vacío sobre la comprensión social de la ornamentación o elementos expresivos del ambiente construido.

La interacción entre las personas y su ambiente construido produce diversos resultados, desde las más cognitivas como puede ser el ordenamiento subjetivo del entorno hasta las más afectivas como la alegría o el miedo; y entre todas

ellas puede surgir una disposición a empatizar con él. Si esto es posible es necesario introducirlos en el debate de lo social, de lo común. Como describe Hochschild (1990), el universo simbólico de un actor social no solo está comprendido únicamente por ideas o cogniciones. Para ella, un actor social es al mismo tiempo consciente y sentiente. Las emociones han cobrado relevancia en las últimas discusiones académicas, puesto que estas son reflejo, condición y substrato último de toda reflexividad humana y social en donde su obviedad no revelaría con precisión la realidad analizada (Bericat, 2000; Stets & Turner, 2006).

Finalmente, las ciencias sociales siempre han mostrado un ímpetu e interés por intentar entender y comprender distintas realidades, darles una voz y mostrar su punto de vista. En ese sentido, la sociología es una ciencia empática por naturaleza, por lo que un análisis que muestre y trate de entender las percepciones y las consideraciones estéticas puede ser comprendido dentro de su marco de trabajo. Investigaciones que relacionen las cualidades espaciales con las sociedades que las habitan ofrecen la oportunidad de revelar qué sociedad somos y en cuál nos estamos convirtiendo, pues, en muchas ocasiones somos los lugares que habitamos. Por consiguiente, mi propuesta es que algo considerado tan simple, corriente y hasta vulgar como es el “salir a caminar” puede generar relevantes conocimientos.

### 1.1.3. Objeto de Estudio

El principal objeto de estudio de la presente tesis fue la influencia de las fachadas en la experiencia estética del salir a caminar para una disposición a empatizar con las calles.

Aquello surgió de comprender a la empatía como una herramienta para la socialización (Davis, 2006). Sin embargo, diversos informes resaltan que entre los principales problemas de los ciudadanos limeños esta la falta de conciencia social a consecuencia de una insatisfacción de vivir en Lima (Observatorio Lima Cómo Vamos, 2019). Esto hace necesario revelar cómo la empatía podría ayudar a mejorar esta situación.

Los estudios sobre la empatía en el Perú han estado orientados hacia las ciencias de la salud (Morales-Concha, Ccarita-Yucra, Marroquin-Santa Cruz, & Atamari-Anahui, 2018), la psicología (Mérino-Soto & Grimaldo-Muchotrigo, 2015) y las relaciones sociales (Quintanilla Pérez-Wicht, 2004), es decir, hacia la interacción persona-persona. No obstante, esas interacciones no suceden en el vacío y el espacio debe dejar de ser visto como un contexto para ser introducido como un actor en las discusiones. Por ende, existe un vacío en el Perú sobre el estudio de la empatía en la interacción persona-espacio o, mejor dicho, persona-objeto y, más aún, si se considera que gran parte de la población limeña muestra insatisfacción con las diversas infraestructuras urbanas y el espacio público de su ciudad (Observatorio Lima Cómo Vamos, 2019).

La empatía es lo que coloquialmente se entiende como el “ponerse en los zapatos del otro” para entender y comprender qué es lo que piensa y/o siente, y a partir de ahí generar estrategias para actuar de la manera más adecuada a su situación (Davis, 1996). Por lo tanto, para referirnos a una empatía tenemos que considerar el conjunto de los procesos –intentar entender, intentar comprender– que pueden ser cognitivos o no y de las respuestas –la adecuación o no de los comportamientos surgidos a partir de una interpretación– que pueden ser intrapersonales o interpersonales (Davis, 1996). De ahí que algunos científicos prefieren dividirla entre una empatía disposicional y una situacional (Kim & Kou, 2014; Fernández-Pinto, López-Pérez, & Márquez, 2008).

No obstante, esa definición está bastante orientada hacia la interacción persona-persona, por lo que para una interacción persona-objeto merece una aproximación distinta. Este tipo de interacción sí ha sido explorada desde el campo teórico de la filosofía y la psicología ambiental (Currie, 2011; Tam, 2013), sin embargo, se posee aun escasos resultados prácticos para desarrollar índices de medición como sucede en la interacción persona-persona. Lo que se puede validar es que en este tipo de interacción no se asume que alguien va a experimentar empatía solo porque está expuesta a un objeto, sino que para que esto suceda tiene que haber una disposición a empatizar –una intención por parte de las personas–. Aquello es entendible puesto que la habilidad para empatizar de las personas no se entiende como algo universal u homogéneo, sino como una habilidad intrínseca pero desarrollada en niveles. Es decir, cada persona posee un nivel distinto de la disposición a empatizar la cual puede ser

incrementada o disminuida (Ruiz-Junco, 2017) por lo que algunos afirman incluso que es una capacidad biológica pero regulada cognitivamente (Ruiz-Junco, 2017; Davis, 2006).

Ahora bien, en ese nivel disposicional no solo importa el nivel de nuestras habilidades empáticas, sino también las características o expresiones fisiológicas del objetivo a empatizar (Kim & Kou, 2014). Por ejemplo, si es que deseamos empatizar con una persona, tenemos que identificar cuál es la situación de esta. Tenemos que percibir por ejemplo la tristeza en su mirada o la alegría en el tono de su voz. Solo así podremos actuar de la manera más adecuada a su situación. Por lo tanto, aunque parezca una interacción unidireccional, ambos estamos ejerciendo agencia en la experiencia empática. En resumen, la eficiencia de una experiencia empática depende de lo que una persona muestre o no y de cómo nosotros lo interpretemos, es un diálogo, una interacción.

De ese nivel disposicional es de donde se desprendió mi propuesta para estudiar una empatía con los objetos. En donde no solo importa el nivel de nuestra habilidad empática, sino también las características físicas –lo que decide o no mostrar– del objetivo a empatizar –tales como las fachadas de una calle–. Por ende, no pretendí analizar las respuestas interpersonales de esa empatía –dado que no existen aún los criterios ni mecanismo para hacer esas mediciones–, sino las influencias que ocurren en el nivel disposicional –en el proceso que involucran aspectos cognitivos y afectivos, y ciertas respuestas intrapersonales–.

Lo anterior es una de las dificultades sobre la empatía con los objetos ya que solo existe la afirmación de que sí es posible empatizar con ellos, pero aún se sigue explorando cuales son las condiciones para que estos sucedan. Por lo que la presente investigación intentó contribuir a ese debate revelando qué propiedades o características físicas del ambiente construido pueden propiciar una disposición a empatiza con ella. Una disposición que luego podría desarrollarse en respuestas empáticas interpersonales.

Por otro lado, en esa disposición a empatizar con el ambiente construido – que puede ser alguna calle o lugar– quise enfocarme en la experiencia urbana del salir a caminar. Consideré que en esa acción podía revelar los métodos y juicios por las cuales las personas valorizan las características físicas del ambiente construido para luego decidir por cual calle salir a caminar. Aquello fue importante para mi propuesta ya que pude revelar que todas las calles sí eran caminables –físicamente hablando– pero no en todas ellas se puede “salir a caminar” –una valoración subjetiva–.

En ese sentido, no pretendí enfocarme en toda la experiencia abstracta y compleja que implica el salir a caminar –que pueden suponer perspectivas históricas, sociales, económicas, etc. – ya que mi prioridad fue revelar qué propiedades físicas del ambiente construido influían en los juicios de las personas. Mi propósito fue introducirme en el debate desde una rama de la filosofía que estudia la manera en que el ser humano interpreta los estímulos sensoriales que recibe de su entorno, es decir, desde la estética (Baumgarten,

1975). Visto desde otro ángulo, mi propósito fue contribuir en el conocimiento sensible de las cosas.

Por lo tanto, decidí enfocarme en la experiencia estética (Scruton, 1983). Y cómo mediante ella revelar percepciones e imaginarios urbanos –procesos y respuestas intrapersonales– que las personas luego utilizan para construir sus valoraciones y categorizaciones, como por ejemplo la simple decisión de por dónde salir a caminar.

Esta idea del salir a caminar lo posicioné en el espacio público, no obstante, por temas metodológicos prioricé a las calles. Ahora bien, ellas poseen innumerables variables físicas que dificultan una comprensión general de esa experiencia estética. Por lo tanto, mi propuesta se focalizó en un solo elemento que considero como el que ha sido relegado en la discusión sobre los espacios públicos: las fachadas.

Elegí las fachadas de los edificios porque a pesar de que su percepción se da desde lo público –las calles o las plazas– son consideradas como elementos de lo privado y mi intención fue problematizar esa noción dado que las considero como los elementos privados más públicos que puede tener un edificio. Por lo tanto, si influye en la experiencia estética del salir a caminar por el espacio público –las calles– merece ser considerado como un componente más de este. En ese sentido, mi propósito fue introducir en el debate del espacio público al elemento que considero yo más público de un edificio privado.

**Figura 2: Fachadas de edificios privados que componen una calle pública - Calle Carmen Alto, Cusco**



Foto del autor

#### 1.1.4. Preguntas de investigación

A partir de lo explicado anteriormente, para la presente tesis se planteó la siguiente pregunta de investigación:

*¿De qué manera la organización ornamental de las fachadas de los edificios que contienen a una calle se relaciona con la disposición de las personas para empatizar con ella mediante la experiencia estética del salir a caminar?*

Las preguntas específicas de investigación que ayudaron a resolver la pregunta general fueron las siguientes: (1) ¿De qué manera el salir a caminar se

concibe como una experiencia estética? (2) ¿De qué manera la disposición a empatizar con las fachadas se manifiesta en percepciones e imaginarios urbanos? (3) ¿Cómo son los procesos y respuestas intrapersonales que moldean las percepciones e imaginarios urbanos? (4) Qué características físicas de la organización ornamental de las fachadas influyen en la disposición a empatizar? (5) ¿Qué relación existe entre una calle con una determinada organización ornamental de sus fachadas y la disposición a empatizar con ella?

#### 1.1.5. Objetivos del estudio

Para responder a la pregunta de investigación se plantearon los siguientes objetivos: (1) Identificar y caracterizar las diferentes organizaciones ornamentales de las fachadas de los edificios de distintas calles. (2) Explorar y describir la disposición de las personas a empatizar por las distintas calles. (3) Analizar la relación entre la organización ornamental de las fachadas de los edificios de una calle con la disposición de las personas a empatizar con ella.

La primera inferencia realizada mediante la observación y exploración de las calles de una zona de la ciudad –centro y sureste– fue que algunas de las nuevas construcciones que se han realizado difieren en cuanto a su organización ornamental y configuración a las fachadas de los edificios previamente existentes; siendo muchos de estos derrumbados para dar paso a estas nuevas. Por ende, es deducible que estos cambios generarían algunas modificaciones en las percepciones e imaginarios urbanos orientados hacia una disposición a empatizar con las fachadas de una calle mediante el salir a caminar.

Esta diferencia formal no fue tratada como un simple cambio de estilo o de antigüedad, puesto que limitaría una comparación medible y sería susceptible a una valoración subjetiva. Por consiguiente, la comparación y análisis de estas organizaciones ornamentales estuvieron basadas en el nivel de presencia de las 15 propiedades geométricas que, según Alexander (2002), aparecen una y otra vez en las cosas que consideramos "vivas". Estas 15 propiedades fueron las características formales que se utilizó para distinguir y clasificar las distintas fachadas de las zonas de estudio y se hará referencia a ellas durante toda la investigación.

Las 15 propiedades son: (1) *Niveles de escala*; (2) *Centros fuertes*; (3) *Bordes gruesos*; (4) *Repetición alternada*; (5) *Espacio positivo*; (6) *Buena forma*; (7) *Simetrías locales*; (8) *Complementariedad profunda y ambigüedad*; (9) *Contraste*; (10) *Degradación*; (11) *Rugosidad*; (12) *Ecos*; (13) *el Vacío*; (14) *Simpleza y calma interior*; y (15) *la No-Separación*. En la siguiente tabla se hace una síntesis de sus definiciones.

**Tabla 1: Síntesis de las 15 propiedades fundamentales propuestas por Alexander.**

Propiedad	Descripción
Niveles de escala	Una jerarquía de escalas en constante algorítmica de $e \approx 2.7$ y la secuencia Fibonacci.
Centros fuertes	Región importante del espacio unida coherentemente. Pueden ser "definidos", algo al centro que atrae la atención, o "implícitos", bordes que atraen la atención al centro.
Bordes gruesos	Próxima escala más pequeña con respecto a lo que encierra. Definen los centros implícitos.

Repetición alternada	Definen la información en componentes que se repiten mediante la utilización del contraste generando alternancia que ayudan a la traslación simétrica.
Espacio positivo	Posee límites y cualidad de convexo. Evita la presencia de objetos salientes.
Buena forma	Sobrecarga de información reducida por simetrías. "Buena" hace referencia a que es "fácilmente entendible" satisfaciendo la necesidad de información compacta del cerebro.
Simetría locales	Simetrías dentro de la jerarquía de escalas. Subsimetrías múltiples que actúan dentro de simetrías mayores.
Complementariedad profunda y ambigüedad	Regiones entrecruzadas en una interfaz semipermeable que permite una transición no abrupta desde una región a otra.
Contraste	Define las distintas subunidades y distingue entre unidades yuxtapuestas. Crea simetrías opuestas entre figura y fondo.
Degradación	Cambios y transiciones controladas gradualmente. Permite salirse de la uniformidad.
Rugosidad	Superficies totalmente no lisas. El ornamento puede ser interpretado como una "rugosidad" controlada en una geometría suave.
Ecos	Forma que procede a otra fractalmente. Pueden ser "de traslación", similares en misma escala pero en distinta posición, y "escalar", similares pero magnificadas en distintas escalas.
El vacío	Parte vacía que equilibra regiones de intenso detalle.
Simplicidad y calma interior	Coherencia general y falta de desorden. Simple hace referencia a que es extremadamente complejo pero altamente coherente.
La no-separación	Imposibilidad de extraer una pieza de un todo coherente más grande. Una mezcla sin uniones entre una enorme cantidad de componentes complejos.

Fuente: Elaboración propia basado en Alexander (2002) y Salingeros (2016).

En ese sentido, los objetivos de estudio estuvieron enfocados en revelar y explorar cuan influyente fue la organización ornamental de las fachadas en la disposición a empatizar con una calle. Con los resultados expuestos, se podría profundizar en el tema en futuras investigaciones para revelar sí aquello podría ser una herramienta para incrementar e incentivar la capacidad empática de las personas que tanto se exige a los ciudadanos. En otras palabras, el desarrollo de la habilidad empática de las personas podría estar fomentado por el ambiente construido y luego esta podría proyectarse hacia otros objetivos, como por ejemplo hacia las personas, animales, plantas y el medio ambiente. Para tales fines, la experiencia estética que se tenga de la ciudad resulta importante, la cual va más allá de la utilización de ciertos estilos decorativos u ornamentales, si no está más relacionado a propiedades o cualidades geométricas medibles.

En ese sentido, de encontrarse tal asociación tendríamos evidencia sólida para afirmar que las hipótesis de Alexander (2002), sobre la existencia de ciertas características geométricas que se pueden encontrar en las cosas que tienen “vida”, y la de Currie (2011), quien sostiene que la posibilidad de empatizar con los objetos depende de sus cualidades estéticas, podrían ser válidas. Pudiéndose deducir que una empatía con las cosas estaría relacionado con el nivel de vida que ésta tiene.

Por otro lado, revelar la relación sugeriría que las fachadas importan e influyen para el incremento de la disposición a empatizar con las calles, lo cual implicaría la introducción de las fachadas –lo que es considerado como privado–

en el debate y discusión de los espacios públicos y del bienestar social en la ciudad.

## 1.2. Marco Teórico

Dentro de la sociología y las ciencias sociales la interacción entre el ambiente construido y las relaciones sociales ha sido poco explorada. Teorías del interaccionismo simbólico (Blumer, 1986), del actor-red (Latour, 2008), los trabajos de Sennet (1978, 1997) y las exploraciones urbanas de Harvey (2008, 2013) sobre cómo la configuración y re-configuración de un ambiente construido han influido en la constitución de un orden social nos pueden ayudar a entender esta relación entre persona-objeto. Sin embargo, no es hasta la aparición de la sociología ambiental que el medio ambiente –siendo el ambiente construido parte de ella– toma relevancia para la disciplina y deja de ser considerado como contexto para entrar en las variables de la ecuación. No obstante, su énfasis aún está en la relación sociedad-naturaleza y en las consecuencias que eso involucra a todos los seres humanos como especie.

Un elemento importante del ambiente construido son los edificios que la componen, y la configuración de estos. En ese sentido, la construcción y modificación del espacio tiene un rol trascendental al momento de organizar el ambiente. Dentro de las disciplinas encargadas de su estudio encontramos dos claras escuelas sobre el oficio de diseñar y construir edificios, ambas tradiciones surgieron luego de la introducción de la industrialización. Así, tenemos por un lado todas las teorías o conceptos sobre cómo el diseño y la construcción de un edificio debe renunciar a todos los vínculos con el pasado para desarrollar un

estilo único, moderno y de vanguardia –desde los primeros textos de la Escuela de Bauhaus (Gropius, 1965) y Le Corbusier (1998), hasta los últimos manifiestos de Koolhaas, (1994)– y, por el otro lado, cómo este oficio debe respetar y revalorar los modos tradicionales de diseñar y construir –entre los que destacan los textos de Alexander (1997), Salingeros (2008) y Krier (2009)–.

Profundizando en el tema, parte de la organización de las ciudades ha recaído en la disciplina del urbanismo que desde fines del siglo XIX y a lo largo del siglo XX ha manifestado diversas y numerosas posturas de cómo organizar la ciudad (Hall, 1996). Diversos especialistas no escatimaron esfuerzos en intentar construir y materializar lo que para ellos significaba una ciudad ideal, propuestas como la Ciudad Jardín de Howard (1902), la Ciudad Radiante de Le Corbusier (1967) y la Ciudad Bella de Burnham (1909) ejemplifican estos ideales. No obstante, para todas estas propuestas solo existía un culpable de todos los males que aquejaban a la ciudad: la calle (Le Corbusier, 1967).

Tanto la Ciudad Jardín como la Radiante y la Bella priorizaban el aislamiento y la redistribución por sectores de actividades, es decir, evitar que las personas salgan a caminar y, sobre todo, si es que llegan a salir, controlar y condicionar sus acciones (Jacobs, 2011). Esta forma de entender la calle y su relación con la ciudad abriría una brecha entre lo que serían las dos posturas que dominarían el pensar y hacer las ciudades: lo propuesto por el CIAM (Congreso Internacional de Arquitectura Moderna) y una respuesta a esta. En el caso del primero, resume toda la postura orientada a adaptar y simplificar las ciudades a los diversos aspectos de la vida social, es decir, zonificar y segregar los espacios de acuerdo

a los usos y funciones que deben cumplir, teniendo en mente la idea de un hombre universal y, por ende, generalizando sus características (Mumford, 2000). En el caso del segundo, se ponen en debate todos los fundamentos urbanísticos del CIAM (Beauregard, 2002) para revalorar las diferencias y costumbres existentes en una ciudad y en sus habitantes, rescatando los modelos de asentamiento y apropiación del ambiente desarrollado a lo largo de la historia de la humanidad. (Jacobs, 2011; Alexander, 1997; Krier, 2009; Gehl, 2011).

Ahora bien, en ese contexto la relación entre el ambiente construido y la vida social ha sido abordada desde distintas perspectivas. Las más comunes han surgido para explicar y dar solución a los diversos problemas que afrontan las ciudades, entre los que se encuentran la inseguridad, la segregación, el crimen y la pobreza. Entre los tantos ejemplos existentes se puede mencionar el rol de la imagen y la apariencia de un determinado barrio o comunidad para indicar cuan preocupados están los vecinos por su mantenimiento y seguridad (Wilson & Kelling, 2001), así como también cómo la utilización de una determinada organización ornamental para nuevos edificios dentro de un barrio establecido puede favorecer o perjudicar la percepción de este por parte de sus vecinos (Albright, Derickson, & Massey, 2013).

Por otro lado, diversas disciplinas han abarcado parte de la relación entre sociedad y medio ambiente. Sin embargo, investigaciones en el ambiente construido aún se siguen desarrollando, así tenemos entre los más relevantes los trabajos realizados por Gifford (2014) y Kaplan & Kaplan (1989) en relación

a las percepciones humanas del ambiente. También existen teorías evolutivas y culturales relacionadas al vínculo con el ambiente como la biofilia (Wilson, 2003) y la topofilia (Tuan, 2007). Por otro lado, todos los conceptos desarrollados respecto a las categorías de lugar, espacio y paisaje (Agnew, 2005; Lefebvre, 2013; Tuan, 2001; Cresswell, 2004; Low, 2017) y diversos estudios antropológicos de las ciudades (Holston, 1989; Berman, 1989; Caldeira 2007; Ingold, 2002; Harvey, 2008).

Aquellos trabajos sostienen, de una u otra forma, que existe una relación estrecha con el ambiente construido y que éste no solo está basado en una dependencia utilitaria. La dimensión emotiva y simbólica también juega un rol importante. Entonces, si han existido diversas maneras de planificar una ciudad, existirán también diversas maneras de percibirlas y más aún en una en donde los cambios de paradigma han dominado su organización. Por lo tanto, una manera de percibir la ciudad es mediante un desplazamiento por sus calles, calles que son tratadas y pensadas de acuerdo a la postura que se tenga de lo que debería ser o lo que se quiere tener como ciudad.

En ese sentido, de estar en lo correcto todas las críticas al urbanismo modernista que evita la calle, la posibilidad de percibir la ciudad a través de ella se vería constreñida al no poder realizarse, es decir, ¿Qué se puede percibir de una ciudad que evita el uso de la calle, principal espacio de la construcción de la imagen de la ciudad? Si el ideal para Jacobs era construir una ciudad caminable, entonces, no solo depende del tamaño o características del camino, sino también de los elementos que componen el camino, como por ejemplo las fachadas de

los edificios que la contienen. Por ende, resultará distinto lo que uno se imagine –en la línea de Lynch– en una ciudad cuando se salga a caminar por calles con edificios de fachadas con ciertas características, que cuando se salga a caminar por otras de distintas. La experiencia estética de caminar está relacionada con la organización ornamental que tengan las fachadas, no obstante ¿En qué medida influyen en generar ciertas percepciones e imaginarios urbanos? ¿Qué facilita o dispone la aparición de, por ejemplo, una empatía? ¿Será suficiente hacer una calle caminable para tener una disposición a empatizar con ella?

#### 1.2.1. Una comprensión social de la empatía

Si bien la empatía ha sido y es estudiada por diversas ciencias, quiero aproximarme a ella y entenderla como resultado de una interacción. La complejidad que involucra el estudiar los comportamientos humanos y su influencia en quienes lo rodean, posibilita la revelación de interesantes contrastes que enriquecen la discusión. Uno de ellos es el intentar comprender cómo una especie –en este caso los seres humanos– puede desarrollar comportamientos tan opuestos, desde los más altruistas hasta los más egoístas. En ese contexto, la construcción de un concepto conocido como empatía nos permite comprender estos hechos.

La empatía es –de la manera más simple y llana posible– lo que se conoce coloquialmente como el “ponerse en los zapatos del otro”, es decir, intentar pensar y sentir como el otro. Realizarlo implica tanto un esfuerzo cognitivo como dimensiones afectivas. Tratar de entender aquello, por más sencillo que parezca, hace que mientras más se profundice en el tema más se complejice, puesto que

estamos abordando comportamientos humanos que han sido de nuestro interés desde que podemos cuestionar nuestra existencia (Hoffman, 1988).

Dada aquella complejidad, no sorprende que haya existido un gran interés por comprenderla y estudiarla desde las diversas ciencias, incrementado su complejidad conceptual y, sobre todo, la dificultad de un consenso en su definición (Davis, 1996). Por otro lado, para entender la empatía resulta necesario incorporar a las emociones como motivaciones o respuestas de ciertas acciones, esto es necesario si el objetivo es intentar comprender las realidades de las diferentes personas (Bericat Alastuey, 2000). En otras palabras, es preciso incorporar en los debates sobre la interacción al actor sentiente (Hochschild, 1975).

Ahora bien, la postura de la presente investigación intenta relacionar la empatía con actores que no son seres humanos –en este caso con las calles y más específicamente con las fachadas de sus edificios–, en ese sentido, si deseamos abordar el tema de una empatía con las fachadas o con los objetos resulta trascendente hurgar en los orígenes del concepto, puesto que en ella se encontrarán justificaciones que harán que una empresa así no parezca incoherente o irrelevante. En esa línea, a pesar de que el diverso interés sobre la empatía desde distintas disciplinas no haya terminado en un consenso sobre su definición, todos coinciden en resaltar su importancia (Coplan, 2011). Sin embargo, intentando sintetizar las diferentes posturas que se tienen de ella, podríamos aproximarnos a su significado comprendiéndola como *las reacciones que una persona tiene de las experiencias observadas del otro* (Davis, 2017).

La comprensión actual sobre la empatía es la mezcla de dos orígenes que aportaron la complejidad de esta. Por un lado, tenemos el concepto de *simpatía* –que por momentos tiende a asociarse a la empatía– y, por otro, la palabra alemana *Einfühlung* –ahora traducida al español como endopatía–.

La simpatía, si bien es asociada comúnmente con la empatía, proviene de una tradición conceptual distinta. Su origen se remonta al *Leviatán* (1651) de Hobbes, quien argumentaba que los seres humanos eran capaces de actuar bajo motivos egoístas inclusive a expensas de otros, estas motivaciones debían ser controladas por un agente que sometiera a todos. El Estado era para Hobbes lo que debía dar el orden a una sociedad y lo que controlaría las diversas acciones egoístas de quienes la componían (Davis, 1996). Luego, casi 100 años después, aparecería una visión menos pesimista de la sociedad, Smith (1997) diría que la regulación de estas motivaciones no se originaba en fuentes externas –como el Estado– sino de límites que las mismas personas se pondrían. Smith propondría a la *simpatía* como el mecanismo interno de las personas que regularía esas acciones.

A lo que él en realidad se refería era al fenómeno por el cual una persona comparte la emoción del otro, esto es, cuando por ejemplo alguien siente una pena por el dolor ajeno o alegría cuando este alcanza un logro. En otras palabras, a ese intercambio emocional entre personas (Davis, 1996). Por consiguiente, lo que intentaba resaltar Smith era que si los sentimientos de los individuos tienen un cierto vínculo entre ellos, considerar a las personas como entes aislados –como argumentaba Hobbes– era ya insostenible, así como

también la necesidad de un agente externo que obligue la cooperación entre todos ellos. En lugar de eso, Smith propondría que las acciones pro-sociales podían ser generadas internamente en cada persona de una manera aparentemente desinteresada.

Por consiguiente, Smith definió a la simpatía como una habilidad –y según él hasta como una tendencia irresistible– de las personas en experimentar un “compañerismo”. No obstante, él no advierte que las emociones que surgen de este compañerismo no necesariamente implican compartir el mismo tipo de sentimiento, ni tampoco lo distingue del fenómeno de desarrollar un determinado sentimiento a partir de experimentar el estado mental del otro (Davis, 1996). Para su definición de simpatía, se inspiraría en la definición que desarrollaría Hume en su Tratado de la Naturaleza Humana (1738) cuando este intenta explicar fenómenos psicológicos que implican una transmisión de emociones de una persona a otra. Smith toma esa definición, la revisa y la hace eje de su teoría moral y apela a la simpatía para explicar el cómo venimos a experimentar las emociones de otros, pero, para él esto involucra también una toma de perspectiva del otro imaginaria, es decir, sostiene que es también mediante la imaginación –un proceso cognitivo– que uno puede informarse de las experiencias física o afectivas que está atravesando el otro (Coplan & Goldie, 2011; Davis, 1996).

Una de las primeras miradas sobre la simpatía que destacaría su importancia en la sociedad vendría de Spencer (1870) quien toma a la simpatía como un concepto clave para explicar lo que él consideraba era una habilidad subyacente

para socializar que existía en todas las especies, incluido los seres humanos. Spencer le da esta mirada adaptativa puesto que él consideraba que el desarrollar una simpatía permitía que un organismo viviente pueda encontrar protección a partir de la afiliación a un grupo, de este modo en muchas especies se desarrollaba un sentimiento de placer cuando esta se lograba y de disgusto cuando eran privados de aquella interacción.

La transición de lo que se entendía como simpatía a lo que ahora se comprende como empatía viene a partir de la interacción que tuvo con otro concepto que nació en otra disciplina y con una tradición conceptual distinta, estamos hablando de la estética. Aquello resultará trascendental para sustentar la postura de que no solo es posible una disposición a empatizar exclusivamente con seres humanos, también puede darse con otros elementos de nuestra realidad.

Dentro de la estética alemana se desarrolló un concepto que diversos intelectuales nombraron como *Einfühlung*, el cual se comprendía como *la tendencia de los observadores a proyectarse ellos mismos “dentro” de lo que están observando*, y aquí resulta interesante realizar la aclaración de que esencialmente la proyección se realizaba dentro de *objetos* y además implicaba una acción (Davis, 1996). El término *Einfühlung* cobró relevancia en trabajos estéticos de fines del s. XIX y principios del XX, siendo utilizado por primera vez como un término técnico por Vischer (1873) con la intención de referirse al fenómeno por el cual atribuimos a diversos objetivos –cosas, plantas o animales– nuestros sentimientos y cualidades (Coplan & Goldie, 2011). Esta palabra

alemana es traducida al inglés, pero al no tener referencias conceptuales en el idioma, se decide asociarla con términos que puedan explicar un poco su definición. De esta forma, influenciados por la palabra griega *empátheia* –emocionado, pero con un valor de dolencia o enfermedad– y la inglesa *sympathy* –la simpatía ya desarrollada por Hume y Smith– decidieron traducirla como *empathy* –del cual derivaría la española *empatía*–. Sin embargo, esta interpretación absorbería las cargas semánticas de ambas palabras que distaban de la intención original del *Einfühlung*.

Uno de los primeros en utilizar esta nueva interpretación sería Lipps (1903) quien además sería también uno de los primeros en introducir este concepto a las interacciones humanas, es decir, una persona no solo puede proyectarse dentro de los objetos, sino también dentro de otros seres humanos, experimentar sus estados mentales (Davis, 1996). Esto añadiría una fuerte carga psicológica al significado de la palabra *empatía* que luego sería utilizado y promovido por Freud –quien tenía una estrecha relación con Lipps– en sus diversos estudios y trabajos (Depew, 2005). Titchener (1909) también utilizaría la palabra *empatía* para referirse a la alemana *Einfühlung* pero en un sentido un poco más fiel, es decir, a la psicología que existe detrás de la respuesta afectiva de la percepción estética, esto Titchener interpretaría como el proceso por el cual se humanizan los objetos y les atribuimos nuestras propias emociones. Eso dista de la interpretación de Lipps puesto que no asume una pasividad en el observador sino una intención y disposición a acción. No obstante, la interpretación de Lipps –quizá influenciado por la pasividad que implicaba la simpatía de Smith– ya

había calado fuertemente en el mundo académico básicamente por su continua comunicación con Freud (Depew, 2005).

A partir de aquello, los estudios que han surgido intentando entender la empatía han estado influenciados por ambas tradiciones conceptuales, la de la simpatía y la del *Einführung*, generando un nuevo constructo que se distancia de ambos. En ese caso, tenemos que la importante pero sutil diferencia que existe entre la simpatía –como la concibió Smith– y el *Einführung* –de la estética alemana– es la pasividad del observador. Esta diferencia también se traslada al significado de la empatía, en el cual se entiende que existe una disposición activa de quién observa por “sentirse dentro” del otro y a partir de ahí generar un intercambio emocional, más que solo una simple respuesta involuntaria. En otras palabras, estar dispuesto a “ponerse en los zapatos del otro”. Por ende, la comprensión de la empatía también involucra procesos cognitivos que no son definidos por una pasividad o por mecanismos biológicos, que es como se entendía a la simpatía y a la cual quedó reducida –un intercambio emocional asociado al compañerismo y a sentimientos más comunes dentro de ella como la compasión–. De esta forma, la empatía, además de acoger el intercambio emocional, también involucró todo el bagaje cognitivo que significaba intentar entender al otro mediante una proyección de nuestro ser en él –clara influencia del *Einführung* alemán–.

La empatía como contenedora de fenómenos cognitivos y afectivos, y además como contenedora de la pasividad y disposición a actuar de quienes la experimentan, significó que exista una gran complejidad semántica en su

constitución, la cual propició que existan diversas dificultades y desacuerdos conceptuales para su estudio que son discutidos hasta ahora (Davis, 1996).

Por esa razón, para intentar abarcar todas esas complejidades, se empieza a entender a la empatía –en el sentido más amplio– como las reacciones de un individuo hacia las experiencias observadas en otros (Davis, 1983); reacciones que pueden ser afectivas o no y que además pueden nacer de un proceso cognitivo o no. La importancia de la empatía radica en posibilitar la comprensión del contenido de las mentes de los otros para predecir y explicar qué pensarán, sentirán y harán (Coplan & Goldie, 2011).

Por consiguiente, no es de extrañar que esa complejidad haya provocado dificultades a la hora de estudiarla. Como hemos visto, muchos de los problemas para su comprensión han nacido porque los constructos claves en su configuración han sido, de alguna manera, fragmentados desde su concepción y en su retroalimentación (Davis, 1996). Esto provoca que, por ejemplo, la empatía siga siendo utilizada para denominar dos constructos distintos: una toma de rol cognitiva y una respuesta afectiva. En otras palabras, la confusión se ha venido dando por la imposibilidad de esclarecer cuando alguien se refiere a la empatía como un proceso –capacidad para tomar el punto de vista del otro, es decir, la acción de empatizar– o como una respuesta –emocional o no a partir de una interacción, es decir, sentir empatía– (Davis, 1996). Los más recientes estudios aseguran que para una mejor comprensión de la empatía es necesario entenderla como ambas, procesos y respuestas.

Entender la empatía como un proceso implica principalmente considerarla como algo que ocurre cuando una persona es expuesta a otra, lo cual deriva a manejar o considerar las perspectivas cognitivas o afectivas del otro, en otras palabras, intentar pensar o sentir como el otro. Por otro lado, entender la empatía como una respuesta implica comprenderla como una derivación de ese proceso, es decir, una respuesta emocional o un entendimiento cognitivo del otro derivado de estar expuesto a su experiencia o situación (Davis, 1996; Davis, 2006).

Ahora bien, en este punto tenemos que hacer una aclaración importante para la presente investigación puesto que esas respuestas pueden ser intrapersonales o interpersonales, y en ambos casos pueden o no involucrar respuestas afectivas. Cuando nos referimos a respuestas intrapersonales estamos refiriéndonos a respuestas paralelas o reactivas como la alegría o el enojo, así como también a la atribución de juicios en los otros pero que suceden en un nivel interno del sujeto que no es expuesta al otro. Mientras las respuestas interpersonales son manifestaciones físicas del proceso empático que pueden involucrar innumerables expresiones como la ayuda o la agresión, en otras palabras, involucra un comportamiento social (Davis, 1996).

Como consecuencia de aquellos entendimientos de la empatía se hace la distinción entre una empatía disposicional, que hace referencia a la tendencia a experimentar empatía bajo cualquier circunstancia, y una empatía situacional, respuesta empática de un contexto específico (Kim & Kou, 2014; Fernández-Pinto et al., 2008).

Tanto la empatía como proceso o como respuesta contienen dimensiones afectivas y cognitivas, las cuales pueden evocar motivos altruistas o egoístas para el comportamiento social. Por mucho tiempo esto complejizó aún más su análisis y su comprensión provocando que la empatía sea interpretada de diversas formas y por ende se desarrollen diversas maneras de medirla, siendo la separación más notoria entre quienes solo consideraban el componente afectivo y quienes consideraban el cognitivo, a consecuencia de esto no sorprende que la comparación de los resultados haya resultado dificultosa (Gerdes et al., 2010).

Las posturas que involucran las dimensiones cognitivas de la empatía se derivan de los trabajos de Mead (1972) y Piaget (1984). Mead resaltaba la importancia de la capacidad individual de una persona para tomar el rol de las otras y así entender la manera en la cual estas entienden el mundo, él argumentaba que esta habilidad era trascendental en el proceso de aprender a vivir efectivamente en un mundo altamente social. Piaget planteaba que los niños son criaturas que aún son incapaces de distinguir entre las experiencias propias y las ajenas, esta posición “egoísta” se va dejando de lado conforme el niño va desarrollando su proceso cognitivo, algo que nombraría como *descentración*, el cual sería primordial para que el niño inicie el proceso de integrarse a la sociedad. Ambos, Mead y Piaget, coincidían en que la habilidad de poder ver el mundo desde la mirada de los otros posibilitaba y hacían más eficientes las interacciones sociales. Por ende, los procesos cognitivos no deben ser reducidos exclusivamente a interacciones humanas, en el proceso de socialización los seres humanos también interactúan con símbolos o redes de una cultura, los

cuales a su vez influyen en la manera en que se producen estos procesos cognitivos cuando se interactúa con un ambiente, en otras palabras, la cultura influye en cómo se realizan los procesos cognitivos de las personas (DiMaggio, 1997).

Desde una mirada afectiva de la empatía, los estudios han estado focalizados en analizar los comportamientos pro-sociales, según Hoffman (1988) estos se manifiestan como la respuesta emocional más apropiada hacia la situación del otro, es decir, denota un rango de respuestas emocionales que podemos tener sobre lo que otros sienten o sobre las situaciones en las cuales se encuentran (Maibom, 2017).

De ahí que en los últimos años haya surgido una tendencia en abordar el estudio de la empatía abarcando ambas dimensiones –cognitiva y afectiva–. Esta tercera postura implica comprender la empatía y su análisis considerando los procesos que se dan en el observador y las respuestas afectivas y no-afectivas que resultan de esos procesos (Davis, 2006; Hoffman, 1988). Por ejemplo, acoge en su estudio tanto a una simple reacción intelectual hasta la habilidad de atribuir estados mentales como creencias, intenciones y emociones, es decir, entender el estado mental del otro desde su perspectiva, clara herencia del *Einfühlung*; así como también acoge todas las respuestas emocionales vicarias a partir de la experiencia del otro, clara herencia de la simpatía (Hoffman, 1988; Fernández-Pinto et al. 2008; Kim & Kou, 2014; Maibom, 2017; Spaulding, 2017; Davis, 1996).

Por otro lado, también se ha revelado que existen diferencias individuales para empatizar, es decir, la habilidad y disposición que un individuo tiene o las motivaciones que pueda tener para pensar, sentir o actuar de una manera empática. De esta manera, se han desarrollado herramientas de medición multidimensional de la empatía como el IRI (Interpersonal Reactivity Index) de Davis (1980) y técnicas de medición cualitativas basadas a partir de entrevistas que revelan con más detalle los procesos y respuestas particulares de una persona (Edwards, Ladner, & White, 2007).

Asimismo, se ha intentado vincular el origen de la empatía en los seres humanos con una condición evolutiva y como un fenómeno biológicamente orientado, puesto que esta no es exclusiva de los seres humanos (Ruiz-Junco, 2017). Perros, delfines y elefantes han demostrado comportamientos que pueden ser asociados a la empatía y los esfuerzos han estado en revelar cómo esta habilidad se ha esparcido por diferentes poblaciones de organismos (Schulz, 2017). Según Ruiz-Junco (2017) la empatía ha sido observada en los seres humanos desde muy temprana edad, sugiriendo inclusive desde antes de crearse un “yo”. No obstante, Davis (2006) advierte que todas estas investigaciones se han focalizado en reconciliarla con un comportamiento altruista, a pesar de que las evidencias indiquen que este tipo de conductas son realizadas por un organismo individual y no por los genes. Básicamente lo que se ha revelado es que existen comportamientos que ocurren entre el nivel genético y el acto individual que van en contra de los intereses del propio individuo. Esto indica que si existe algún mecanismo, este debe ser flexible e influenciado por el medio ambiente, es decir, alguna predisposición con base

biológica para actuar pero que es controlado por los procesos cognitivos, puesto que, por ejemplo, curiosamente personas con autismo muestran una deficiencia en la habilidad empática (Sharmay-Tsoory, Tormer, Goldsher, Berger, & Aharon-Peretz, 2004; Fernández-Pinto, López-Pérez, & Márquez, 2008; Davis, 2006).

Por otro lado, recientes estudios neurocientíficos, como los de Iacoboni (2009), revelan cómo neuronas espejos y sistemas espejo pueden explicar que podamos sentir instantáneamente e inconscientemente los sentimientos de otros, considerándolos así piezas fundamentales en el cerebro que construyen nuestra empatía (Coplan & Goldie, 2011).

Ahora bien, todo lo anterior –tanto los procesos como los resultados empáticos– se produce cuando las personas interactúan entre ellas. Es decir, la empatía puede ser entendida como una habilidad que posibilita la socialización y en esa línea se ha intentado introducirla a debates y discursos urbanos pero que aún son muy escasos. De acuerdo al modelo de sociabilidad urbana para fomentar la empatía de Jiménez-López, Barrios-Padura, Mariñas-Luis & Molina-Huelva (2017) se debe considerar a los espacios públicos como los lugares más empáticos que existen en una ciudad y con la posibilidad de que estos puedan ayudar a desarrollar una empatía entre todos los ciudadanos. No obstante, para intentar entender el rol de la habilidad empática en la socialización entre los seres humanos es necesario sumergirse en una asociación recurrente: la actitud altruista.

Mead y Piaget aseguraban que a través de la empatía el clima social podía mejorar y, no solo eso, era necesario para enfrentar el principal obstáculo de

toda nuestra vida social, según ellos: las otras personas. Es bastante probable que los deseos, ideas y necesidades de los otros difieran de los nuestros, y estas diferencias sean la excusa perfecta para el surgimiento de los conflictos, es así que se pensó que la empatía podría ayudar a superarlas, siendo beneficiosa tanto para la rutina, es decir, en el día a día para mantenerla estable, como cuando suceden hechos ocasionales mucho más serios, es decir, cuando se necesitan mayores esfuerzos para mantener la estabilidad (Davis, 2006; Davis, 2017). De esta manera, se ha argumentado que la empatía puede ser entendida como una construcción social (Shott, 1979; Clark, 1997; Gobodo-Madikizela, 2008; Hochschild, 2013) y por esa misma razón la posibilidad de experimentar la empatía en una sociedad está sujeta al cambio, esto es, las personas tienen la agencia para incrementarla o disminuirla (Ruiz-Junco, 2017).

En relación con eso, las primeras aproximaciones a la empatía desde la sociología han sido mediante el estudio de las emociones, siguiendo la ruta de los primeros interaccionistas como Coolye (1902). Su aproximación estaba influenciada por el concepto de simpatía que se desarrollaba por aquellos días, tanto así que su definición se alejaba considerablemente de la de Smith y Mead mientras que se acercaba a lo que ahora se conoce como empatía: “un sentido de comunicación primaria, adentrarse y compartir la mente de alguien más” (Cooley, 1902:102). La principal diferencia es la posibilidad de sentir más emociones que solo las que produce el compañerismo –en el caso de A. Smith– o las de pena y compasión –postura de Mead– (Ruiz-Junco, 2017). Coolye argumentaba que la empatía –o su definición de simpatía– se originaba mediante la interacción social, a pesar de que no se explaya en explicar cómo sucede esto,

sugiere que aprendemos a empatizar conforme vamos interactuando con otras personas. La lectura de tonos de voces y gestos faciales que podemos identificar en los otros nos ayuda a conocer qué es lo que piensan y sienten, además esta interacción no necesariamente tiene que ser co-presente –entre quien empatiza y quien es empatizado–, ya que es posible empatizar con una persona mediante un libro, una película o un documental sobre ella, es decir, mediante la interacción en cualquiera de sus formas, y a partir de esa información e identificación nos es posible desarrollar un comportamiento que sea adecuado a su situación.

Por esa misma razón Coolye pensaba que la empatía era un requisito para el poder social; esto es, que la capacidad de entender a las otras personas ofrece una existencia efectiva en una sociedad y la posibilidad de estar en verdadero contacto con la vida humana. Si intentáramos hacer un pequeño esfuerzo, podríamos asociar el origen de nuestra necesidad de intentar entender y comprender a los demás, es decir, el origen de todas las ciencias que involucran el estudio de los seres humanos –como es el caso de la sociología–, y hasta el estudio de la realidad, con nuestra habilidad y disposición a empatizar, como un primer gesto a interactuar.

A partir de lo anterior se desprende el asociar a la empatía con el comportamiento altruista, ya que se han encontrado evidencias que aseguran que una disposición a empatizar promueve comportamientos pro-sociales (Coplan & Goldie, 2011; Kim & Kou, 2014). Sin embargo, estas disposiciones también pueden nacer de motivaciones egoístas, según Batson (1987) durante

la socialización descubrimos que, si actuamos de manera empática y ayudamos, luego, estas acciones serán recompensadas. Asimismo, si actuamos de distinta manera podemos ser castigados. En otras palabras, desde una perspectiva social, nuestras motivaciones a ayudar pueden estar dadas por comportamientos altruistas que intentan mejorar las condiciones del otro, o por posturas egoístas que buscan reducir nuestro estrés empático a consecuencia de la experiencia del sufrimiento ajeno (Fernández-Pinto, López-Pérez, & Márquez, 2008). Esta construcción social de lo que se espera que uno actúe o cómo uno reaccione dependerá del contexto social en el cual aquel fenómeno se desarrolle, de cómo una determinada sociedad decide valorizar y evaluar las diversas acciones sociales clasificándolas y dándoles una jerarquía o no (Lamont, 2012).

Cualquiera que fuesen las motivaciones para el comportamiento pro-social, su comprensión se desprende del “sentimiento de compañerismo” que Smith consideraba como principal componente para la socialización entre los seres humanos y que, de acuerdo a él, fluía a consecuencia de nuestra tendencia a simpatizar con la experiencia de los otros (Davis, 2006).

En esa misma línea, se han encontrado asociaciones de la tendencia a comportarse empáticamente con la disminución de la agresividad (Davis, 2006), con el nivel de satisfacción global en una relación sentimental (Péloquin, Lafontaine, & Brassard, 2011; Davis, 2017), con la disminución de discusiones entre amigos (Davis & Kraus, 1991), con el soporte social, es decir, con la asistencia diaria que proveemos a otros (Pasch & Bradbury, 1998), y con la fisiología y las interacciones dinámicas y culturales, como es el caso del

intercambio emocional que ocurre entre un expositor o conferencista y su audiencia durante su interacción (Peräkylä, y otros, 2015). No obstante, también se ha revelado la existencia de personas a las cuales no les interesa empatizar ni que se empaticen con ellas pues lo consideran como un acto intrusivo (Throop, 2008).

Todo lo anterior, evidencia la importancia de la empatía en nuestra vida social que, de acuerdo a Davis (2006), radica en que es una habilidad que nos permite desplazar nuestras más egocéntricas consideraciones para intentar tomar el punto de vista del otro, esto hace posible construir vínculos o puentes con aquellas personas que por alguna razón han sido desplazadas o rezagadas en nuestra sociedad, y así, por un momento compartir sus pensamientos, sentimientos y objetivos. Esto, según Davis, hace posible que se manifiesten las más nobles y admirables acciones humanas. Claro está que poseer la capacidad de empatizar no garantiza que nos comportamos noblemente, pero crea aquella posibilidad, y por esa misma razón es pertinente el estudio de la empatía en las ciencias sociales y en nuestra sociedad. Por ende, comportarse de una manera altruista no significa necesariamente empatizar, las conductas altruistas son consecuencias de una empatía, en otras palabras, la empatía posibilita las conductas altruistas pero no las determina.

En esa línea, comprender las razones por las cuales diversas personas han buscado ser reconocidas como sujetos morales con las mismas capacidades que los otros, no hubiera sido posible si por lo menos no hubiera existido una disposición a empatizar con ellas. Las grandes luchas sociales han sido, según

Honneth (1997), luchas por el reconocimiento que van más allá de solo una preservación de sí mismo, sino a un reconocimiento de sus diferencias y al valor que tienen estas para alcanzar los objetivos de una determinada sociedad. Es lo que para Fraser (2000) significaría tener una sociedad más justa, tanto en la distribución equitativa de los recursos como en relación al reconocimiento igualitario de las diferentes identidades o grupos en la sociedad. Estos grupos pueden construir comunidades a partir de compartir e intercambiar una misma cultura material que define quienes son incluidos o excluidos (Lamont, 1994). Por lo tanto, una de las variables que podría estar ligada al reconocimiento de una persona sería la disposición empática de los demás miembros de una sociedad, es decir, si no se está dispuesto a tomar el punto de vista del otro –intentar entender las diferencias del otro para comprender el mundo–, las desigualdades, injusticias e intolerancias seguirán sucediendo. Esto hace recordar lo escrito por Hirschmann (1977) respecto a las posibilidades de acción que tiene una persona cuando no está conforme con algo que ocurre en su vida diaria o en la sociedad, la insatisfacción que genera el experimentar una injusticia propia o ajena puede llevarnos a utilizar la voz –un reclamo– que no solo nace de una preocupación por nosotros mismos, sino también de los demás miembros de nuestra comunidad, la motivación detrás de la utilización de la voz y la lealtad podría revelar también el rol que cumple la empatía en la constitución de un interés común.

Por lo tanto, la empatía ha desempeñado un importante rol en las interacciones humanas. No obstante ¿Existe una disposición a empatizar con objetivos no-humanos, como por ejemplo los objetos o las fachadas de una

calle? Antes debemos revisar la manifestación de la empatía en otras formas de vida.

Los estudios de Frans de Waal (2010) han revelado la existencia de similares comportamientos empáticos en otros animales como delfines y elefantes que solo variarían de la de los seres humanos en el nivel de complejidad que se desarrollan. Además existen indicios de una empatía entre distintos seres vivientes, como por ejemplo entre una persona y un perro (Haraway, 2008). Aquello posibilita entender la empatía más que solo una habilidad exclusiva de los seres humanos y que ésta pueda focalizarse hacia otros objetivos no-humanos.

En esa idea, Tam (2013) ha planteado la existencia de una disposición a empatizar con la naturaleza en general, esto es, a la tendencia disposicional de entender y compartir la experiencia emocional del mundo natural. La propuesta de Tam, que según él se encuentra en una etapa embrionaria aún, está influenciada por las preocupaciones de diversos pensadores medioambientales sobre sus esfuerzos para la conservación. Si bien solo se basa en emociones negativas como la angustia y el dolor, indica que esa disposición a ayudar que existe entre los seres humanos también puede existir entre las personas y la naturaleza. En ese sentido, desarrolló un modelo de medición (DEN - Dispositional Empathy with Nature) inspirado en el de Davis, pero advierte que una empatía con la naturaleza no puede ser reducida a la complejidad de una empatía entre humanos puesto que es un constructo distinto y debe ser tomado

seriamente si se desea estudiar el vínculo entre los seres humanos y la naturaleza.

Ahora bien, las personas no solo interactúan con sistemas orgánicos vivientes, ellas también se relacionan con agentes que no lo son en el sentido biológico. Misselhorn (2009) ha encontrado posibilidades de una empatía con objetos inanimados que poseen un cierto nivel de apariencia humana –como androides o robots–, el cual si es excedido genera en las personas respuestas de disgusto y repulsión. Lo interesante de esta propuesta es que revela que los seres humanos tienen una disposición a empatizar con aquellos objetos siempre y cuando logren identificar características y patrones reconocibles de su humanidad. Sin embargo, si estos se acercan a la realidad la disposición a empatizar disminuye generándose lo que Mori (2012) denominaba como el “valle inquietante”, el punto de tolerancia de objetos con aspecto humano. Por lo tanto, se puede asumir que sí es posible una empatía con los objetivos no-humanos pero con ciertas condicionantes. Aquello ratifica y revaloriza el origen del significado de la empatía, ya que uno de sus principales componentes y pieza clave en su conceptualización actual, el *Einführung*, nació como un medio para ocuparse de las propiedades estéticas de las cosas (Currie, 2011).

Es así como es posible abordar la posibilidad de una empatía con los objetos. Si bien esta noción puede ser fácilmente asociada con los orígenes mismos de la empatía, ha sido poco abordada puesto que los procesos que la constituyen difieren de una empatía entre humanos. Al igual que una empatía con la naturaleza, la empatía con los objetos no puede reducirse a la complejidad de

una empatía entre humanos, no obstante, puede aprender significativamente de lo que se ha desarrollado en ese campo.

En ese sentido, tal como lo resalta Currie (2011), hablar de una empatía con los objetos hubiera parecido lo más natural y lógico a fines del siglo XIX y principios del XX, ya que, como se explicó previamente, estuvo en la cabeza de pensadores que inclusive construyeron el significado de lo que ahora se entiende como empatía. Para ellos la empatía o *Einfühlung*, como se ha explicado previamente, era la habilidad de poder *sentirnos dentro de las cosas*, y esta habilidad sería también uno de los primeros medios para descubrir y conocer todo lo que nos rodea, es decir, los primeros pasos para experimentar y comprender la realidad.

En ese sentido, Currie utiliza lo escrito por uno de aquellos pensadores, Langfeld (1920), quien indicaba que la interacción con los objetos artísticos – pinturas o esculturas– se daba mediante un mimetismo interno o una imaginativa motriz –conocido actualmente como proceso de *simulación*–, para sustentar que también es posible una interacción con objetos que no son artísticos –como por ejemplo elementos de nuestra vida diaria–, puesto que es mediante aquel proceso que nos relacionamos con el mundo exterior –todo lo existente, desde los árboles, los teléfonos y hasta los edificios–. Para Currie, este tipo de empatía no es un mero subproducto de nuestras capacidades socio-empáticas, sino más bien una parte importante en el sano control de nuestro mundo y su comprensión.

La propuesta de Currie intenta rescatar aquellas primeras investigaciones sobre la empatía y la examinación de las bases empáticas de las respuestas

estéticas humanas de una época que fue considerada como dorada para la filosofía del arte y que hoy ha sido olvidada y desplazada tanto de las ciencias como de las humanidades. En pos de aquello Currie prefiere mantenerse en el ámbito de la experiencia visual y marcar distancia de la percepción, con la intención de argumentar que no es necesario que el cerebro humano realice complejos procesos para obtener información, en otras palabras, las complejas relaciones internas que suceden en nuestro cerebro no son motivos para que desconfiemos de nuestros sentidos e intuiciones inconscientes sobre lo que le ocurre a otras personas.

Por ejemplo, podemos identificar la tristeza y la alegría solo con ver los rostros ajenos, así como también las intenciones de realizar determinadas acciones como el levantarse de un asiento o golpear un balón. Esto es crucial si se quiere entender cómo sucede una empatía con los objetos puesto que muchas de las interacciones que tenemos con ellos son inconscientes y sencillamente estamos expuestos, generando diversas respuestas que aún no comprendemos o simplemente no prestamos atención.

Por lo tanto, se puede inferir que el tipo de respuesta que se genere de aquella interacción estará influenciada por ciertas características o propiedades formales del objeto, con ello una empatía con los objetos además de involucrar el proceso de intentar “sentirse dentro de ellos”, involucrará también las respuestas intrapersonales de esa interacción que pueden ser afectivas o no.

En ese caso, se debe advertir también que una empatía con los objetos no es un tipo de preferencia o gusto especial a determinados objetos, puesto que

es posible empatizar con personas que no son de nuestro agrado o preferencia, como por ejemplo un delincuente. Nuestras preferencias nacen a partir de esa primera interacción con los objetos, es una respuesta a ese proceso de intentar “sentirnos dentro” de ellos, que luego es valorizada de acuerdo al contexto social en el que uno se desarrolla (Lamont, 2012). En otras palabras, nuestra disposición a empatizar posibilita aquella valoración y evaluación de las cosas que suceden a nuestro alrededor, con las cuales podemos construir nuestra realidad.

Por lo tanto, no necesariamente se empatiza con lo que a uno le gusta. Es posible empatizar con el dolor y la pena ajena, y eso no significa que nos guste sentir aquel dolor o aquella pena. Como se ha revisado previamente, una empatía con las personas involucra realizar el esfuerzo de intentar entender y comprender los puntos de vista ajenos los cuales permitirán que se actúe de la manera más adecuada a la situación o a lo que está experimentando el otro.

Ahora bien ¿Qué es lo más adecuado? Para diversos académicos, es lo que se considera como lo socialmente correcto producto de un proceso de valoración y evaluación de las diversas acciones sociales, las cuales son categorizadas y luego legitimadas (Lamont, 2012). Muchos de estos procesos pueden estar definidas por la moral o la ética o hasta por una división social, económica y cultural (Bourdieu, 1998), en otras palabras, lo más adecuado es socialmente construido. Sin embargo, la asociación más recurrente y los temas en los cuales la empatía genera discusión son con un tipo de respuesta interpersonal como las actitudes o comportamientos altruistas –clara influencia de la simpatía–.

En esa misma línea, la empatía tampoco es necesariamente estar de acuerdo con el otro, es entender su punto de vista. El hecho de que se comprenda las razones por las cuales alguien hizo algo no significa que se esté de acuerdo con su proceder. Aquello solo permitirá que nuestra disposición a empatizar se manifieste actuando o comportándonos de la manera más adecuada a la situación o experiencia. Por lo tanto, es posible empatizar con un delincuente con la intención de ayudarlo a reingresar a la sociedad, motivado por un comportamiento altruista.

Entonces, mientras que en una empatía entre personas lo que se percibe y se siente son las acciones, manifestaciones fisiológicas y corporales –como gestos, expresiones verbales, etc. – que indican lo que le está ocurriendo al otro o qué situación está experimentando, lo que percibimos y sentimos de los objetos –en el proceso de “sentirnos dentro” de ellos– es su estructura geométrica –su forma–.

Una empatía entre personas no se traduce en que si se logró o no una empatía, sino en el nivel de empatía que se ha generado a partir de nuestra disposición a empatizar y de que logremos identificar, entender, comprender y reconocer lo que le está ocurriendo al otro. Por lo tanto, existe una motivación en nosotros por intentar entender, comprender y recopilar información de nuestro ambiente –ya sea compuesto por personas u objetos–. De esa misma manera, en una empatía con los objetos, tenemos la disposición a empatizar con todas ellas para recopilar información pero en distintos niveles. Por lo que el nivel de nuestra habilidad para poder “sentirnos dentro” de los objetos con el objetivo de

identificarlo, entenderlo, comprenderlo y reconocerlo nos ayudará a saber lo que ese objeto es, y a partir de esa identificación ejercer una valoración.

En ese sentido, como hemos mencionado previamente, Currie sostiene que es posible una empatía con los objetos, no obstante ¿Se empatiza con todos ellos a un mismo nivel? ¿Qué ocurre si la empatía no depende únicamente de actor empatizador sino también del objetivo empatizado, en este caso un objeto o una fachada?

Lo que propongo es que al ser los objetos distintos a las personas, no se puede reducir esa interacción a un fenómeno similar, ya que aquello significaría ignorar las diferencias existentes. Mi propuesta es que la estructura geométrica de los objetos puede incrementar nuestra disposición a empatizar con ellos con el objetivo de una mejor comprensión y control de estos, es decir, facilitar la comprensión de la realidad material.

Por consiguiente, el nivel de “sentirse dentro” de un objeto, influenciará en el nivel en que este pueda ser comprendido y por ende existirá la posibilidad de generar una indiferencia o ignorancia del ambiente al cual pertenece. En parte, aquello depende de las personas, de su nivel de disposición a empatizar y de los procesos cognitivos que desarrollen influenciados por su cultura, pero también de las propiedades geométricas de los objetos, de cómo estos limitan o posibilitan una empatía con ellos.

Todo lo anterior confirma que la empatía no puede ser entendida únicamente como un proceso cognitivo o no, sino también debe involucrar las respuestas intrapersonales e interpersonales producto de ese proceso y desde los inicios de

la empatía las respuestas que más se han asociado a ella –como se ha mencionado previamente– han sido los comportamientos altruistas, pues estos han sido considerados como los más adecuados socialmente.

Entonces ¿Un objeto puede promover comportamientos altruistas? Las propuestas de una empatía con la naturaleza están focalizadas en trasladar hacia la naturaleza aquellas conductas de ayuda que se dan entre las personas y, por otro lado, como mencioné previamente empatizar con alguien no significa necesariamente comportarse de una manera altruista, los comportamientos altruistas son consecuencia de una empatía, por ende, pueden manifestarse o no. Por lo tanto, es necesario discernir entre respuestas intrapersonales e interpersonales, ya que claramente un comportamiento altruista es una respuesta interpersonal y aquello escapa –por el momento– de la discusión sobre una empatía con los objetos y del objetivo de la presente investigación.

En ese sentido, en una empatía con los objetos aún se está lejos de responder aquella pregunta; más en lo que sí se coincide es que las personas poseen una tendencia a identificar en los objetos aspectos de su humanidad con la intención de una mejor comprensión de su ambiente, lo que se podría calificar como una respuesta intrapersonal.

Por lo tanto, de todas las respuestas intrapersonales que se puedan generar en torno al proceso de “sentirse dentro de los objetos” habrá algunas que sean favorables a los seres humanos y otras que no, existirán algunas que puedan provocar percepciones o sensaciones que refuercen la socialización o promuevan la dispersión. El objetivo de esta investigación, además de revelar

cómo se da este proceso de “sentirse dentro” de los objetos o de las fachadas, también es de revelar cuales son las percepciones, sensaciones e imaginarios urbanos –respuestas intrapersonales– orientados hacia una disposición a empatizar que nacen de aquella interacción con las fachadas y cuáles son las condiciones o variables que las permiten.

**Figura 3: Fachadas con estructuras geométricas distintas influyen en el nivel de la disposición a empatizar con ellas – Jirón Colón, Trujillo.**

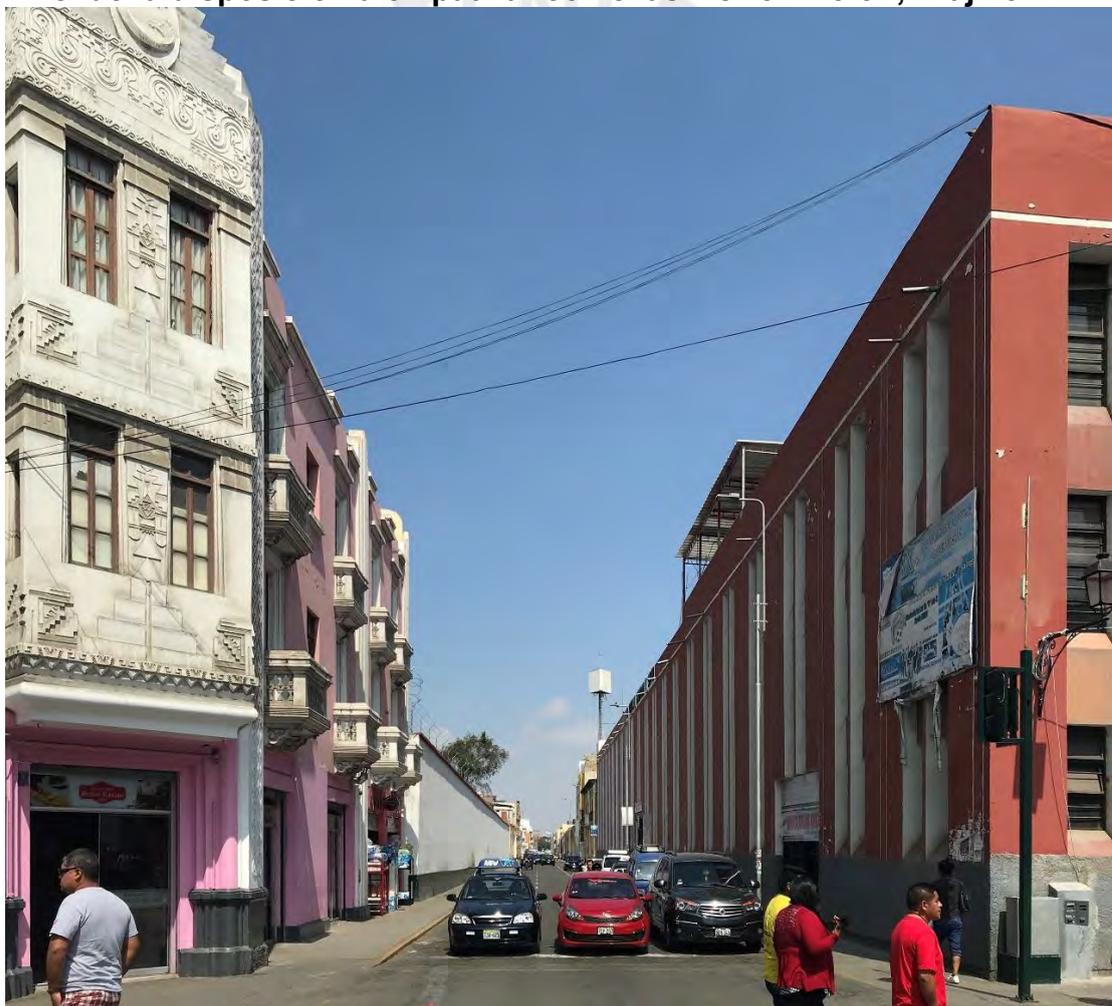


Foto del autor

Finalmente, una disposición a empatizar con los objetos estará influenciada por la interacción entre nuestra disposición para “sentirnos dentro” de algo –que

involucra tanto el proceso y las respuestas intrapersonales de realizar esa acción– y las cualidades o propiedades físicas que ese objeto posea.

### 1.2.2. Tener y dar vida

*“Es lo que le da vida al sitio en donde vives”*, fue una frase de una entrevistada que sintetizaba una idea que surgía en varios momentos de las distintas conversaciones que se tenía con las personas entrevistadas. Sin embargo ¿Qué significa ese “dar vida”? ¿A qué hace referencia? ¿Con qué podemos asociar el “dar vida” para intentar comprenderlo? Lo importante es que a pesar de no poder verbalizar un significado preciso, las personas entrevistadas sí lo tenían claro y era posible su comprensión entre todas ellas. Es decir, si bien no podían objetivar este concepto, todas las personas entrevistadas sabían a qué se referían.

Ahora bien, para comprender esta idea de “vida” debemos primero expandir esta comprensión más allá de lo mecánicamente posible, es decir, intentar pensar en más que un simple sistema viviente. Las ciencias naturales definen la vida como un complejo sistema físico-químico cuyas dos principales peculiaridades son el almacenaje y la replicación de información molecular en forma de ácido nucleico y la presencia de catálisis enzimática (Abercrombie, Hickman, Johnson, & Thain, 1990). Este complejo sistema es la suma de propiedades que distingue a animales, plantas y microorganismos de la materia no viviente, tales como el metabolismo, la reproducción, el crecimiento, la excitabilidad, el movimiento, la función y la complejidad. Por lo tanto, la vida –en el sentido biológico– se entiende como el estado de existencia de una célula funcional, un grupo de células, o un organismo (Stenesh, 1989). No obstante,

esta no era la definición que hacían referencia las personas entrevistadas, pero no por eso la contradice.

La idea de “vida” que manifestaban estaba más relacionada a una experiencia, a una capacidad de poder percibir algo. Ese concepto de vida tenía una base filosófica que ha sido explorada por diversas sociedades a lo largo de la historia de la humanidad. Entonces, para comprenderla debemos hacer una distinción entre varios niveles de pensamiento, teniendo en cuenta que una distinción no es una separación (Jeuken, 1975). Por un lado, tenemos la definición biológica –antes mencionada– que se basa en el *fenómeno* de la vida, y por otra la filosófica que refiere al *ser*, el cual propone considerar la vida como algo trascendental. Una vez más esta aproximación filosófica de la vida no es exactamente a lo que hacían referencia las personas entrevistadas, pero, nos puede ayudar a comprender cómo algo –con vida biológica o no– puede *dar vida*. En ese caso podemos hablar sobre un color, un jarrón, una banca o una fachada –tema de esta investigación–.

Esta postura sobre la vida ha sido utilizada en diversas partes del mundo como mencionamos previamente y, sin ir muy lejos, las sociedades del antiguo Perú utilizaban un concepto que guarda cierta relación con aquella aproximación filosófica. Para ellos existía una fuerza o energía que animaba y ordenaba a todo ser, desde los seres humanos hasta las montañas y vasijas. En otras palabras, algo que “daba vida” a todas las cosas. El *Camac* era ese soplo vital que animaba todo lo existente y que luego con la evangelización cristiana se intentó reemplazar con el alma, perdiendo con ella gran parte de su riqueza conceptual

(Neira, 2015; Flores Quelopana, 2016). Ahora bien, no propongo que ese “dar vida” que mencionan las personas entrevistadas surja a consecuencia de una herencia ancestral a pesar que en el lenguaje popular se utilice constantemente esa expresión, sin embargo, nos puede aproximar a entender cómo una materia no-viviente podría dar vida.

Similares apreciaciones sobre esa aproximación filosófica de la vida se han desarrollado, al *camac* quechua podemos asociar también el *ātman* de la India y el *qi* de la China (Neira, 2015), en el budismo existe un concepto similar, así como también en diversas tribus africanas y australianas, y ha sido explorado por diversos intelectuales como Goethe (Alexander, 2002), Driesch (1914), Bergson (1944), etc. En líneas generales, lo que coinciden todas estas aproximaciones es que cada cosa tiene vida, o siendo más precisos, cada cosa tiene algún grado o nivel de vida. Esta variación en el nivel de vida hará que algunas cosas parezcan que “tienen” o “dan” más vida que otras, vida que podemos intentar comprender como la capacidad de sentirla viva y, además, hacernos sentir vivos. En otras palabras, encontrar en ella cierta identificación y reconocimiento de lo que nos hace seres humanos, seres con vida.

**Figura 4: Puertas con niveles distintos de vida en los distritos de Lince y Jesús María, Lima.**



Fotos del autor

Tanto la comprensión biológica y filosófica de la vida no son excluyentes, más sí deberíamos ser conscientes que están en distintos niveles del pensamiento. Por lo tanto, si intentáramos unificar ambas formas de entender la vida, lo más probable es que terminemos en una confusión y con una definición insatisfactoria. En ese caso lo más recomendable quizá sería trabajar con sus semejanzas. En ese sentido, si bien la definición biológica propone la distinción entre materias con distintas estructuras moleculares que le dan la propiedad de vida –es decir, entre lo que está vivo y no–, la filosófica propone que esa distinción está basada en los niveles de *ser* que la materia posee. Sintetizando los dos entendimientos, se puede decir que un alto nivel del *ser* refleja una mayor complejidad de la estructura de la materia (Jeuken, 1975). En otras palabras, estaríamos en la posibilidad de objetivar ese ser para hacerla medible.

Ahora bien, el enfocarnos en la vida o estar en una disposición constante por intentar asociar algo con ella es lo que atrajo a Wilson (1984) para proponer su concepto de biofilia, pues según él, al ser nosotros seres vivos tenemos una innata tendencia por enfocarnos en la vida y en los procesos que se asemejen a ella. Esta biofilia es la responsable de que siempre tengamos presente el concepto de vida en todo lo que percibimos y hacemos, desde la elaboración de una vasija hasta la construcción de un edificio. Por ende, los diversos estudios sobre cómo las construcciones y las modificaciones en el medio ambiente influyen en los seres humanos demuestran cuán importante es reconocer y comprender nuestras posibilidades y limitaciones como seres humanos, es decir, seres con vida (Kellert, Heerwagen, & Mador, 2008).

De esta forma, si se asegura que existen cosas que *dan vida*, es probable que también existan cosas que *no las den*. Es bajo esa idea que Alexander (2002) propuso 15 propiedades para distinguir y revelar cuales son las cualidades formales que hacen esto posible y, en cierta forma, objetivar los niveles de vida de los objetos. Estas propiedades, expuestas previamente, fueron las cualidades formales que se utilizaron para distinguir y clasificar las diversas fachadas encontradas en las zonas de estudio de la presente investigación. En ese sentido, los niveles de presencia y manejo de estas 15 propiedades es, para Alexander, lo que nos permitiría la comparación entre los niveles de vida de dos objetos, como pueden ser dos fachadas.

Por otro lado, la misma expresión de “dar vida” implica tácitamente que para que esto suceda primero el objeto debe “tener vida” o estar “viva”. Si pensamos en la definición biológica resultaría absurdo pensar cómo un objeto o una cosa pueda tener vida, no obstante, estaríamos omitiendo el rol vital que tienen estos objetos en nuestra cotidianidad y nuestra interacción con ellos. Por otro lado, biológicamente existen cosas que no tienen vida pero que intentamos “darle” para poder entenderlas; tal es el caso de las ciudades. Estas estrictamente no son sistemas vivientes pero diversos científicos sociales las consideran así para estudiarlas y comprenderlas a través de esa metáfora.

**Figura 5: El nivel de vida de los objetos no depende únicamente de su complejidad formal, sino también de la capacidad de estas para hacernos sentir vivos.**



Foto del autor

Entonces, regresando a la frase *“Es lo que le da vida al sitio en donde vives”*, esta puede ser entendida también como una metáfora. Si bien el proponer que toda materia posee un nivel de vida tiene una concepción filosófica detrás, la metáfora es utilizada para indicar que aquel objeto o materia sin vida posee propiedades que existen también en los sistemas vivos, es decir, en las cosas

con vida biológicamente hablando. Finalmente, un objeto tendrá y dará vida cuando se logre identificar y reconocer en él propiedades y cualidades que existen en organismos con vida biológica.

### 1.2.3. Las caras de una calle

El paisaje en el cual ha existido una mayor intervención humana, es decir, el entorno o ambiente construido en el cual se pueden observar las mayores alteraciones de la naturaleza, son las ciudades. Dentro de estas alteraciones, las que más abundan en la ciudad son las calles. Etimológicamente provienen del latín *callis* el cual significaba “*sendero*” y era en un principio la senda que marcaban los rebaños cuando iban a pastar, luego al agruparse las primeras sociedades, el término se empleó para nombrar a los caminos o senderos que rodeaban las construcciones para poder desplazarse alrededor de ellas, por ende, su aparición está estrechamente relacionada con la de las ciudades. Para Lynch (1984) las calles son las sendas por las cuales las personas observan las ciudades cuando van a través de ella y mediante esta acción construyen parte de la imagen que luego tendrán de un barrio o una ciudad. Aquí resulta importante revelar que la manera más común que se ha experimentado la calle ha sido caminando a través de ella, a pesar de que esta no haya sido la única forma de pensar y sentir la calle, ha sido la más sencilla y simple que se ha podido realizar (De Certeau, 2000; Sansot, 2001; Ingold & Vergunst, 2008; Careri, 2014).

Dentro de la conceptualización de lo que se entiende en estos días como espacio público ha existido una omisión o subestimación a las calles (Salcedo

Hansen, 2002). En parte por la implementación de un urbanismo modernista desde principios del siglo XX en donde las calles han pasado de ser lugares de permanencia a espacios de tránsito, esto bajo el ideal de conseguir una “ciudad funcional” (Mumford, 2000). Con esto, los lugares que se identificaban como espacios públicos eran, en su mayoría, solo las plazas o los parques. No obstante, por miles de años las calles han acogido gran parte de la vida pública de las personas, han sido lugares para deambular, holgazanear, interactuar, callejear, es decir, han sido lugares para estar (Alexander, y otros, 1977; Sansot, 2001; De Certeau, 2000).

En el contexto de la ciudad, las calles definen sus formas en relación a los edificios que la rodean, lo que Holston (1989) rescata como la convención sólido-vacío o figura-fondo, en donde las calles son la figura que es definida en contraposición a un fondo sólido compuesto por los edificios. Esto configura el carácter habitacional de una calle, puesto que no se la puede aislar de sus bordes –los frentes de los edificios–, en ese sentido, la calle utiliza los muros que la rodean para conformar su contorno, muros que convencionalmente se conocen como fachadas.

Las fachadas son las caras de un edificio. Por lo general cuando se refiere a ella se asume a la cara principal, la que da hacia la calle. No obstante las otras caras también se llaman fachadas pero suelen mencionarse indicando su ubicación –como fachada lateral o fachada posterior– (Ware & Beatty, 2013). Su origen proviene del vocablo latín *facies* el cual significa *cara*, que derivó luego al italiano *faccia* y este al *facciata*. Por mucho tiempo las fachadas de los edificios

no estaban separadas de los bordes de la calle o aceras, pero a principios del siglo XX, en énfasis de dotar de una mejor salubridad a los barrios bajos en las ciudades, se decidió retirarlas varios metros de distancia con la idea de lograr una mejor circulación de aire e iluminación natural sin considerar el cambio que significaría socialmente la percepción de un calle y su relación con los edificios. En ese sentido, la forma y percepción de una calle depende mucho de las fachadas que la contienen, por lo tanto, no sería preciso indicar que los edificios solo se proyectan a su interior, sino que también estos se orientan hacia el exterior, hacia la calle (Alexander, y otros, 1977).

**Figura 6: Ejemplo de cómo las fachadas de los edificios que contienen una calle le dan a esta un carácter habitacional - Cuadra 1 del Jirón Carabaya, Centro de Lima**



Foto del autor

Estas fachadas, como mencionamos previamente, conforman el carácter habitacional de las calles. En otras palabras, estas caras externas son apropiadas por la calle y convertidas en sus caras internas. En ese sentido, parte de la identidad, percepción y lenguaje de una calle estará influenciada por la configuración, organización y estructuras geométricas de las fachadas que la bordean mediante la utilización del ornamento o la ornamentación.

#### 1.2.4. La función del ornamento

Del latín *ornamentum* –conjugación del verbo *ornare* (adornar, equipar, proveer) y del sufijo *mentun* (medio, herramienta) – se aplicaba a todo elemento utilizado como medio o herramienta de adorno para equipar de significado a algo hecho por los seres humanos. Sin importar la ubicación y la época en la cual se haya desarrollado una sociedad, el ornamento ha estado presente en sus construcciones, herramientas y utensilios, puesto que en la búsqueda de dotarlos de un orden, jerarquía e información legible para su comprensión, innumerables maneras de ornamentar se desarrollaron (Salíngaros, 2016).

Antes del desarrollo de la imprenta, los estilos y métodos de decoración mediante la utilización del ornamento en los edificios estaban basados en una progresiva acumulación de tradiciones, influencias religiosas y avances tecnológicos, pero es con la invención de aquella que todas estas maneras de utilizar el ornamento pudieron ser registradas y promovidas como patrones a manera de “manuales” en la sociedad y, sobre todo, entre los constructores (Batterham, 2015), siendo uno de los primeros los varias ediciones de Los Diez Libros de Arquitectura de Vitruvio (1995) seguida de diversas publicaciones a lo

largo del siglo XVII, XVIII y XIX en Francia, Alemania, Inglaterra e Italia por ejemplo (Owen, 1856; Racinet, 1885-188; Zahn, 1831).

**Figura 7: Ornamento en construcciones del Antiguo Perú – Complejo Arqueológico de Chan Chan, Trujillo.**



Foto del autor

El ornamento es, desde los principios del oficio de construir edificios, pieza fundamental de su configuración, a tal nivel que en uno de los primeros textos que se tiene sobre teoría arquitectónica se resalta al ornamento como principal componente de ella (Vitruvio, 1995). Ahora bien, a principios del siglo XX la importancia del ornamento fue cuestionada para luego ser rechazada en gran parte de las nuevas construcciones del mundo bajo la excusa de que las restringía y limitaba. Aquello se propagó a la academia provocando diversas reacciones (Agbo, 2019; Córdova-Ramírez, 2018; Michl, 2014), no obstante, su “eliminación” en realidad consistió en una reducción a puros criterios de color, pintando grandes superficies con colores uniformes. En otras palabras, no es

que se eliminara el ornamento, solo se le redujo (Kubisch & Seger, 2012). Esta reducción es lo que muchos autores consideran como la privación de la capacidad comunicativa y, sobre todo, del empobrecimiento estético del ambiente construido (Krier, 2009; Salíngaros, 2008; Alexander, 2002).

El uso del ornamento en las construcciones –más allá de ser una expresión de diseño que generalmente codifica mucha información visible (Salíngaros, 2008) – puede ser entendida como una manifestación de la biofilia (Kellert, Heerwagen, & Mador, 2008; Salíngaros, 2015), puesto que no solo se ha construido bajo un fundamento utilitario, también para un enriquecimiento social, psicológico y hasta espiritual. En otras palabras, el ornamento ha proveído a los seres humanos las mismas percepciones y retroalimentaciones positivas a las cuales estaban acostumbrados nuestros antepasados en un ambiente natural, solo que ahora se las busca en ambientes artificiales como el ambiente construido (Salíngaros, 2016).

**Figura 8: Ornamento con patrones naturales - Calle San Juan de Dios, Arequipa**



Foto del autor.

Finalmente, el ornamento no ha sido utilizado exclusivamente para embellecer los edificios y sus fachadas. También ha sido utilizado para hacer del ambiente construido un lugar más amigable y empático, en otras palabras, la utilización del ornamento ha tenido y tiene una racionalidad.

### 1.3. Metodología

#### 1.3.1. Ámbito de estudio y población a estudiar

Para lograr los objetivos de estudio de la presente investigación se necesitaba comparar las diversas percepciones e imaginarios urbanos que emergían de una interacción con dos tipos distintos de fachadas. Por lo tanto, se debió localizar el estudio en alguna zona de la ciudad que haya presentado cambios en las fachadas de sus calles para comparar como esos cambios físicos influenciaban en la experiencia del salir a caminar por ellas.

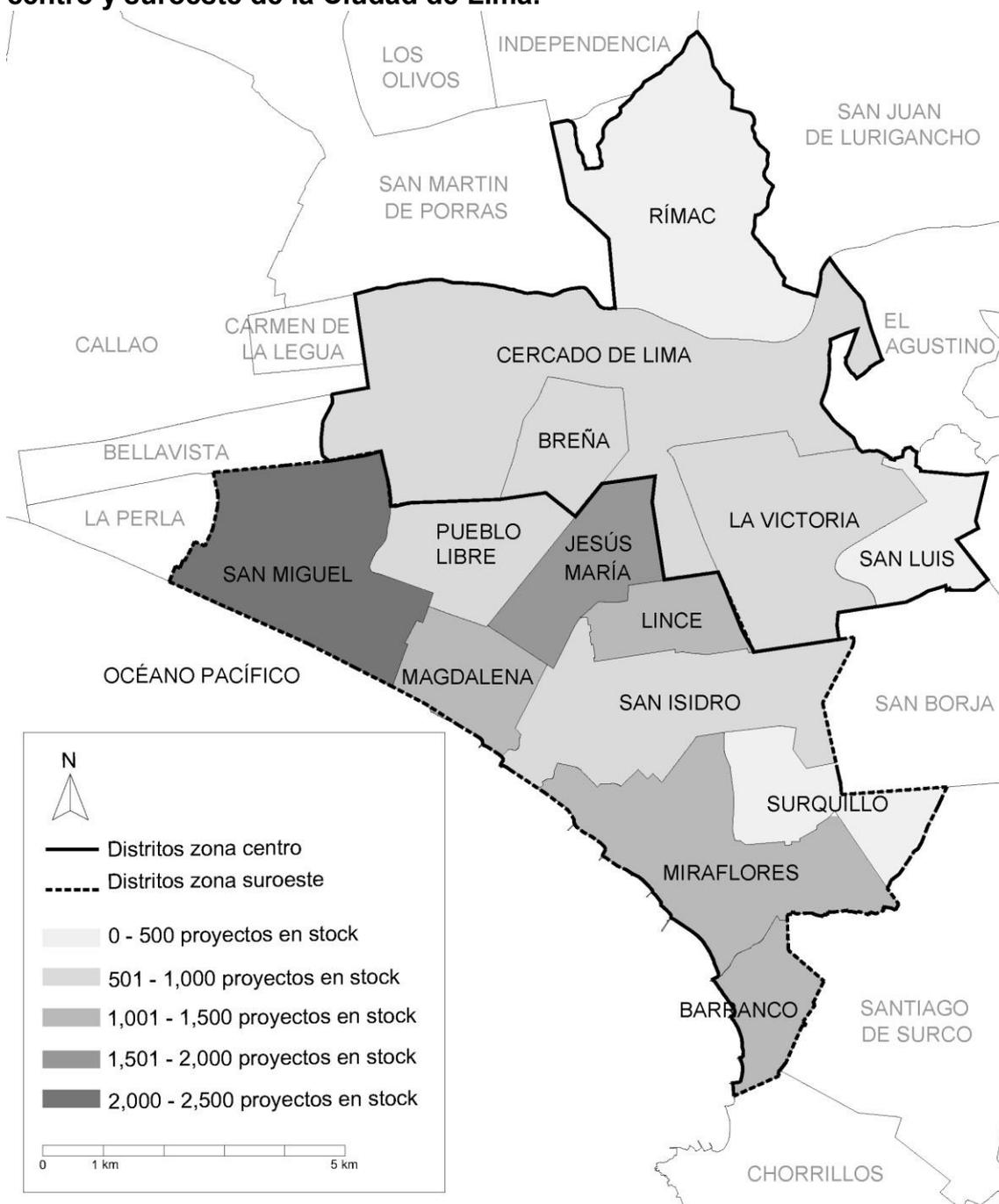
No obstante, en el contexto limeño actual casi todas las zonas de la ciudad han cambiado y siguen cambiando producto del crecimiento urbano y la liberación del mercado inmobiliario. Con esto nuevas construcciones han aparecido en la ciudad ya sean promovidas por el Estado –como el fondo Mivivienda– o por iniciativas privadas –desde las compañías inmobiliarias hasta las iniciativas particulares de autogestión y autoconstrucción–.

Por tal motivo, se decidió que el foco de la investigación estuviera en aquellas zonas en donde el cambio implicó más que la construcción de un nuevo edificio, sino también un cambio respecto a la organización ornamental de los edificios previamente existentes. Es decir, edificios nuevos y distintos a los que comúnmente se podría encontrar en una determinada calle. Con esto, el interés de la investigación no estaba en zonas de la ciudad en donde si bien ha habido un crecimiento urbano, este ha sido en base a una misma organización ornamental preestablecida como sucede en muchos de los barrios de los distritos periféricos en donde la mayoría de las construcciones implica una ampliación de la edificación existente o la construcción de un nuevo edificio pero con una organización ornamental similar a lo preexistente en la calle (Riofrío & Driant, 1987; Burga, 2006). Por lo tanto, mi prioridad fue localizar zonas de la ciudad en donde de alguna manera u otra la organización ornamental de sus fachadas haya cambiado.

Ahora bien, no fue complicado identificar zonas de la ciudad en donde se hayan estado construyendo edificios completamente nuevos con fachadas con una organización ornamental distinta a las previas existentes a todo lo largo de

una calle. Muchas de estas se encontraban en las zona centro y suroeste de la ciudad (ADIPERÚ - Asociación de Desarrolladores Inmobiliarios, 2018).

**Figura 9: Cantidad de proyectos nuevos en stock en los distritos de la zona centro y suroeste de la Ciudad de Lima.**



Fuente: Elaboración propia basada en el Informe Estadístico Mercado Inmobiliario de ADIPERÚ (2018).

El reto fue identificar distritos de esas zonas que mantengan calles con fachadas de una organización ornamental distinta a las nuevas, en otras palabras, cuadras de calles enteras que aún presenten las fachadas que están siendo reemplazadas. Fue difícil porque en una primera etapa caminé por la mayoría de los distritos de esas zonas en busca de ese tipo de calles, sin embargo, la mayoría de estas ya presentaba entre un 70% a 90% de fachadas reemplazadas. Esta etapa también sirvió para experimentar de alguna forma lo que se siente y se percibe al salir a caminar por las distintas calles de esos distritos. De esa forma el objetivo era encontrar alguna calle que tuviera por lo menos a todo lo largo de la cuadra un 80% de fachadas con una organización ornamental distinta a los nuevos edificios que se estaban construyendo. Con esto, las calles elegidas para esta investigación fueron las que presentaban aquella singular característica.

La primera calle que se encontró estaba ubicada en Lince –distrito que presentaba uno de los más altos índices de construcciones de nuevos proyectos y de futuras construcciones (ADIPERÚ - Asociación de Desarrolladores Inmobiliarios, 2018)– y fue la cuadra 5 de la avenida Trinidad Morán. En aquella calle se podía observar casi en su totalidad fachadas con una organización ornamental distinta a las de los nuevos edificios que se construyen por sus alrededores y se pensó, en primera instancia, trabajar solo con ella y en ese distrito. No obstante, se propuso explorar más distritos para conocer si era posible encontrar una calle con similares características en alguno de ellos. Todo eso con la intención de indagar si es que en aquellos otros distritos se podría

encontrar resultados distintos o similares con el objetivo de tener un panorama más complejo del fenómeno que se quería investigar.

**Figura 10: Ejemplo del reemplazo de un edificio por otro con una fachada de organización ornamental distinta en la avenida Trinidad Morán, Lince.**



Foto del autor.

A partir de esa primera experiencia, encontré en el distrito de Jesús María la cuadra 11 del jirón Huayna Cápac y en el barrio de Santa Beatriz en el distrito de Lima a la cuadra 3 de la calle Montero Rosas. En el distrito de Lima decidí excluir de ella todo la zona correspondiente a lo conocido como el “Damero de Pizarro” o como Centro Histórico a fin de no involucrar variables relacionadas al patrimonio o a la no alteración del ambiente construido en esas zonas ya que podrían haber sesgado la investigación. En consecuencia, tanto la calle encontrada en Jesús María como en Santa Beatriz mostraban casi en su

totalidad una organización ornamental similar a la de Lince y se diferenciaban de las calles que ya mostraban nuevos edificios con nuevas organizaciones ornamentales.

De esa misma manera, ya con un tipo de calles seleccionadas en esos distritos, se buscó calles a las cuales compararlas y en las que sus fachadas muestren por lo menos un 80% de edificios con nuevas organizaciones ornamentales. Estas calles fueron fáciles de encontrar pero se decidió que las elegidas deberían estar a una distancia caminable de las otras para así disminuir variables que puedan influir en la investigación. Por lo tanto, esas calles de otro tipo de fachadas estuvieron a no menos de tres minutos de distancia en los mismos vecindarios. Así pues, en Lince se eligió a la cuadra 8 de la avenida Trinidad Morán, en Jesús María a la cuadra 1 del jirón Coronel Zegarra y en Santa Beatriz a la cuadra 2 de la calle Teodoro Cárdenas.

Ahora bien, curiosamente los distritos de Lince, Jesús María y el barrio de Santa Beatriz son considerados en el imaginario público limeño como “barrios tradicionales” o “antiguos”, es decir, barrios con una carga histórica y simbólica importante y relevante para la ciudad de Lima. Sus orígenes se remontan a una primera expansión horizontal sobre terrenos agrícolas de la ciudad de Lima en donde se encontraban antiguas haciendas y fundos, y que mucho deben sus nombres a sus antiguos dueños (Orrego Penagos, 2010; Batalla, 2011; Caldas Torres, 2012). En otras palabras, están entre los barrios más antiguos de la ciudad y a pesar de que su fundación institucional haya sido a principios del siglo

XX, eso no significa que antes de esas fechas no hayan existido asentamientos o construcciones que ya se configuraban como los nuevos vecindarios de Lima.

Si bien la investigación tuvo un enfoque cualitativo en donde el énfasis está puesto en los detalles que hacen particulares las experiencias, fue estimulante descubrir que en estos tres barrios las opiniones y consideraciones de las personas entrevistadas eran compartidas y similares. Ahora bien, tampoco se propuso expandir a un mayor número de barrios puesto que se quería controlar los resultados y abarcar una mayor área hubiera significado la pérdida de detalles y curiosidades que la investigación estaba interesada en revelar.

Por otro lado, la intención de la investigación tampoco fue clasificar a las fachadas de acuerdo al momento de su construcción, es decir, diferenciarlas entre antiguas y nuevas. Puesto que aquella postura significaría entender los estilos constructivos de manera lineal y secuencial asumiendo que existe solo un único final –como puede ser el estilo internacional (Benevolo, 1963)–, lo cual no comparto.

Diversos académicos han revelado que comprender la historia de los estilos de construcción de edificios de una manera secuencial es inexacta porque aquello no sucedió ni sucede así (Salingaros, 2014; Curl, 2018). En una misma área de la península itálica se pudo haber estado construyendo al mismo tiempo una catedral de estilo gótica, un palacio barroco y una villa neoclásica puesto que la idea secuencial –de que un estilo es previo y deriva en otro– es solo una interpretación histórica que rechaza hasta el día de hoy los regionalismos (Le Corbusier, 1998; Gropius, 1965). Por lo tanto, la presente investigación me

permitió problematizar la idea en donde se asume que solo se debe construir lo verdaderamente contemporáneo y que lo moderno debe reemplazar a lo tradicional (Miró Quesada, 1945). Sin embargo, si un estilo –una solución a un problema urbano– funcionó en el pasado y sigue funcionando en la actualidad ¿por qué no podemos reproducirlas? Con esto la intención de la investigación no fue llevar el debate al campo de lo histórico de las fachadas, sino focalizarla únicamente en el campo estético, en la organización ornamental de estas y de sus formas.

En ese sentido, las calles seleccionadas fueron un total de seis distinguidas y analizadas mediante una propuesta de un índice de los niveles de presencia y manejo de las 15 propiedades antes expuestas de C. Alexander (2002). Ese análisis comparativo concluyó distinguiendo y seleccionando dos calles representantes de los promedios de los niveles más altos y más bajos de las 15 propiedades encontradas en cada conjunto de fachadas por barrio. De esta forma las calles con un promedio alto fueron denominadas como Tipo A y las de promedio bajo como Tipo B.

**Tabla 2: Distinción de las fachadas de las calles según los promedios del índice de los niveles de presencia de las 15 propiedades**

Zona de estudio	Calle	Fachada	Índice de los niveles ponderado (*)	Promedio de Índice de los niveles ponderado (*)	Distinción
Lince	Fachadas sur avenida general Trinidad Morán cuadra 5	LI-01	93.3	78.9	Tipo A
		LI-02	86.6		
		LI-03	84.4		
		LI-04	35.5		
		LI-05	91.1		
		LI-06	82.2		
	Fachadas sur avenida general Trinidad Morán cuadra 8	LI-07	24.4	37	Tipo B
		LI-08	57.8		
		LI-09	28.9		
Jesús María	Fachadas oeste jirón Huayna Cápac cuadra 11	JM-01	82.2	73.7	Tipo A
		JM-02	71.1		
		JM-03	82.2		
		JM-04	91.1		
		JM-05	24.4		
		JM-06	91.1		
	Fachadas norte jirón Coronel Zegarra cuadra 1	JM-07	28.9	30.2	Tipo B
		JM-08	31.1		
		JM-09	22.2		
		JM-10	31.1		
		JM-11	37.8		
Santa Beatriz	Fachadas sur avenida Mariano Carranza cuadra 3	SB-01	93.3	88.9	Tipo A
		SB-02	93.3		
		SB-03	95.5		
		SB-04	73.3		
	Fachadas sur calle Teodoro Cárdenas cuadra 2	SB-05	22.2	22.9	Tipo B
		SB-06	20		
		SB-07	17.7		
		SB-08	31.1		
		SB-09	17.7		
		SB-10	28.8		

Fuente: Elaboración propia.

(\*) % promedios de puntajes ponderados según diseño muestral.

Como resultado de ese primer análisis, las fachadas seleccionadas como representación del Tipo A fueron:

- Las fachadas del lado sur de la cuadra 5 de la Avenida General Trinidad Morán, en el distrito de Lince.
- Las fachadas del lado oeste de la cuadra 11 del Jirón Huayna Cápac, en el distrito de Jesús María.
- Las fachadas del lado sur de la cuadra 3 de la Avenida Mariano Carranza, en el barrio de Santa Beatriz.

**Figura 11: Fachadas categorizadas como Tipo A en Lince, Jesús María y Santa Beatriz**



Fotos del autor

Por otro lado, las fachadas seleccionadas como representación del Tipo B fueron:

- Las fachadas del lado sur de la cuadra 8 de la Avenida General Trinidad Morán, en el distrito de Lince.

- Las fachadas del lado norte de la cuadra 1 del Jirón Coronel Zegarra, en el distrito de Jesús María.
- Las fachadas del lado sur de la cuadra 2 de la Calle Teodoro Cárdenas, en el barrio de Santa Beatriz.

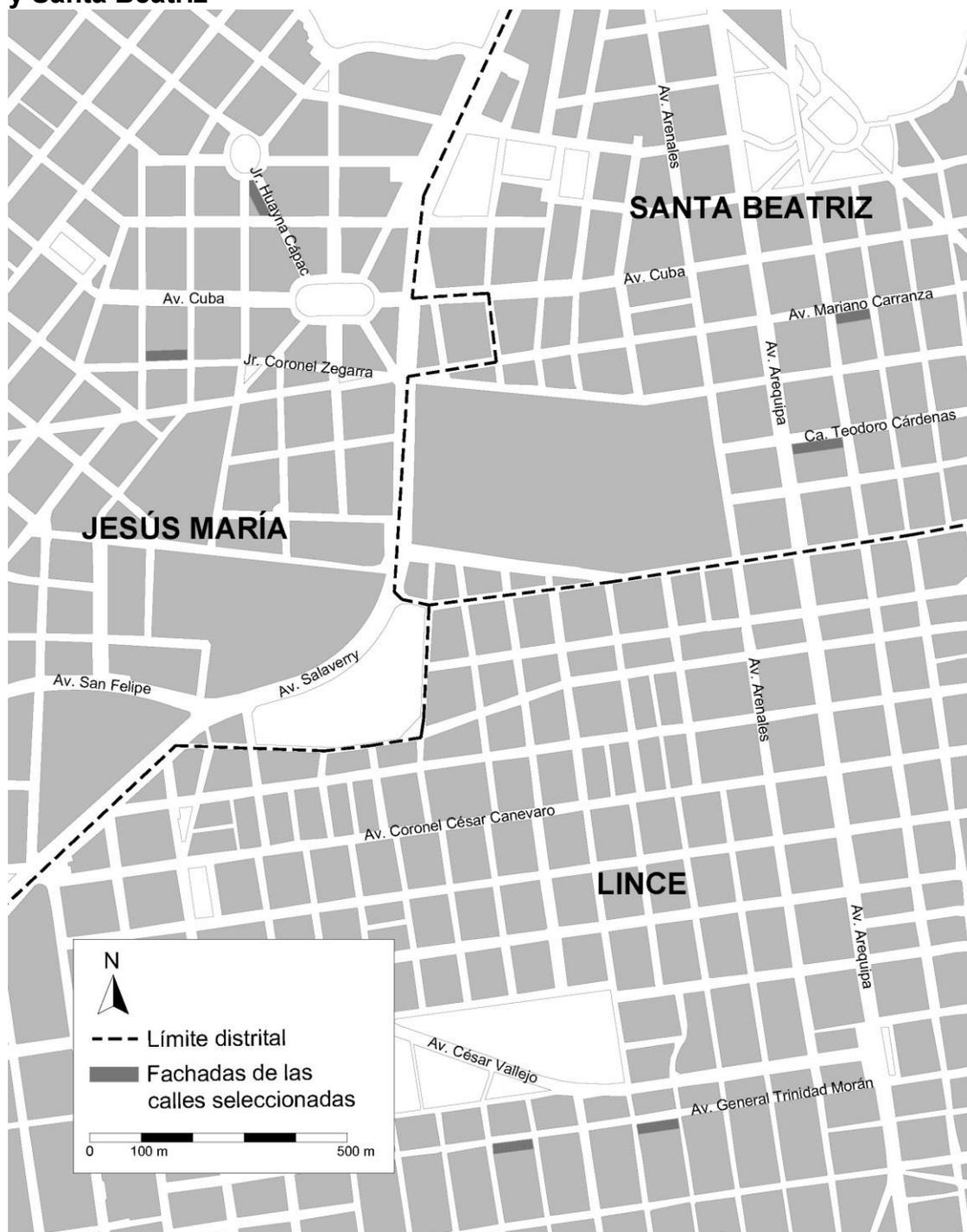
**Figura 12: Fachadas categorizadas como Tipo B en Lince, Jesús María y Santa Beatriz**



Fotos del autor

Como se mencionó previamente, estas calles se ubicaban a no menos de dos cuadras de distancia entre ellas, es decir, eran parte de un mismo vecindario y eso reforzaba aún más las expectativas de encontrar diferencias en la experiencia estética de caminar por una calle y por otra, pasar de una experiencia estética a otra en menos de tres minutos.

**Figura 13: Ubicación de las fachadas seleccionadas en Lince, Jesús María y Santa Beatriz**



Fuente: Elaboración propia

Finalmente, al encontrarnos en barrios que comúnmente son nombrados como “antiguos” se propuso problematizar y cuestionar este pensamiento

seleccionando un grupo social que en el imaginario público es categorizado como reacio a estos ambientes construidos y que en muchos casos son considerados como indiferentes frente a estos (Begazo Villanueva & Fernandez Baca, 2015). Asimismo, se quiso abarcar una población que en muchos casos los proyectos inmobiliarios están enfocados y que se refleja diariamente en la publicidad de esos barrios (Diario Gestión, 2019; Salas, 2017). Diversas estadísticas muestran que las personas de entre 25 a 35 años son el grupo social que más compra y alquila inmuebles –desde casas hasta departamentos– (Reyes, 2019) y entre los distritos de sus preferencias se encuentran los seleccionados para esta investigación. Este rango de edades es lo que Erikson (1982) en su teoría psicosocial de la personalidad denominó como *jóvenes adultos* caracterizándolas como la etapa en donde surge el conflicto entre la intimidad y el aislamiento. Para Erickson el rango de edades de estos jóvenes adultos es desde los 19 hasta los 40 años aproximadamente compuesto por personas que empiezan a crear un sentido de identidad personal el cual influenciará en sus relaciones interpersonales.

Es así, como aquella categoría de Erikson calzaba bien con el grupo social que quería trabajar y además me permitía problematizar y cuestionar lo que la sociedad piensa de ellos y lo que ellos piensan de su ciudad. Para tales fines, la edad rango de esta población fue entre los 20 años y 40 años.

### 1.3.2. Diseño de investigación

Se propuso que la naturaleza de la investigación sea explorativa, pues lo que se analizó fue de qué manera la organización ornamental de determinadas fachadas de una calle influyen en la disposición a empatizar con ella.

Por otro lado, la temporalidad de la investigación tuvo dos dimensiones, la primera fue retrospectiva, pues si bien el estudio se realizó en ambientes y con población existente en la actualidad, los resultados fueron analizados y expuestos tiempo después de levantada la información. En cuanto a su segunda dimensión, la investigación fue transversal ya que solo se realizó en una determinada fecha con el propósito de revelar la disposición de empatizar con aquellos ambientes construidos en ese determinado momento.

### 1.3.3. Selección de casos

En Lince, Jesús María y Santa Beatriz convergen distintas maneras de ornamentar la fachada de un edificio. El cambio considerable de estos es lo que motivó su selección. Sin embargo, existe un tipo de ornamentación que es considerado por las personas de la ciudad de Lima como antiguo, tradicional o hasta histórico, por lo que se puede asumir que exista un sector de la población que pueda sentir una cierta nostalgia hacia este tipo de fachadas que sin lugar a dudas sesgaría la investigación. En ese sentido, para contrarrestar y minimizar esa variable se trabajó con la categoría de Erikson (1982) de jóvenes adultos de entre 20 y 40 años, los cuales para el imaginario público muchas veces prefieren las cosas nuevas y “modernas”, y que además de acuerdo a diarios como

Gestión son los que más están comprando nuevos inmuebles, es decir, nuevos edificios con nuevas formas de fachadas.

En un primer momento se pensó en entrevistar exclusivamente a las personas que vivían en las calles de esos barrios. Sin embargo, mediante diversas conversaciones explorativas en las zonas de estudio se reveló que aquello no aseguraba que esas personas salieran a caminar por sus calles. Por el contrario, las que caminaban por ahí eran personas que no necesariamente vivían cerca o en sus alrededores.

Esto no fue visto como un impedimento o como una desventaja puesto que para salir a caminar, como hemos visto previamente, no es necesario tener un vínculo o relación previa con el lugar, en este caso la calle. Para De Certeau el andar es no tener lugar y es estar expuesto a las diversas experiencias urbanas que puedan ocurrir. Por lo tanto, la experiencia de *salir a caminar* se puede dar en cualquier calle sin importar de donde sea uno, de donde venga o hacia dónde se dirija.

En ese sentido, se decidió que la selección de las personas para ser entrevistadas estuviera basada en la observación de quienes hayan estado caminando en ese momento. Fue así que se entrevistaron a transeúntes que al momento de su selección estaban caminando por las calles de estudio.

Por otro lado, la investigación no considera un enfoque de género que de introducirse hubiera –de alguna manera u otra– modificado los resultados. No obstante, a pesar de eso se observó pertinente entrevistar tanto a hombres como

a mujeres puesto que en la práctica esto sucedía así. Por lo tanto, era necesario escuchar ambos casos para construir una más compleja idea de lo que es la experiencia estética de salir a caminar. En ese sentido, se priorizó que la distribución de género sea lo más equitativa posible para abordar las percepciones e imaginarios urbanos orientados hacia una disposición a empatizar.

De esta manera, en Lince se seleccionaron 6 personas, 3 hombres y 3 mujeres; en Jesús María 4 personas, 3 hombres y 1 mujer; y en Santa Beatriz 6 personas, 3 hombres y 3 mujeres. Todas ellas vivían en diversas partes de la ciudad de Lima al momento de realizar las entrevistas.

**Tabla 3: Lista de personas entrevistadas en Lince, Jesús María y Santa Beatriz**

Barrio	Nombre (*)	Edad	Género	Lugar de domicilio	Ocupación
Lince	Patricia	21	Mujer	Callao	Estudiante universitaria
	Elena	27	Mujer	Zárate	Enfermera
	Marta Inés	40	Mujer	Cusco	Guía Turística
	Walter	23	Hombre	Miraflores	Estudiante universitario
	Caleb	34	Hombre	Chorrillos	Promotor de ventas
	Fidel	37	Hombre	Villa El Salvador	Operador
Jesús María	Victoria	20	Mujer	Ate	Estudiante universitaria
	Braulio	24	Hombre	Jesús María	Trabajador
	Julián	25	Hombre	Lince	Jefe de prensa

	José	30	Hombre	Los Olivos	Historiador
Santa Beatriz	Karol	22	Mujer	San Luis	Estudiante universitaria
	Elsa	22	Mujer	San Juan de Lurigancho	Estudiante universitaria
	Katia	28	Mujer	Villa María del Triunfo	Estudiante universitaria
	Ernesto	21	Hombre	Callao	Trabajador
	Mateo	23	Hombre	San Juan de Miraflores	Estudiante universitario
	Jonás	32	Hombre	Cercado de Lima	Trabajador

Fuente: Elaboración propia.

(\*) Todos los nombres están alterados

#### 1.3.4. Variables

La matriz de operacionalización se trabajó con dos variables, siendo la variable explicativa la organización del ornamento de las fachadas, la cual se definió para efectos de la investigación como: El nivel de la organización y presencia de las 15 propiedades geométricas planteadas por Alexander (2002), para tal clasificación se utilizaron las siguientes categorías previamente explicadas: (1) Niveles de escala, (2) Centros fuertes, (3) Bordes gruesos, (4) Repetición alternada, (5) Espacio positivo, (6) Buena forma, (7) Simetrías locales, (8) Complementariedad profunda y ambigüedad, (9) Contraste, (10) Gradientes, (11) Rugosidad, (12) Ecos, (13) El vacío, (14) Simpleza y calma interior, y (15) La no-separación.

Por otro lado, la variable a explicar fue la disposición a empatizar, pero focalizada hacia las fachadas, es decir, un objeto. Para empezar, la empatía – entre personas– se entendió como las reacciones de un individuo hacia las

experiencias observadas en otros (Davis, 1983), las cuales pueden implicar procesos y respuestas cognitivas o no. Siguiendo esta lógica y después de revisada la literatura se propuso que una disposición a empatizar con los objetos podía definirse como el proceso de una disposición a “sentirnos dentro” de ellos y las respuestas intrapersonales –percepciones e imaginarios– que se generan de esa experiencia –pudiendo ser cognitivas o no–. Se resalta que el énfasis estuvo en la disposición a empatizar más no en la empatía en sí –que involucra respuestas interpersonales–, puesto que por el momento no existen herramientas que permitan su medición –entre personas y objetos– y, sobre todo, porque se entiende a la disposición a empatizar como algo inherente en las personas, pero que puede variar de nivel de acuerdo a las habilidades que estas posean y a las cualidades formales del objeto a empatizar.

Por lo tanto, lo significativo para el análisis será revelar qué aspectos o propiedades aumentan la disposición de las personas entrevistadas a empatizar con los distintos objetos o, en el caso de esta investigación, las fachadas. En ese sentido las categorías que se utilizaron para el análisis fueron: (1) Cognitiva, la cual comprende a la (1.1) Identificación y la (1.2) Proyección; y la (2) Afectiva que comprende las (2.1) Emociones y los (2.2) Sentimientos.

#### 1.3.5. Técnicas de recolección

El fenómeno que se pretendió analizar fue la interacción empática que puede suceder entre un ser humano y elementos inanimados, en este caso las fachadas de los edificios de una calle. Sin embargo, gran parte de las pruebas y herramientas de medición de la empatía se concentran en la relación entre los

propios seres humanos y con un enfoque cuantitativo. Además, la existencia de una variedad de maneras de medirla a consecuencia del desacuerdo para una definición semántica interdisciplinaria (Gerdes, Segal, & Leitz, 2010) hace que intentar adecuar tales mediciones sea forzado y hasta incoherente. En ese sentido, el foco de la investigación estuvo puesto sobre la posibilidad y la disposición a empatizar, mas no la empatía situacional en sí, aproximándose con esto a establecer y remarcar indicios empíricos sobre esta relación.

Para tales fines se propuso una aproximación cualitativa, puesto que se consideró que sería lo más pertinente para explorar los procesos cognitivos y afectivos, visibilizar las respuestas intrapersonales como las percepciones e imaginarios urbanos producto de aquella interacción, explorar las razones por las que suceden e intentar esclarecer cómo se desarrollaría una disposición a empatizar con las calles. En ese sentido, se seleccionaron dos tipos de técnicas: la observación y la entrevista. El objetivo de la primera fue identificar y categorizar las distintas organizaciones de la ornamentación de las fachadas de una calle, mientras que el de la segunda fue revelar los niveles y los procesos de la disposición a empatizar por determinadas fachadas.

La secuencia utilizada fue, en primera instancia, la observación la cual culminó en la selección de 2 calles por barrio y su distinción entre Tipo A y Tipo B. A partir de ello, se pusieron a prueba estos tipos con las percepciones e imaginarios urbanos surgidos en las entrevistas con las personas seleccionadas en una segunda instancia.

Ahora bien, uno de los objetivos principales de la selección de calles distintas fue el de someterlas al criterio público basado en la experiencia estética de recorrerlas o caminar por ellas. Sin embargo, fue casi imposible plantear la posibilidad de hacer que las personas primero caminaran por una calle y luego por la otra, para luego pedir sus opiniones y consideraciones de aquella experiencia. Aquello hubiera sido lo ideal, pero las limitaciones físicas y la disponibilidad de tiempo de los entrevistados reducían considerablemente ese experimento.

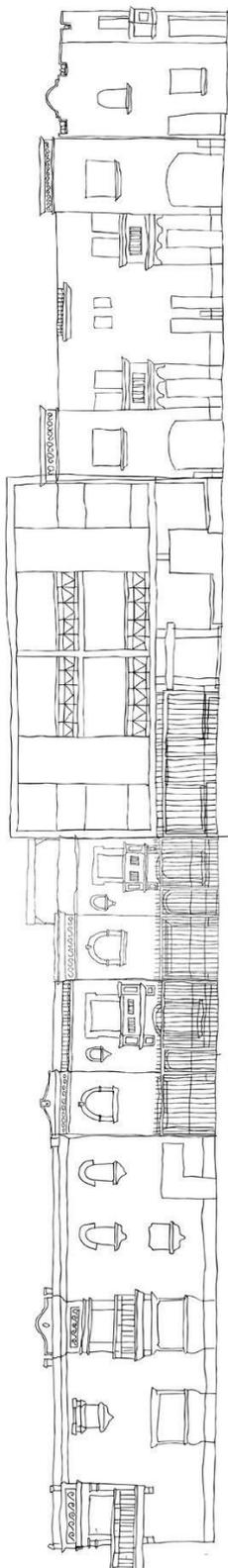
Por lo tanto, uno de los principales obstáculos que se debió resolver metodológicamente fue lograr que las personas puedan realizar una experiencia estética comparativa entre los dos tipos de calles en un mismo sitio. Es así que se consideró como lo más pertinente que durante la entrevista se utilice un soporte gráfico que facilite la comprensión de lo que se quería abordar en la conversación –en relación a la organización ornamental de las fachadas– y que no solo permita una exploración sino que también sea un medio para una interacción con el ambiente construido. En otras palabras, una herramienta que permita la simulación de lo que sería recorrer visualmente ambas calles, pero desde un solo lugar.

En ese sentido, se elaboraron 6 cartillas, dos por cada barrio, en donde se graficaron los dos tipos identificados de elevaciones y organizaciones ornamentales de las fachadas de los edificios que contienen la calle. Esta herramienta –de aproximadamente 29 cm x 9 cm– se puso a prueba en entrevistas explorativas con resultados que favorecían el despliegue y la

construcción de las percepciones e imaginarios urbanos de las personas entrevistadas. La experiencia estética del caminar por esas calles era simulada por la experiencia de recorrerlas visualmente, la cual traía consigo todo el bagaje perceptual basado en experiencias previas y recuerdos. De esta forma, las personas no solo opinaban sobre las calles seleccionadas, sino también de las diversas calles en las cuales encontraban similitud y habían experimentado sentimientos y percepciones similares, es decir, la utilización de esta herramienta permitió la expansión perceptual no solo a las calles seleccionadas sino también a calles que las personas entrevistadas recordaban y asociaban.

Como se mencionó previamente, estas herramientas gráficas consistían en un levantamiento formal de las distintas fachadas de las calles seleccionadas en una escala determinada y monocromática. Tuvieron que ser monocromáticas puesto que en ejercicios explorativos se descubrió que el color provocaba un sesgo en las percepciones de las personas entrevistadas, por tal motivo se decidió suprimirlas dado que el énfasis de la investigación fue la estructura geométrica de la ornamentación de las fachadas. Por otro lado, también se decidió suprimir la vegetación existente, pues, también provocaba un sesgo en las opiniones de los entrevistados, de esta forma, las herramientas gráficas permitían una percepción focalizada únicamente en las organizaciones ornamentales de las fachadas de los edificios existentes de las calles seleccionadas.

**Figura 14: Cartilla de fachadas Tipo A de Lince**



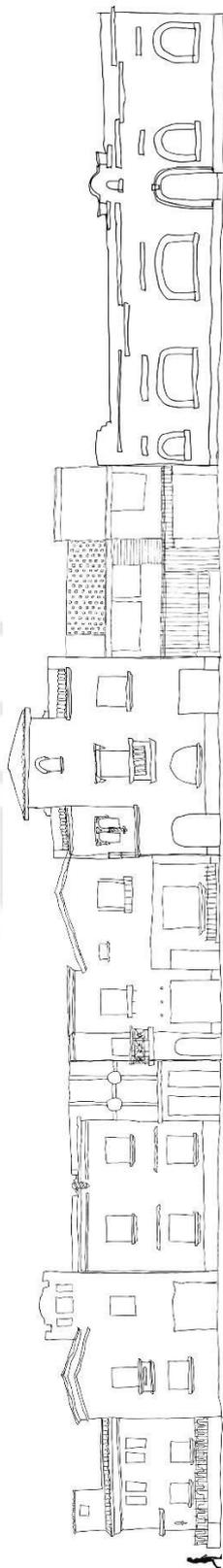
Fuente: Elaboración propia

**Figura 15: Cartilla de fachadas Tipo B de Lince**



Fuente: Elaboración propia

**Figura 16: Cartilla de fachadas  
Tipo A de Jesús María**



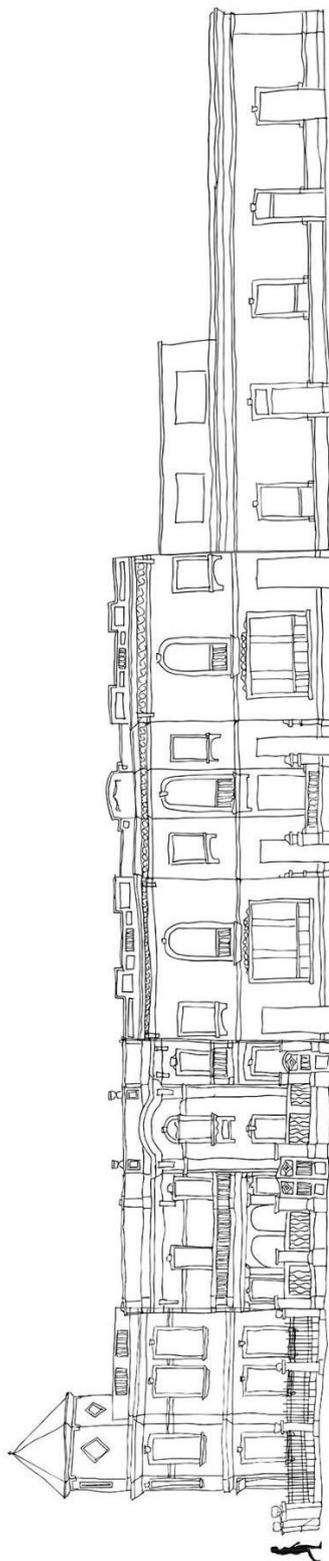
Fuente: Elaboración propia

**Figura 17: Cartilla de fachadas  
Tipo B de Jesús María**



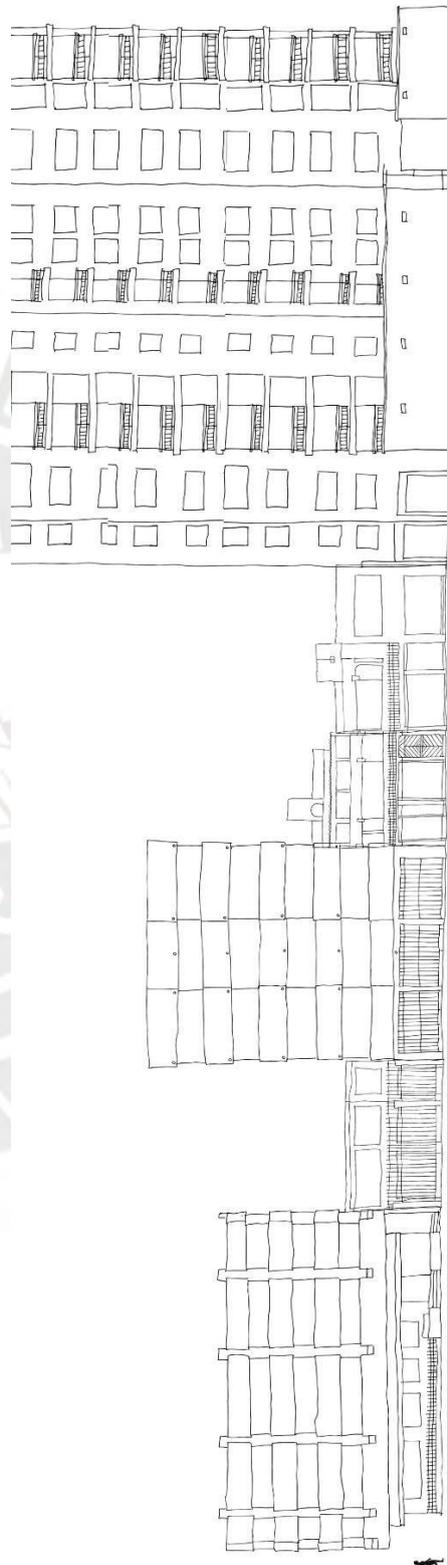
Fuente: Elaboración propia

**Figura 18: Cartilla de fachadas Tipo A de Santa Beatriz**



Fuente: Elaboración propia

**Figura 19: Cartilla de fachadas Tipo B de Santa Beatriz**



Fuente: Elaboración propia

Ahora bien, en cuanto a la organización de las entrevistas realizadas, estas estuvieron focalizadas en revelar cómo se producían los procesos cognitivos a partir de las experiencias estéticas de las fachadas y las respuestas intrapersonales afectivas o no de esas experiencias. En ese sentido, se prepararon diversas fichas que comprendían preguntas abiertas sobre los temas en cuestión.

Si bien se pensó en un inicio que las entrevistas debían seguir una estructura lineal e igual para cada persona, en donde primero se conversaría sobre las dimensiones cognitivas y luego de las afectivas, durante el proceso de las entrevistas se consideró que lo más pertinente sería combinar ambos aspectos, puesto que las personas pasaban de hablar de una dimensión a la otra con una facilidad que hacía cuestionar esa división. Esto se interpretó como una indicación para hacer de las entrevistas lo más flexible posible, en donde los procesos y las respuestas de la experiencia estética de caminar por una calle contenga las particularidades y diferencias de cada persona entrevistada. De esta forma, las entrevistas no seguían un orden preestablecido, este era definido por las propias personas entrevistadas a partir de una pregunta explorativa.

Algo que se consideró relevante para la investigación fue no indicar que las cartillas de los tipos de fachadas se encontraban en los barrios donde se realizaban las entrevistas hasta terminarlas, puesto que en ejercicios explorativos se revelaba que, por ejemplo, las fachadas Tipo A no eran posibles o concebibles en los barrios seleccionados, es decir, existía una negación sobre la posibilidad de la existencia de fachadas Tipo A en barrios de Lince, Jesús

María y Santa Beatriz lo cual condicionaba y sesgaba todas sus respuestas. Por lo tanto, al comenzar las entrevistas no se indicaba la ubicación de las fachadas representadas en las cartillas hasta su culminación. La revelación final provocaba también en las personas reflexiones y cuestionamientos que fueron exploradas en la investigación.

De esa manera, el proceso de la entrevista empezó primero identificando a las personas entrevistadas. Estas debían estar caminando por las calles seleccionadas de los barrios o detenidas cerca de ellas. Luego me acercaba a ellas pidiéndoles permiso para realizar la entrevista y recolectando sus datos personales como sus nombres, ocupaciones, lugares de domicilio y edades. A partir de ahí se les presentaba las dos cartillas que representaban las fachadas Tipo A y Tipo B de los barrios en donde se encontraban, por ejemplo, si la entrevista se desarrollaba en Lince se le presentaba las cartillas de los dos tipos de fachadas distinguidos en Lince. Se las hacía observar con detenimiento por alrededor de un minuto y se procedía a realizar una pregunta introductoria que consistía en consultarles por cuál de las dos calles elegiría *salir a caminar* y cuál sería la razón.

Aquella consulta, por más simple y sencilla que parezca, permitía que las personas explorasen y expresasen las más complejas percepciones e imaginarios urbanos que, en muchos casos, no eran conscientes de la incidencia en su cotidianidad. Esa primera pregunta organizaba la estructura de su entrevista de acuerdo a sus inquietudes y preferencias a partir de siete ejes

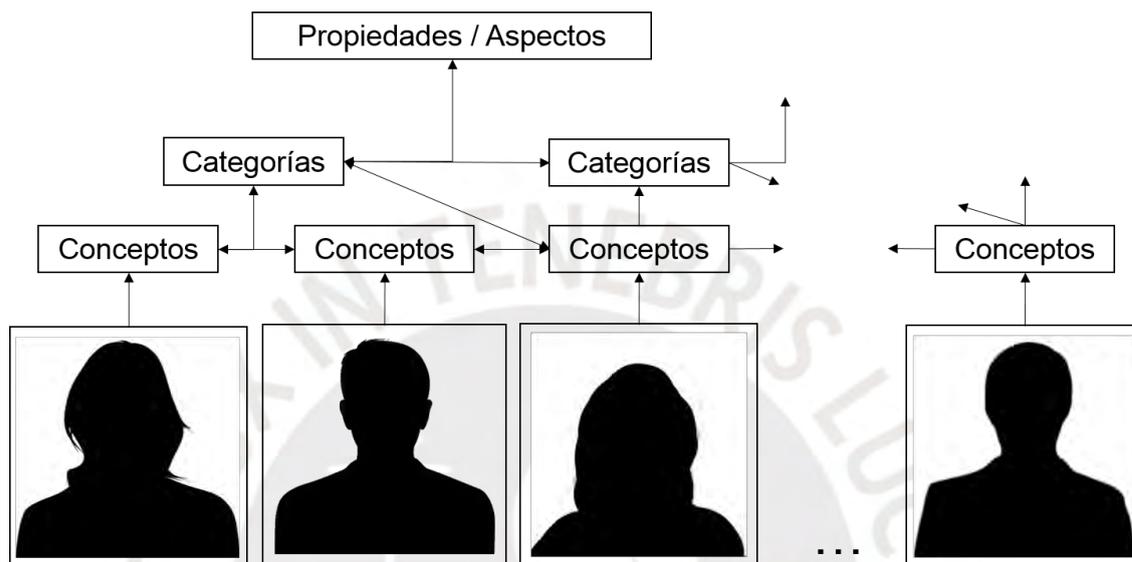
temáticos que no tenían un orden lineal e intercambiaban de posición de acuerdo a la persona entrevistada.

Un eje abordaba la experiencia estética, sobre sus preferencias, gustos y razones por las cuales saldrían a caminar por una calle así sola o acompañada por alguien más. Otro tema trataba sobre los imaginarios sociales en el cual se abordaban supuestos de una vida social en una calle así, estilos de vida y de tipos de personas que vivirían en una calle así. También había un tema que se centraba en la percepción estética, en la posibilidad de identificar a una de las calles con más vida que la otra y la percepción de belleza en esta. De esa misma manera, se abordaba otro tema vinculado a la preferencia estética, en donde se exploraban las razones por las cuales un tipo era preferido sobre el otro y las razones por las cuales se pensaba que las calles se diferenciaban entre ellas.

De esa misma manera, existía un tema que exploraba el valor de las fachadas, su influencia en la composición de la calle y las razones por las cuales esto se producía. Otro tema que trataba sobre la experiencia subjetiva en relación a los sentimientos o sensaciones que emergían de imaginarse caminar por las calles tipo, las razones de esas imaginaciones y las consecuencias que limitaban o posibilitan sus comportamientos. Finalmente, un último tema que era abierto en el cual se exploraba a modo de conclusión, después de revisar todos los temas anteriores, la posibilidad de elegir una de las dos calles tipo para vivir o en la cual le hubiera gustado haber vivido, esto con la intención de concluir indicando que esas calles quedaban en los barrios en los cuales se habían hecho las entrevistas y a poca distancia de ellos. Como se mencionó previamente, esta

revelación final permitía el afloramiento de cuestionamientos y sensaciones que fueron bastante útiles para la investigación.

**Figura 20: Esquema de procesamiento de información**



Fuente: Elaboración propia

El principal interés de la investigación fue construir conocimiento a partir de las particularidades de las personas entrevistadas. En ese sentido, el procesamiento de la información estuvo influenciado por los trabajos de Glaser & Strauss (2006) y Glaser (1978) en donde las personas entrevistadas son parte de la construcción de conocimiento, y consistió, en un inicio, en elevar las opiniones y comentarios de las personas a conceptos, los cuales eran comparados entre ellos para generar, en una segunda instancia, categorías. Estas categorías no solo eran comparadas con otras, sino también con los previos conceptos para una adecuación o surgimiento de nuevas categorías. Finalmente, las categorías eran asociadas por similitud en propiedades y aspectos que se consideró influían en un mayor nivel de la disposición a

empatizar con las fachadas de una calle. Todas las entrevistas se realizaron en la calle, durante el día, entre los meses de enero y marzo del 2019.

#### 1.3.6. Limitaciones y otras consideraciones

La presente investigación se enfocó en un grupo social que se encontraba entre los 20 y 40 años de edad y compuesto lo más equitativamente posible entre hombres y mujeres. Esto a modo de comprender cuáles son las percepciones e imaginarios urbanos de este grupo que recorre la ciudad y se desenvuelve en ella.

El fenómeno que quería estudiar era la experiencia de *salir a caminar* y por qué se distingue del simplemente caminar. Aquella distinción estará explicada más adelante en la exposición de los resultados. Por tal motivo, como mencioné previamente, mi primera intención fue trabajar con personas que vivían en esas calles, conversé con algunas de ellas pero la realidad me mostraba que la mayoría ni siquiera *salía a caminar* por sus calles. Si bien ellas utilizaban las calles –como para desplazarse, ingresar a sus domicilios, etc. – no lo hacían para realizar la compleja acción de *salir a caminar*, sobre todo en las calles Tipo B. Entonces, a pesar de que las personas que vivían en esas calle pudieran haber tenido un *sentido de lugar* que hubiera revelado cosas interesantes sobre las calles, me fue difícil intentar relacionarlo con el objetivo principal de la investigación: explorar la influencia de las fachadas en la experiencia estética del salir a caminar para una disposición a empatizar con las calles.

Como se verá en la exposición de los resultados, existen propiedades y cualidades del ambiente construido –y más específicamente de las fachadas de una calle– que pueden posibilitar o limitar el salir a caminar. Revelar aquello permitió comprender la complejidad de la situación en donde a pesar que una persona viva en una determinada calle, no implica que esta decida salir a caminar por ella. Esto es algo común en diversos barrios de Lima que las personas entrevistadas manifestaban, personas que solo entran y salen de sus casas en automóviles o sin ellos; y una comprensión de la calle como un medio para llegar a un destino, más no como un espacio público.

Por lo tanto, hubiera sido interesante entrevistar a personas que vivían en las calles seleccionadas, pero la realidad y los resultados mostrarán que eso no me aseguraba que ellas salieran a caminar por las calles en las que vivían. No obstante, muchos de mis hallazgos mostrarán indicios de por qué eso no sucedía. Con esto, lo que quiero decir es que vivir en una determinada calle no implica que se vaya a *salir a caminar* por ella.

Ahora bien, abarcar parte de una población económicamente activa, resultó interesante para conocer cuál es la oferta social y económica que buscaban en la ciudad, es decir, eran la población que más adquiere la mayoría de los proyectos inmobiliarios que en esos momentos existía en la ciudad de Lima (Reyes, 2019).

En esa línea, también se intentó problematizar aquel imaginario público que indicaba que los jóvenes adultos únicamente prefieren las cosas nuevas –en el cual se puede incluir a las fachadas–. Como se podrá revisar más adelante,

muchos de ellos pueden sentir una inclinación, preferencia y una disposición a empatizar con elementos considerados por ellos mismos como “antiguos”, y dejar a un lado las muchas veces considerados como “modernas” o nuevas.

Por consiguiente, si se deseara posibilitar una disposición a empatizar en toda la ciudad será necesario realizar un similar ejercicio y análisis con otros grupos sociales de distintas edades. La visión expuesta en esta investigación corresponde a jóvenes adultos limeños que caminan casi diariamente las calles de Lince, Jesús María y Santa Beatriz. No obstante, la residencia de todas aquellas personas corresponde a diversas partes de la ciudad de Lima con distintas realidades, pudiéndose sospechar que una visión similar de lo que es la vida en la calle y cómo se desarrolla una disposición a empatizar con ella pueda ser comprendida y compartida en diversas partes de la ciudad. En ese sentido, tan valioso como saber qué opinan y piensan los jóvenes adultos, es conocer cuál es la visión de otros grupos sociales como los niños, adultos mayores, mujeres, entre otros, sobre cómo aumentar la disposición a empatizar con su ciudad, cuáles son sus percepciones de la actual y cómo se imaginan la ciudad en la que viven.

En esa línea, la presente investigación tampoco consideró un enfoque de género, si bien se intentó ser lo más equitativo en la selección de las personas entrevistadas, no considero que aquello haya sido suficiente para visibilizar las distintas problemáticas que ocurre con las mujeres o con otros grupos sociales. Asimismo, cuando menciono a hombres y mujeres no estoy concibiendo una

sociedad binaria, sin embargo, pienso que visibilizando a las mujeres se puede fomentar en algún momento la visibilidad de otros grupos sociales obviados.

Por tal motivo, considero que de introducirse el enfoque, estos influenciarían considerablemente en los resultados al punto de empezar a dialogar con el urbanismo feminista y todo lo que éste cuestiona, entre ellas la muy famosa dicotomía de lo público-privado (Muxí, 2018; Col•lectiu Punt 6, 2019). Algo que la presente investigación intenta problematizar cuando se refiere a las fachadas ¿son públicas, privadas, ambas o ninguna? Aquello puede hacernos cuestionar, por ejemplo, hasta qué punto resiste la idea de lo público-privado para explicar fenómenos en donde esa división no está clara.

Por otro lado, esta además decir que la presente investigación tuvo lugar en la ciudad de Lima, por lo que un análisis con similares objetivos debería desarrollarse en otras ciudades del país, en donde la manera de estar y salir a caminar por la calle depende mucho de las formas y comportamientos de vivir y de lo que las personas en esas ciudades consideren como vida en la calle.

La idea de vida, si bien es bastante atractiva, no debe entenderse como algo absoluta. Por el contrario, es más bien una constitución por gradientes o niveles, y sobre todo como característico de cada sociedad y población. Esto es, las diferencias y particularidades caracterizarán y matizarán la vida en cada calle. En ese sentido, analizar cuánta vida tienen y dan las fachadas de otros barrios de la ciudad también es significativo. Barrios en donde no existen fachadas “clásicas” o “antiguas” pero con un alto nivel de vida –como en barrios periféricos urbanos– ayudaría en comprender aún más la ciudad en la cual vivimos.

Por otro lado, en este caso se analizaron las fachadas en relación a la disposición de empatizar con ellas, también sería relevante analizar la relación con otros elementos de las calles como por ejemplo el piso –aceras y calzadas–, el mobiliario urbano –bancas, faroles, tachos de basura, etc. –, la vegetación, entre otras; para así tener una visión más amplia de lo que constituye una interacción empática con el ambiente construido.

Debo mencionar de igual manera que esta investigación estuvo focalizada en lo perceptible visualmente. Comprendo y entiendo las limitaciones y sesgos que puede tener el comprender a una sociedad como visual (Sartori, 2001; Pallasmaa, 2012). Por ende, será necesario profundizar más en el desarrollo de una empatía que involucre muchos más sentidos, ya que la interacción entre estos hace que la experiencia estética del “salir a caminar” sea tan compleja como en realidad es. Existen poblaciones y grupos sociales en donde el tacto o el olfato son mucho más relevantes, pensemos por ejemplo en personas con limitaciones visuales o una movilidad reducida. No obstante, considero que esta primera aproximación puede ayudarnos a intentar comprender lo que sucede en una experiencia multi e intersensorial como es el “salir a caminar”.

Bajo esa idea, se comprende mejor lo trascendental que es el ornamento y la utilización de esta para el estímulo y orientación mediante el tacto y la piel de las personas con discapacidad visual y aquellos nuevos integrantes que empiezan a explorar el mundo y su ciudad, como son los niños (Tonucci, 2015; Kirk, 2018). Por ende, programas y actividades realizadas por organizaciones que posibilitan esta exploración y percepción de la ciudad ejemplifican y demuestran lo

relevante que es poseer y conservar fachadas y elementos urbanos que no se limiten únicamente a la apreciación y simpleza visual. Tal es el caso de los recorridos urbanos que organiza Lima Antigua con personas con limitaciones visuales por varias calles y edificios de Lima, en donde la exploración y la recopilación de información del ambiente construido también puede ser categorizado y valorizado con otros sentidos (Lima Antigua, 2019).

Por lo tanto, la experiencia del ambiente construido se realiza multi e intersensorialmente, construimos nuestra realidad mediante todos nuestros sentidos, tan solo basta con imaginar lo que sentiríamos de una calle si oliéramos una panadería, una florería o la ruptura de un alcantarillado. La mezcla de los sentidos propicia la variedad perceptual sobre un lugar, una calle o una ciudad. El suprimir alguna de estas, representaría una cohibición a percibir la realidad a partir de nuestras diferencias. El enfoque visual de la presente investigación solo representa una pequeña parte de lo que es posible revelar y descubrir mediante el sencillo ejercicio de salir a caminar.

Finalmente, tuve la oportunidad de presentar parte de esta investigación en un Foro sobre las ciudades peruanas frente a diversos especialistas de la ciudad y –lo más relevante para mí– un público variado y general<sup>1</sup>. Fue gratificante percibir que las personas asistentes comprendían, compartían y reconocían las problemáticas básicas que quería transmitir y las categorías complejas como la empatía y la idea de vida. Sé que eso fue así, porque surgió entre ellas un interés

---

<sup>1</sup> Una sección de los hallazgos fueron presentados en el II Foro Ciudades Cómo Vamos organizado por el Observatorio Lima Cómo Vamos el día 7 de noviembre del 2019 en el Teatro Municipal de Lima.

por conocer aún más de que se trataba mi investigación y cómo esta podría explicar las interrogantes que me hicieron llegar, de las cuales menciono algunas a continuación:

- Si densificar significa reemplazar casas por edificios, ¿No sería inconveniente sin haber solucionado antes la dotación de los servicios básicos?
- En su opinión, nuestros muros y calles se verían mejor si dan vida. Entonces, estará de acuerdo con el pintado de las paredes de la calle –como se da en el Callao Monumental– en donde se intenta empatizar con la comunidad. Eso ya se ha hecho antes, pero las diferentes gestiones municipales no estaban de acuerdo y mandaron a borrarlas. Entonces ¿cómo se propondría empatizar con la comunidad?
- A nivel de ciudad –Lima– ¿Cómo construir fachadas que incorporen los aspectos recogidos en tu investigación, tomando en cuenta las particularidades de cada espacio, como el factor socioeconómico de ciertos barrios o distritos?
- Tengo una experiencia negativa. Cuando se viaja en el tren eléctrico, los techos son deplorables durante todo el recorrido ¿Qué hacer al respecto?

Muy aparte de cual sea interés de cada persona, aquellas interrogantes demuestran la preocupación de las personas por comprender y empatizar con el ambiente construido, qué se está haciendo con él o por qué se ha hecho así. En ese sentido, las conclusiones que propuse no responden específicamente cada

una de esas interrogantes, pero las abarcan al circunscribirlas en el debate de lo que se está haciendo con nuestra ciudad.



## 2. SALIR A CAMINAR: LA EXPERIENCIA ESTÉTICA COMO UN MEDIO PARA UNA DISPOSICIÓN A EMPATIZAR

La diferencia de las organizaciones del ornamento de las fachadas de las calles analizadas estimuló claramente distintos procesos cognitivos y afectivos en las personas. No obstante, existía una mayor disposición a empatizar con un tipo en especial. Esos procesos cognitivos y afectivos direccionaban la empatía hacia algo más complejo que los entrevistados entendían, comprendían y asociaban con la *vida*.

Asimismo, estas diferencias físicas ornamentales estuvieron definidas por los niveles de presencia de 15 propiedades formales (Alexander, 2002) que permitieron la distinción de dos grupos. Estas diferencias formales influenciaron en distintas maneras la forma de percibir y experimentar la calle, en otras palabras, en el conocimiento sensible de las cosas. De esa forma, mis hallazgos han revelado que las personas entrevistadas tenían una mayor disposición a empatizar con fachadas que consideraban que *daban vida* a la calle, aumentando con ello las posibilidades de que *salgan a caminar*.

*Salir a caminar* se distingue del caminar cuando las personas perciben la posibilidad de hacer más cosas que solamente las de movilizarse o trasladarse de un lugar a otro, esto es, cuando pueden observar, explorar, descubrir, distraerse o simplemente no hacer nada cuando están en la calle. Por ende, salir a caminar no implica realizar una acción en sí, ni mucho menos una concepción utilitaria de la calle. Es una expresión de nuestras capacidades para realizar lo

que deseemos y estar abiertos a las experiencias y manifestaciones de vida que nos puedan ocurrir en las calles. Es sencillamente salir a caminar.

El salir a caminar conversa muy bien con una idea de vida y con cómo ésta es construida. La vida, a la cual me referiré, estaba basada en maneras específicas de comportamiento humano y social, y, sobre todo, en cómo la organización ornamental de esas fachadas podría posibilitarlas o limitarlas. Entre los distintos aspectos que involucraba considerar y valorizar a una fachada que daba vida resaltaban cinco, en las cuales las personas se tomaban más tiempo en explicarlas y en desarrollar sus ideas.

En ese sentido, en un intento de ver las cosas desde el punto de vista de las personas entrevistadas, sostengo que esta idea de vida que tienen y dan las fachadas se moldea mediante una experiencia estética, en donde los procesos cognitivos y afectivos interactúan en estos cinco aspectos: (1) la localización, (2) la visibilidad, (3) la variedad, (4) el sentido de comunidad, y (5) la historización. Estos cinco aspectos, de estar presentes en un alto nivel, propiciaban lo que las personas entrevistadas entendían como una fachada que daba vida y posibilitaba el *salir a caminar* en la calle, aquella práctica que más que buscar hacer algo en la ciudad, lo que permitía era la posibilidad de permanecer, descubrir y hacer ciudad al caminar, en otras palabras, simplemente *poder salir a caminar*.

La interacción de esos cinco aspectos se desarrollaba sin una jerarquía particular, en muchos casos las personas entrevistadas daban más prioridad a una sobre las otras pero no era una constante como para generalizar. No

obstante, se identificó que una de estas, la localización, era el aspecto que, de alguna manera, abría el camino para que se den las demás, una primera condición para una disposición a empatizar. Una vez más, esto no significaba que era la más importante, sino que dentro de esa heterarquía su rol recaía en posibilitar las demás.

### 2.1. Localización

En la interacción con las fachadas, la localización puede aumentar o disminuir la disposición a empatizar con ella. Esta variable influye en el proceso de intentar “sentirse dentro” de lo que se está observando, pues para las personas entrevistadas era relevante conocer su ubicación y su relación con el entorno. En otras palabras, una disposición a empatizar con las fachadas no depende únicamente de ellas, sino también del ambiente en el cual estas fachadas se encuentran.

Este aspecto puede sintetizarse en lo que Elsa (mujer, 22 años) explicaba, “Dependiendo de la zona”. Por lo tanto, la localización para muchas de las personas entrevistadas era trascendental para empezar a construir una disposición a empatizar, el saber dónde queda la calle y cuan accesible es, responde a un primer intento por entender, comprender y controlar las limitaciones físicas. Aquello permite que la experiencia estética se encuentre enmarcada en un contexto físico.

En ese sentido, el conocer dónde se encontraba aquella fachada, qué la rodeaba, cómo se vinculaba con las demás calles y hasta con la ciudad,

resultaba importante al momento de decidir o inclinarse por una en especial. Por consiguiente, el aumento o disminución de una disposición a empatizar con las fachadas de una calle dependía de conocer en donde ésta estaba localizada.

Ahora bien, esta localización estaba relacionada con la ubicación exacta de la calle, es decir, en qué barrio o zona de la ciudad se encontraba. Puesto que en el imaginario de las personas entrevistadas ya existía un prejuicio sobre algunas zonas de la ciudad, zonas a las cuales no irían, ni caminarían por más “bellas” que sean sus fachadas. Por otro lado, identificaban igualmente calles en zonas de la ciudad en donde sí podían imaginarse salir a caminar a pesar de considerarlas “feas” o “aburridas”, la percepción de seguridad y confort que brindaba ese barrio influía considerablemente en una disposición a empatizar. Por consiguiente, se consideró a este aspecto como el posibilitador de los demás, puesto que si la calle tenía una localización que favorecía su accesibilidad, permitía que las personas pudieran enfocarse en otros aspectos, aumentando así los niveles de una disposición a empatizar.

Por ende, las fachadas podían ser “muy bonitas”, pero si se encontraban en una zona de la ciudad que era considerada de mala gestión administrativa o de difícil acceso, como por ejemplo la inseguridad, todas las posibilidades de incrementar la disposición a empatizar se reducían, Elena (mujer, 27 años) explicaba:

“Bien, dependiendo el lugar dónde esté la calle ¿no? Si tú pones El Agustino o La Victoria... ¡Más miedo! ¿No? Porque inclusive las cuadras de acá son recontra altas, mejor dicho, largas. Son callejones, quintas. Yo, al menos, cuando paso

por ahí estoy viendo, porque de repente me janan. Porque esta oscuro y, bueno, si es acá por el Centro de Lima, hay luz y más tranquilo para ver y todo. Es bonito.”

Por otro lado, la distinción entre las fachadas analizadas estuvo basado por el promedio del nivel del índice de presencia de las 15 propiedades anteriormente explicadas, sin embargo, si estos dos tipos de fachadas eran entendidas bajo las mismas condiciones, es decir, si es que ambas fachadas se encontraban en un mismo barrio, con un mismo entorno –favorable o desfavorable–, las fachadas que propiciaban y posibilitan una mayor disposición a empatizar eran las que mostraban un promedio alto del nivel del índice de las 15 propiedades, es decir, las fachadas Tipo A. Aquello no solo demostraba las distintas percepciones e imaginarios urbanos que podía tener una persona cuando caminaba por una calle o por otra, también demostraba la gran influencia de la localización en la disposición a empatizar.

No en vano, las personas entrevistadas reconocían también zonas de la ciudad en donde una organización ornamental de las fachadas debía respetarse, manteniéndola al momento de, por ejemplo, construir un nuevo edificio, Mateo (hombre, 23 años) explicaba, “Depende de donde esté ubicado [un nuevo edificio]. Si está ubicado en el Centro de Lima, yo prefiero que sea así [Tipo A].” La posibilidad de hacer esta asociación entre una organización ornamental y un lugar en la ciudad permitía identificar la personalidad y experiencia estética que se espera de ese lugar. En ese sentido, tan importante como el considerar a una fachada –en palabras de los entrevistados– como “bonita”, era también saber dónde estaba ubicada.

Esto también demostraba lo importante del entorno, de lo que rodeaba a la calle o cómo esta se integraba a un sistema más complejo como es la ciudad. Este vínculo se manifestaba gradualmente, de la fachada a la calle, de la calle al barrio y del barrio a la ciudad, en donde si la calle era percibida como parte de algo más grande, como de un barrio, la disposición a empatizar con ella se incrementaba aún más.

Por consiguiente, la localización era un aspecto que podía aumentar la disposición a empatizar si es que era asociada a un entorno favorable para las fachadas. Por ende, según las personas entrevistadas, permitía y posibilitaba el salir a caminar y a partir de ahí podían explorar otros aspectos que involucren esa actividad.

## 2.2. Visibilidad

Una de las tantas formas de interactuar con las fachadas es mediante la visión, con la cual empezamos a recopilar información sobre sus formas, tamaños, colores, texturas, etc. No obstante, ¿qué ocurre cuando no podemos lograr esto? ¿Cuándo no podemos recopilar esa información, es decir, cuando no podemos verla? Los niveles de una disposición a empatizar con las fachadas aumentan cuando es posible verlas y, no solo eso, también cuando éstas “se dejan ver”. Durante el proceso de “sentirnos dentro” de las fachadas no basta con poder verlas físicamente, influye también qué cosas tienen para mostrar y si esas cosas merecen nuestra atención. La visibilidad de una fachada influía considerablemente en el nivel de una disposición a empatizar con ella.

Cuando caminamos, uno de los sentidos que más se proyecta sobre el espacio es la visión (Intraub, 2014). Esta no solo nos permite –aunque suene redundante– ver por donde caminamos, sino también decidir por donde caminar. Esto no quiere decir que sea el sentido más relevante en la experiencia de caminar por una calle; oler, tocar, escuchar, orientarse, entre otras, son también importantes y constituyen la complejidad de estar en un lugar. No obstante, la posibilidad de abarcar largas distancias y poder percibir elementos desde muy lejos, son capacidades que la visión permite (Goldstein, 2014).

Es así que, al momento de interactuar con un lugar, las personas desean poder verlo y, mediante esta acción, intentar una primera construcción de conocimiento de ese ambiente construido. Sin embargo, existe un detalle que provoca que la experiencia de caminar sea tan distinta de una calle a la otra, la razón es bastante clara y directa, como explicaba Elsa (mujer, 22 años), la distinción entre las calles se da porque, “En la de acá [Tipo A] se puede ver, y muchas veces en esta [Tipo B] no se puede ver nada”. Pero ¿Qué cosa no se puede ver? O por oposición ¿Qué es lo que se puede ver?

Sucede que las calles con fachadas Tipo B se percibían como si no tuvieran nada que mostrar y, por ende, nada que se pueda ver. Esta experiencia se reforzaba aún más cuando en ciertas fachadas aparecían muros perimetrales con similar organización ornamental, las cuales eran comprendidas por las personas entrevistadas como elementos que bloqueaban la visión y la suprimían. Lo significativo es que las personas entendían que el muro perimétrico ya era fachada, era la fachada principal de la construcción y lo que estaba bloqueando

era la “otra fachada”. Este muro era, al final de cuentas, el elemento que estaba componiendo e influenciando la percepción del carácter habitacional de la calle.

El no poder ver las fachadas o cómo eran estas, en muchos casos propiciaba que las personas se comportasen de una manera específica cuando caminaban por un tipo de calle así, tal como Braulio (hombre, 24 años) explicaba, “Siento que solo debo seguir avanzando”. La idea de caminar se aplana y se entiende únicamente como el transitar o avanzar. Esto provoca una disminución en la disposición a empatizar con un tipo de calle así y dificultaba aún más la comprensión de las calles como algo más que una vía para el tránsito.

Por el contrario, una fachada que se podía ver era una fachada Tipo A, este tipo de fachadas hacía sentir a las personas entrevistadas que podían verlas, y no solo eso, eran fachadas que posibilitaban e invitaban el ser vistas, tal como resumía Marta Inés (mujer, 40 años), “Es mucho más agradable a la vista.” Si bien existe un componente subjetivo en las consideraciones de lo que la gente prefiere ver, el solo hecho de que haya existido la posibilidad de ver o invite a hacerlo marcaba una diferencia entre un tipo de fachada y la otra. En otras palabras, la preferencia hacia un tipo de fachadas no se daba por el gusto, sino por la posibilidad de ésta para ser vistas y partir de ahí ejercer una valoración.

Estas diferencias en la estructura geométrica de la ornamentación de las fachadas también provocaban distintas percepciones e imaginarios urbanos del lugar. El cómo sentirse, el qué imaginarse que ocurre, el qué tipo de personas viven, cómo se relacionan y qué cosas se pueden hacer eran parte de las variadas distinciones que se identificaban.

El poder ver posibilitaba lo que José (hombre, 30 años) explicaba, “Te podrías quedar observando”. El poder observar las fachadas implicaba, adicionalmente, la capacidad de prestar atención a lo que se está viendo, entenderlo y comprenderlo a consecuencia de un interés o curiosidad. En otras palabras, posibilitaba la distracción, de realizar un recorrido por la calle no solo con los pies sino también con los ojos, guiar la mirada y descubrir cosas, interesarse por ellas y tratar de entenderlas y comprenderlas. Realizar el viejo y olvidado arte urbano de mirar la calle (Marshall A. , 2019). Es lo que en resumidas cuentas las ciencias cognitivas vienen demostrando: las fijaciones conducen a la exploración (Just & Carpenter, 1975; Sussman & Hollander, 2014).

En ese sentido, acá se entiende la sutil pero gran diferencia que existe entre el caminar y el “salir a caminar”. Cuando las personas comprendían que caminar por una calle era también poder verla, apreciarla y observarla, el caminar adquiría el carácter del *salir a caminar*, algo similar al pasear. Esta vieja idea de *salir a caminar* cobra sentido y se realiza. No es simplemente transitar o desplazarse para llegar de un punto a otro. Es la posibilidad de hacerlo sin una intención u objetivo en sí, es poder salir a caminar y experimentar la calle, el barrio, la ciudad. Este aspecto posibilitaba en gran medida que el nivel de la disposición a empatizar por una calle sea mayor que por otra. De esta forma sostengo que uno de los aspectos que también posibilitaba el salir a caminar era el poder verla, su visibilidad.

Las personas tienen derecho –si desean– a enterarse de lo que sucede en su ciudad. Esta recopilación de información no solo se realiza mediante un

intercambio verbal, sino también visual. La influencia de las fachadas al momento de limitar la visibilidad en una calle se hace evidente, y no en relación a las cosas privadas o íntimas de los propietarios de los edificios, sino en el impedimento de ver la calle en sí, de sentirse cómodo o no con la posibilidad de hacer algo más que solo *seguir avanzando*. En principio, todos tenemos el derecho a mirar (Mirzeoff, 2011).

En ese sentido, la visibilidad era la capacidad de una calle para poder ser vista, apreciada, observada y, sobre todo, posibilitar que el caminar por una calle sea algo más que un simple desplazamiento. Este aspecto les permitía recopilar información de su ambiente y entorno inmediato, y a partir de aquello ejercer un cierto control sobre este. La visibilidad no era condición única para una disposición a empatizar, para las personas entrevistadas tan importante como poder ver era *lo que se podía ver*, en donde distintas formas, estructuras geométricas, tamaños, texturas, etc., componía un paisaje que las atraía por su variedad.

### 2.3. Variedad

Cuando se intenta “sentirse dentro” de las fachadas mediante la visión, la disposición a empatizar varía de acuerdo a las cualidades formales que posea la fachada, pudiéndose incrementar o disminuir si lo que se ve se entiende como variado o no. Este aspecto permitía encontrar en toda esa variedad algo con lo cual uno se pueda identificar y reconocer.

La posibilidad de ver era un importante aspecto para una disposición a empatizar. No obstante, si lo que se ve no es entendido como variado, las personas seguirán percibiendo que no pueden ver nada. Las fachadas de una calle que presentaban variedad de formas, figuras, estructuras geométricas, tamaños, etc., no solo atraían a las personas, sino que también “provocaban verlas”.

Esa variedad de formas en las fachadas se traducían en variadas maneras de estar, percibir y construir imaginarios urbanos de la calle, que a su vez eran vinculadas con construcciones y lugares representativos del barrio o la ciudad, como Katia (mujer, 28 años) explicaba:

“Mira, primero [esta fachada Tipo A] parece una iglesia. Aparte tiene más distribuciones en las ventanas. Un lugar para sentarse..., se ve más construido que otros. Tiene ventanas ovaladas. Como que se ve más familiar”.

Para varias de las personas entrevistadas existía una clara relación entre una organización ornamental y algo variado, y eso les resultaba familiar. Sin embargo ¿Cómo la variedad podía ser entendida como familiar? ¿Si todo nos parece familiar, acaso no estaríamos perdiendo nuestra particularidad? Debemos entender que la variedad de formas, elementos u objetos permite una mayor capacidad de elección. Esto incrementa las probabilidades de encontrar algo de nuestra preferencia –cualquiera que sea el motivo–, por lo que la homogeneidad en la organización ornamental de las fachadas reducía la posibilidad de las personas para sentirse atraídas. En otras palabras, en una variedad de formas

es más probable que una persona sienta que algún elemento de esa variedad le sea familiar, una particularidad en toda esa variedad.

En ese sentido, las fachadas Tipo A eran las consideradas por las personas entrevistadas como fachadas con un alto nivel de variedad. Esta variedad se concentraba muchas veces en los elementos que componían las fachadas, como explicaba José (hombre, 30 años), “Porque hay balcones, ventanas o umbrales distintos”, las variedades formales atraen a las personas, el no ver lo mismo en toda la fachada de una calle posibilitaba un recorrido visual que permitía descubrimientos y propiciaba estímulos en los sentidos.

La variedad, además de manifestarse en distintas formas, también lo hacía mediante específicos elementos ornamentales, Elsa (mujer, 22 años) explicaba las razones por las cuales se inclinaba hacia un tipo especial de composición de una fachada:

“Porque [una fachada Tipo A] llama más la atención y porque... no sé. A mí me gusta. En realidad, por las cositas de acá, por las formas, y la otra [fachada Tipo B] no... no lo veo muy... siempre me ha gustado a mí así [fachadas Tipo A]. Hay más detalle.”

Las distintas particularidades encontradas en las fachadas posibilitaba la identificación de una fachada por su cualidad particular, como Ernesto (hombre, 21 años) explicaba, “por los detalles”. Estos no se basaban únicamente en la presencia de elementos a diferentes escalas, sino en su trabajo y organización, en generar contrastes, rugosidades, repeticiones alternadas, entre otras

cualidades que no necesariamente tienen que ver con el tamaño de los elementos ornamentales pero sí con su organización y estructura geométrica, es decir, con aquellos detalles.

Lo trascendental de estos detalles era que muchas veces influían en la experiencia estética únicamente cuando se recorre una calle caminando, a una velocidad que permite su apreciación y una interacción con su información visual (Salingaros, 1999). De esta forma se reconoce que todos no tienen las mismas preferencias (Bourdieu, 1998; Lamont, 2012) y la importancia de la variedad radica en posibilitar el descubrimiento de lo que a uno le atraiga o prefiera.

Para lo anterior resultó crucial entender que las personas entrevistadas reconocían cuando una calle tenía un bajo nivel de variedad y generaban cierto rechazo a su composición de fachadas, como Karol (mujer, 22 años) explicaba:

“Los edificios [con fachadas Tipo B], todos son muy literales. Como que toda luna, vidrio. A comparación de como las de acá [fachadas Tipo A], en donde es más llamativo. Me parece más bonita.”

Aquella diferencia en la organización ornamental no solo se quedaba en la dimensión formal, puesto que también generaba percepciones e imaginarios urbanos distintos sobre la calle, Ernesto (hombre, 21 años) comentaba, “Bueno, por acá [calle con fachadas Tipo B], se siente más solitario, pasa menos gente.” Esa asociación fue bastante interesante: a menos variedad en las fachadas, menos gente en la calle ¿Cómo se explica esta relación?

Para las personas entrevistadas, y como se explicó en el aspecto anterior, una fachada que no se podía ver era una fachada que limitaba el *salir a caminar*, por lo tanto, una fachada que no se podía ver era también una fachada con poca variedad. Entonces, la interacción de estos aspectos sugeriría que una calle con fachadas con poca variedad limitaba también la posibilidad de *salir a caminar*. De ahí la sensación de Ernesto, al no encontrar variedad en las fachadas, asumía que menos gente estaría dispuesta a caminar por ahí. La visibilidad y la variedad, si bien aparecen en los relatos de las personas entrevistadas independientemente, estas en realidad se interrelacionaban.

Ahora bien, existía una categoría que los entrevistados asociaban con aquella organización ornamental de poca variedad, a aquellas fachadas las personas la categorizaban como “modernas”, Caleb (hombre, 34 años) explicaba:

“Yo creo que es la arquitectura de la modernidad pues ¿No? Más recto, más simple, más sofisticado.”

Esta asociación manifestaba lo que las personas entendían como una construcción producto de la modernidad, de probablemente la época en la que vivimos, esta percepción puede ser resumida a que algo moderno es algo no variado. No obstante ¿Una fachada de la modernidad no posee variedad? Bueno, esto depende de lo que se entienda como modernidad. En la percepción de las personas entrevistadas las fachadas que asumen son de esa época – fachadas Tipo B– no eran consideradas como variadas, sino simplemente “modernas”. Era la explicación a un tipo de fachadas que talvez no entendían por

qué se hacen así o no podrían “sentirse dentro” de ellas pero que eran conscientes que se construían en la actualidad. De esta forma, además de decir que eran fachadas que no se podían ver y que no mostraban variedad, también decían que eran fachadas “modernas” y “sofisticadas”.

Por otro lado, la variedad como la estamos entendiendo, no solo se manifestaba en las distintas formas o estructuras geométricas que las personas podían reconocer, existía otra dimensión a la cual también la asociaban. La variedad de formas permitía a los entrevistados proyectar también una variedad de actividades, José (hombre, 30 años) explicaba:

“Por ejemplo acá [calle con fachadas Tipo A] hay más movimiento porque muchas personas abren en sus primeros pisos una bodega o un menú, y así hay una dinámica económica. Entonces, de acuerdo a ello, en este lugar es dónde hay más actividad.”

La variedad se entendía así, como una cualidad que posibilitaba la aparición de diversas actividades –económicas, sociales, recreacionales, etc. – como por ejemplo el simple hecho de salir a caminar e interactuar con los demás, la posibilidad de abrir un negocio, quedarse conversando o meramente quedarse observando.

La identificación de la variedad también se trasladaba al tipo de personas que asumían vivían en una calle con fachadas así, Caleb (hombre, 34 años) explicaba, “Yo diría [que] son personas antiguas o de repente personas jóvenes que han heredado las casas por sus papás.” Caleb comprendía que las personas

que podrían vivir en una calle así pueden ser tanto “antiguas” como jóvenes. Sin embargo, asume también que, si vive alguien joven es porque tiene alguna relación con el propietario antiguo, él ensaya que pueden ser sus hijos. En otras palabras, Caleb asumía que quien viva ahí –“antigua” o joven– tenía una conexión con el pasado de la calle.

Ahora bien, esta variedad también era asociada a los tipos de comportamientos y conductas de las personas que vivirían ahí, así pues, Karol (mujer, 22 años) explicaba, “[En una calle con fachadas Tipo A] Hay de todo. Puede haber gente así, como respetuosa y hay gente que se dedica, por ejemplo, a fumar.” Ambas conductas, las socialmente aceptadas como las que no, son posibles de encontrar en una calle con fachadas con variedad según Karol. No obstante, lo que se indica es la posibilidad de conocer lo que está ocurriendo en la calle. Por lo tanto, muy aparte de conocer por qué suceden las cosas, la posibilidad de enterarse, ese contacto –la comunicación– era el primer paso para una disposición a empatizar con el lugar. De esta forma, la ausencia de una variedad constreñía la posibilidad de las percepciones y los imaginarios urbanos de la calle.

La variedad era entendida, por lo tanto, como un aspecto en donde las fachadas podían permitir una exploración diversa por medio de los detalles, así como también, posibilitar un recorrido visual que favoreciera el descubrimiento y la estimulación de los diversos sentidos.

#### 2.4. Sentido de comunidad

Existía una mayor disposición a empatizar cuando las fachadas eran asociadas a prácticas sociales en las cuales a uno le gustaría estar envuelto. Estas prácticas podían estar definidas por motivos altruistas, culturales o simplemente por aspiraciones. Cualesquiera que sean los motivos, si las fachadas posibilitaban recordarlas en la calle, existía una mayor disposición a sentirse parte de esa comunidad.

En ese sentido, la organización ornamental de las fachadas de una calle también propiciaba la suposición y asociación de ciertas características conductuales de quienes viven ahí. Es así que, para las personas entrevistadas, cuando la interacción de todos los aspectos daba como resultado una calle con buena localización, con fachadas que se podían ver y además eran variadas, la gente que las habitaba poseía específicas características y comportamientos sociales distintos a las de una calle con mala localización y con fachadas con un bajo nivel de visibilidad y variedad.

Existía una manera de convivir que las personas reconocían y sentían afinidad, percepción que se ha ido construyendo mediante la experiencia de caminar por calles y barrios con fachadas similares, José (hombre, 30 años) explicaba:

“De las pocas o varias veces que he podido caminar por acá [calle con fachadas Tipo A], porque trabajo cerca, veo que acá es un trato cordial, con educación y está relacionado con el tipo de educación que tienen las personas. Son casas en donde hay un trato cordial sin ningún problema”.

Las características más resaltadas eran aquellas relacionados a la educación –modales, conductas socialmente aceptadas por los entrevistados– y la amabilidad. En otras palabras, había una asociación a comportamientos altruistas ¿Cuál es la razón detrás de esto? Primero, las personas entrevistadas asumían que las personas que vivían en ese tipo de calles salían más a caminar y aquello posibilitaba una mayor interacción y socialización entre ellas. Y segundo, que esa interacción era necesaria para poder permitir una convivencia, la cual tenía que ser respaldada y sostenida por conductas y modales más efectivas. Aquella circunstancia hacía suponer a las personas entrevistadas que era más probable encontrarse con personas como, Katia (mujer, 28 años) mencionaba, “de repente más educadas.”

Era bastante probable que este tipo de vecino –educado y amable– era el ideal que estas personas quisieran tener y se imaginaban en una calle con fachadas Tipo A. No obstante, la circunstancia que permitía que esto se realice era el sencillo hecho de tener la posibilidad de relacionarse e interactuar con los demás, poder salir a la calle y *salir a caminar*, Caleb (hombre, 34 años) comentaba, “Yo pienso que es como unos conjuntos habitaciones, con solares. Como que todavía se conocen unos con otros. Más relación entre vecinos.” El conocer quién es el vecino y poder relacionarse con él, no implicaba necesariamente que esa relación sea cordial o amable, sin embargo, posibilita la creación de una atmósfera o sentido de comunidad que puede luego permitir la convivencia.

Los entrevistados eran conscientes que la variedad hacía que distintas personas vivan en una misma calle, pero, al igual que con las formas de las fachadas, la posibilidad de encontrar a alguien que les “caiga bien” dentro de una variedad era más alta que en una homogeneidad. De todas formas, el sentido de comunidad empieza a esbozar lo que se entendía como una calle que da vida, Walter (hombre, 23 años) explicaba cómo sería el vivir en una calle con fachadas Tipo A:

“¿Cómo sería? ¡Pura fiesta será! ¿No? ¡Me imagino! [Risas], y claro, la relación entre los vecinos sería más cordial ¿No? Hacen sus cosas ¿No? Sus juegos, se ponen a tomar. Eso me imagino.”

Que se hayan asociado las fachadas Tipo A con personas que se comportaban de formas socialmente aceptadas y que además sean valoradas – cordiales, amables– incrementaba la disposición a empatizar con este tipo de fachadas.

No obstante, es pertinente señalar que el abstracto de este vecino imaginario –con educación, trato cordial y amable– era entendido como alguien de un nivel socioeconómico alto y/o medio-alto. Esto puede interpretarse como un prejuicio de nuestra ciudad, en el cual se asume que alguien que tuvo mayores oportunidades a nivel educativo y social será, de alguna manera, un mejor vecino.

Lo anterior permite cuestionar y comprender que por lo general el espacio público de la ciudad de Lima ha estado dominado por sus élites sociales, ellos –

“educados” y “amables”– fueron, por mucho tiempo, los únicos que podían acceder y disfrutar de los beneficios que ofrecía el vivir en una ciudad tanto en el Perú como en diversas partes del mundo (Fainstein, 2001; Salcedo Hansen, 2002). Por lo tanto ¿Ese barrio amable, cordial y en donde todos se conocen, realmente existe o alguna vez existió en “la dorada Lima” (Brecht, 2006)? La Lima en la cual se construyeron aquellas fachadas –principios del s. XX– era totalmente distinta a lo que se imaginaban los entrevistados, los casos de discriminación, racismo, intolerancia, injusticia, desigualdades, etc., eran tan habituales que hasta llegaron a representarse en diversas manifestaciones culturales sobre lo que era vivir en Lima (Elmore, 1993) –referencias literarias como las de Salazar Bondy (1974), Bryce Echenique (1970), Vargas Llosa (1969), entre otros, reflejan esa percepción–. Hasta el día de hoy, entre los principales problemas que los limeños creen que afecta a su ciudad se encuentran la falta de cultura ciudadana y buenas prácticas, y la baja calidad de los espacios públicos (Observatorio Lima Cómo Vamos, 2019). Entonces ¿Son conductas y comportamientos que suceden, o que desearían que sucediesen? Para comprender mejor esta percepción, debemos revisar primero qué ocurre en su contraparte, en calles con fachadas Tipo B.

Los comportamientos y conductas sociales que se asociaban con este tipo de fachadas eran las de indiferencia y aislamiento. Características que las personas entrevistadas consideraban como poco pertinentes para una vida en comunidad y, por ende, para el desarrollo de un sentido de comunidad, Caleb (hombre, 34 años) explicaba:

“Acá [calle con fachadas Tipo B] yo lo percibo como... lo que te digo ahorita ¿No? Solitario, o sea, llegan de frente a su casa y se quedan dentro de su casa o departamento.”

Ese auto-aislamiento al interior de las viviendas era interpretado como una ausencia de personas en la calle, lo cual dotaba de un carácter solitario a esta. La calle ya no era solamente poco atractiva para ser vista por su poca variedad, ahora también estaba vacía. Aquello igualmente provocaba en las personas percepciones e imaginarios urbanos vinculados a la poca interacción entre vecinos, Walter (hombre, 23 años) explicaba, “Creo que en los departamentos [con fachadas Tipo B], [la relación entre vecinos] solamente es... no sabría decirte. Como que solamente saluda y ahí no se puede hacer ruido.” Esta falta de comunicación propiciaba la construcción de reglas y normas en favor de un individualismo y alejadas de la negociación y la comprensión. El contacto y la comunicación entre vecinos se daban únicamente mediante la obediencia de ciertas reglas, José (hombre, 30 años) explicaba:

“¡Ah! Esto [calle con fachadas Tipo B] es como Miraflores y aquí sí el trato es un poco más frío. Poca interacción. Yo he trabajado por detrás de Larcomar, donde hay un montón de edificios, y ahí ponen más vigilancia, por ejemplo. Pero de lo que he visto, sí acá el trato es más frío. No hay mucha cordialidad.”

Esta “frialidad” es puesta en contraposición a la “cordialidad” percibida y asociada a las fachadas Tipo A, como una característica que limitaba el desarrollo de un sentido de comunidad.

No obstante ¿Acaso un comportamiento así no debería ser parte de la variedad? ¿Esta no debería estar compuesta por las diversas formas de relacionarse con los vecinos, siendo una de estas la indiferencia o el auto aislamiento? Las personas entrevistadas no manifestaban un rechazo hacia alguien que decidiera vivir con una actitud así. Cuestionaban y rechazaban que esa sea la única posibilidad que tenían para relacionarse entre ellos y la única forma de convivir en la ciudad.

De esa forma, las fachadas Tipo B eran asociadas a comportamientos que no posibilitaban un sentido de comunidad y su contraposición con el Tipo A era constante. Lo curioso es que este Tipo A era asociado a un estilo ornamental que las personas entrevistadas categorizaban como “clásico”, Jonás (hombre, 32 años) explicaba, “[En calles con fachadas Tipo A] por lo clásico me imagino que serán más unidos. Acá [calle con fachadas Tipo B]... esta pues que... cada uno por su lado. Cada uno en su departamento y ya no se preocupan por nada.” Lo “clásico” era entendido como lo socialmente aceptado, lo cordial y educado.

Al igual que con las fachadas con un alto nivel de visibilidad y variedad que eran asociadas a personas de niveles socioeconómicos altos y/o medio altos, las de características opuestas eran asociadas con personas de un nivel socioeconómico bajo y –con todo el prejuicio y sesgo que la sociedad limeña refuerza– que se manifestaban en expresiones como las de Katia (mujer, 28 años), “A mí me parece... ¿No? Gente de mal vivir.”

Lo relevante e icónico de recoger esta expresión era que aquellos dos tipos de fachadas eran concebidos por las personas entrevistadas como si estuvieran

en vecindarios distintos y con poblaciones distintas, muy a pesar de que ambas fachadas estaban en un mismo barrio, a no más de tres cuadras de distancia y en donde se podría asumir que compartían un mismo nivel socioeconómico – Lince, Jesús María y Santa Beatriz son considerados como barrios de ingresos medios en promedio—. Sin embargo, el manejo de los elementos ornamentales tan distintos provocaba esta sub-creación en los imaginarios urbanos.

Las fachadas Tipo B, a las cuales se asociaba un bajo nivel del sentido de comunidad, eran identificadas como características de barrios urbanos periféricos de la ciudad de Lima, en donde la autogestión y la autoconstrucción dominaron su desarrollo. No obstante, estas fachadas Tipo B no tenían ninguna relación con estos procesos de constitución de un barrio.

Entonces, si aquella Lima –con fachadas que se pueden ver, presencia de variedad y con un alto nivel de sentido de comunidad– era solamente accesible por personas de las minorías, miembros de las clases dominantes de nuestra ciudad ¿Cuál ha sido la ciudad que albergó y recibió a gran parte de su población actual? Parafraseando a B. Brecht (2006:63) “¿En qué casas de la dorada Lima vivían los constructores?” Aquella ciudad fue construida por ellos mismos, Fidel (hombre, 37 años) intenta resumir la idea en una frase:

“Aquí [calle con fachadas Tipo B] la gente vive más... nacionales.”

La relación es clara, aquella ciudad con calles con buena localización, con un alto nivel de visibilidad, variedad y sentido de comunidad no era accesible para un gran grupo de sus habitantes, ellos no eran parte de aquella ciudad en la cual

también vivían. En ese sentido, aquella Lima puede ser o haber sido “muy bonita” –como calificaban diversos entrevistados– pero ellos no estaban presentes ahí. Calificados como migrantes o invasores empezaron a construir su propia ciudad, la cual puede ser calificada como uno prefiera, pero siempre será de ellos.

En ese sentido, es muy difícil vivir en una ciudad que no te considera un ciudadano o, peor aún, que te omite en las decisiones importantes sobre su desarrollo –desde las mujeres hasta los grupos minoritarios–. Por mucho tiempo la construcción de las ciudades se ha enfocado en un modelo de hombre universal, probablemente impuesto por un ideal al cual aspirar. Sin embargo, ha rezagado e intentado omitir toda la complejidad y variedad de la especie humana. Esto puede haber provocado la propagación de uno de los miedos más grandes de los seres humanos como es el miedo a lo desconocido y diferente (Carleton, 2016).

Ahora bien, psicológicamente existe una herramienta que nos permite afrontarla recopilando información rápidamente para intentar controlar lo que nos rodea. De esa forma creamos prejuicios a partir de nuestra experiencia previa con objetos o situaciones similares. Se debe enfatizar que esta creación es subjetiva y no tiene aún un sustento veraz (Allport, 1954). Por consiguiente, los prejuicios pueden ser correctos o no. Los problemas empiezan cuando no nos damos la oportunidad de validar aquellos prejuicios explorando el entorno y decidimos convivir con ellos. En otras palabras, el miedo a lo desconocido limita nuestra libertad y la de los demás.

Por lo tanto, si bien el prejuicio nos permite recopilar información rápidamente de lo que no conocemos, los problemas surgen cuando no somos conscientes de que es una herramienta momentánea y no podemos depender de ella. Debemos verificar esa información y luego emitir juicios de valor que sean coherentes con la realidad. Los prejuicios nacen del miedo a lo desconocido con la intención de controlar rápidamente lo que nos rodea, por consiguiente, tenemos que darnos la oportunidad de superar esa experiencia negativa, la vida de varias personas dependen de ella y no podemos asumir que si una persona vive o se desenvuelve en un específico ambiente se comportará o será de una específica manera. Todo eso son determinismos que no tienen un sustento científico y distorsionan nuestra percepción.

Sin embargo, esos prejuicios no evitaban que las personas entrevistadas entendieran y comprendieran que ciertas fachadas, que pueden o no ser las de su barrio de residencia, propicien y posibiliten comportamientos y conductas en los que desearían estar envueltos. La mayoría de sus justificaciones estaban asociadas a vincular las cualidades formales de aquellas fachadas con una capacidad para “dar vida”, algo que podría distar de sus gustos o preferencias. En otras palabras, aquellas fachadas eran asociadas a aquellos comportamientos no porque eran bonitas, sino porque “daban vida”. Y en ese sentido, existía una mayor disposición a empatizar con aquellas fachadas por todas las situaciones que se construía alrededor de ellas y no solo por el objeto estético en sí. Esta idea de vida, y cómo está presente en todos los aspectos

que he identificado que elevan la disposición a empatizar con una calle lo abordaré más adelante.

Ahora bien, los problemas actuales que afronta la ciudad de Lima también influían en las percepciones sobre las calles y del sentido de comunidad. No obstante, se reconocía e identificaba la influencia de las fachadas para ofrecer y posibilitar sensaciones de comodidad, Katia (mujer, 28 años) explicaba:

“¡Ah claro! La fachada tiene que verse armoniosa. Tiene que verse amistosa para que la gente también se sienta segura. Pero si ven una fachada toda despintada, no es tan colorida, no están seguras de pasar por ahí o de sentarse. ¡En la vida pues una gente va a querer pasar por ahí o sentarse!”

El problema más recurrente era el de la inseguridad, no obstante, este también era asociado a la percepción que puede dar un ambiente, en este caso condicionado por las fachadas. En la percepción de Katia, las decisiones que toma una persona para caminar por una calle estaban sujetas a la posibilidad de identificar –mediante la observación de las fachadas– si es que esa calle era segura para caminar o no. Esto, para Katia, era trascendental para hacer sentir a la gente segura en la calle.

Sin embargo, las calles que las personas entrevistadas percibían como menos seguras eran las que poseían fachadas Tipo B, y las razones giraban en torno a asumir que en calles así era poco probable que hubiera gente en la calle, que hubiera gente que saliera a caminar. Ernesto (hombre, 21 años) explicaba, “Bueno, por acá [calle con fachadas Tipo B] se siente más solitario. Pasa menos

gente.” Esta conclusión nacía de la interacción con los demás aspectos, en donde para que exista un sentido de comunidad también se necesita que las personas tengan la posibilidad de *salir a caminar* por sus barrios y para que eso suceda no solo se necesita poder ver, sino también ver variedad.

La realidad de nuestra ciudad también nos ofrece particularidades que merecen ser nombradas y examinadas. Como se ha explicado anteriormente, por cuestiones metodológicas la mitad de las personas entrevistadas fueron mujeres, de entre 20 y 40 años, con el relato de sus experiencias estéticas en la ciudad se manifestaban los grandes problemas que tienen que afrontar ciertos grupos sociales y las herramientas y mecanismos que tienen para contrarrestarlos. Si bien la presente investigación no consideró un enfoque de género, considero que es relevante mostrar las diferencias que se encontraron. Así pues, para las mujeres entrevistadas, cualquiera que sea la localización de una calle y la organización ornamental de sus fachadas, la cualidad que buscaban principalmente era la seguridad. En ese sentido, fue bastante común encontrar comentarios en donde no importaba cómo sea la calle o de qué tipo sean sus fachadas, el simple hecho de *estar* en la calle era visto ya como algo inseguro, Patricia (mujer, 21 años) explicaba:

“No me sentiría más segura en ninguna de las dos [calles] ¿Sabes? Porque la delincuencia está en todos lados. Si yo paso por una zona tranquila ¿Cómo puedo saber si en la esquina me está esperando un choro? Las dos calles son bonitas pero la delincuencia esta por todos lados. Puedes estar en una calle tranquila y ¡Te pueden robar en el día! ¡Eso es verdad pues! Es la pura verdad.”

En el caso de los hombres entrevistados, las cualidades que buscaban de una calle para salir a caminar eran variadas y más extensas, sin embargo, en las mujeres la seguridad resaltaba por su importancia y necesidad para que una mujer se decida a *salir a caminar*.

Aquello es lamentable. Sin embargo, si se proponía a las entrevistadas que la sensación de inseguridad estuviera controlada para que salieran a caminar, existía en ellas una afinidad y disposición a hacerlo por fachadas con un alto nivel de visibilidad y variedad, es decir, calles con fachadas Tipo A. Esto representaba para ellas claramente un esfuerzo para imaginarse una realidad distinta que no limitase considerablemente su posibilidad de salir a caminar.

Ahora bien, mientras exista la posibilidad de tener una buena localización, poder ver las fachadas y que estas estén compuestas por una variedad de formas, habrá una mayor probabilidad de desarrollar un sentido de comunidad, sensación que atraía considerablemente a los entrevistados, Ernesto (hombre, 21 años) explicaba:

“Me hubiera gustado vivir acá [calles con fachadas Tipo A] porque es así más despierto, más social. Mientras que lo otro [calles con fachadas Tipo B] es más individual.”

Las personas entrevistadas deseaban conocer a sus vecinos, intentar interactuar con ellos, socializar, esto no significaba necesariamente que vayan a llevarse bien, puesto que ellos entendían y comprendían que tendrían diferentes posturas y que probablemente no las compartan. Sin embargo, sabrían quiénes

son, los conocerían, Marta Inés (mujer, 40 años) explicaba cómo sería vivir en una calle con fachadas Tipo A:

“Entre los vecinos se conocen. Hay comunicación. No quiero decir que se lleven bien, pero se conocen”.

Como hemos visto previamente ¿Qué es peor para los seres humanos que la ansiedad de no saber lo que está ocurriendo? Debemos tener la posibilidad de poder superar ese miedo a lo desconocido y a los desconocidos (Carleton, 2016).

La posibilidad de *salir a caminar* –pasear, sin ningún sentido y objetivo– permite que por lo menos pueda haber una interacción con otras personas, talvez primero un intercambio de miradas, luego de saludos y finalmente llegar a conocerlas y comprenderlas. Esto es claramente una situación que propicia un proceso empático, si eso es posible, es un paso importante para una disposición a empatizar. Sin embargo, si no se puede ver nada, existen muchas probabilidades que se decida no salir a caminar y, por ende, no encontrarse con alguien. En una situación así, la calle es comprendida solo como un medio para llegar a algún lugar, una vía, en donde las posibilidades de los comportamientos se reducen en muchos casos a solo transitar. Para las personas entrevistadas una calle así no da vida puesto que ha perdido su capacidad para hacer sentir a quien camina y vive ahí parte de una comunidad.

Con esto, no se propone una negación a que existan personas que utilicen las calles como vías de tránsito, el problema una vez más, para las personas

entrevistadas, radicaba en que esa sea su única posibilidad y limite otras maneras de relacionarse o vincularse con ella, con sus calles, con su ciudad.

Por lo tanto, el sentido de comunidad se generaba mediante su interacción con una alta visibilidad y variedad, en donde la capacidad de sentirla se da por medio de la percepción de una variedad asociada que propicia la identificación de diversos elementos como parte de algo más complejo. El sentido de comunidad es la capacidad que tienen las fachadas de una calle para hacer sentir que los elementos que la componen –estructuras geométricas, personas, etc. – interactúan y se interrelacionan, en otras palabras, son parte de una comunidad que posibilita su socialización.

Finalmente, ciertas organizaciones de la ornamentación de las fachadas fueron asociadas con ciertas épocas históricas de la ciudad, la categorización y distinción de estas fue relevante. No obstante, esa ciudad amable, cordial, educada y en donde todos se conocen no se puede recuperar porque aquella ciudad nunca existió. Aquella ciudad tiene que construirse y si la organización ornamental de las fachadas permite incrementar las posibilidades de hacerlo, debe ser un recurso que debe utilizarse. El sentirse parte de una comunidad no recae únicamente en las interacciones sociales que ocurren en nuestro tiempo, sino también en cómo estas interacciones se vinculan con el pasado de la calle, del barrio y la ciudad. En cómo esas interacciones explican lo que sucede en la actualidad y merecen ser nombradas y contadas, es decir, historizadas.

## 2.5. Historización

Una disposición a empatizar con una calle no se desarrolla únicamente por los elementos que existen actualmente ahí, sino por la carga simbólica e histórica que connotan. En ese sentido, las personas entrevistadas tenían una mayor disposición a empatizar con fachadas a las cuales podía historizar, es decir, fachadas que les permitían hacer una reminiscencia que los vinculaba con el ambiente construido.

Historizar las fachadas de una calle involucra relacionarlo con tradiciones y/o costumbres que marcaron y siguen marcando la vida de las personas que las habitan, siendo parte de la construcción de su identidad como persona, calle, barrio o ciudad. Aquella capacidad de vinculación con algún pasado posibilita el contar una historia, no obstante, una historia atractiva que valga la pena ser contada. Una historia que constituye parte de una realidad.

En ese sentido, existía una diferencia entre las fachadas que pudieron ser historizadas por las personas entrevistadas y las que no. Básicamente, las fachadas Tipo A posibilitaron esta acción. Sin embargo, no se debe omitir que aquello fue una construcción subjetiva propiciada por la experiencia estética, puesto que sería impreciso señalar que únicamente aquellas fachadas contenían una historia, es como asumir que la única zona de la ciudad que tiene historia es el centro “histórico”, lo cual es inexacto.

Las fachadas que podían ser historizadas eran a las cuales podían identificar una reminiscencia con el pasado de la ciudad, como parte de su historia, en otras palabras, con algo histórico que había ocurrido en la calle o en la ciudad.

Ahora bien, la organización de la ornamentación de las fachadas que era identificada como visible, variada y a la cual asociaban un sentido de comunidad, era la misma que era entendida como “antigua”, del pasado, Elena (mujer, 27 años) explicaba, “[Esa fachada Tipo A] es bien bonita para ver cómo están hechas las casas. A la moda antigua.” Esta característica antigua era considerada inclusive como un “patrimonio” que representaba estéticamente a la ciudad, Mateo (hombre, 23 años) explicaba:

“Las calles fueron inicialmente así [calles con fachadas Tipo A], pero puede ser que una calle así en Lima sea ahora una calle... sea como un patrimonio cultural. Algo con historia.”

Lo relevante de esto es que ninguna de las calles analizadas se encontraba en el centro fundacional de la ciudad de Lima como para que hayan sido consideradas como patrimonio por las instituciones pertinentes. Más bien se encontraban en barrios que han comprendido unas de las primeras áreas de expansión de la ciudad, como son Lince, Jesús María y Santa Beatriz. En otras palabras, los entrevistados encontraban en la organización ornamental de las fachadas Tipo A, formas y patrones que compartían con las fachadas de calles con cualidad de patrimonio.

Ahora bien, estas fachadas que podían ser historizadas por las personas se inscribían en un discurso que evoca la identidad de la ciudad y la forma en cómo la ciudad era entendida, Julián (hombre, 25 años) explicaba:

“Como que... como que forma parte del Perú, de lo nuestro, de las casas de antaño ¿No?... Es más clásica. A la Lima.”

Como se mencionó párrafos anteriores, las entrevistas y las calles analizadas no se encontraban en el centro fundacional de la ciudad de Lima, por lo que estas fachadas no son de la época colonial, sin embargo, se relacionaba el uso y manejo de la organización del ornamento como algo característico de una construcción hecha “a la Lima”, en otras palabras, una fachada hecha “a la Lima” es una fachada que maneja cualidades estéticas ornamentales que se relacionan por un vínculo estrecho con el pasado e historia de la ciudad. Ese pasado, o vínculo con el pasado, dota de cierta personalidad y carácter a esa organización ornamental, hacia el cual los entrevistados mostraban una mayor disposición a empatizar.

En ese sentido, el caminar por calles que podían ser historizadas, o en donde las personas podían encontrar una historia y un vínculo con el pasado, las invitaba a intentar conocerlas, explorarlas, saber más de ellas, es decir, sentirse dentro de ellas. Si las fachadas posibilitaban la distracción y la exploración visual, también posibilitaban el salir a caminar, Patricia (mujer, 21 años) explica:

“Porque me gustaría también conocer de pasada ¿No? Caminar y conocer ¿No?  
A quien no le gustaría caminar por acá [calles con fachadas Tipo A] y estar  
conociendo o distraerse.”

No es casualidad entonces que existiese una clara inclinación por intentar conocer más sobre algo –a manera de superar ese miedo a lo desconocido– y una de esas formas era conocer más sobre su pasado o de donde viene y cómo se relaciona con ese pasado. Aquello posibilitaba una idea de identidad de un lugar a partir de las historias que la soportan. En el caso específico de Lima, los entrevistados identificaban en su identidad una carga significativa de su pasado colonial, la cual no debe asumirse como la única, pero es la época a la que más se remiten, tal como Caleb (hombre, 34 años) explicaba:

“Me siento más atraído por la calle [con fachadas Tipo A] de acá por el tema de lo colonial y el gusto ¿No? Y obviamente sí me siento ahí más con fiado.”

La organización de los ornamentos de las fachadas vinculaba lo construido con sus antecedentes, por esa razón las personas lograban historizar aquellas fachadas, vinculándolas con una época de la ciudad, muy a pesar de que estas fachadas no hayan sido realizadas en aquellos tiempos, ni fueran del mismo estilo formal. No obstante, sí reconocían cierta similitud por el uso de patrones y estructuras geométricas que lograban identificar y asociar con un pasado. En ese sentido, las personas entrevistadas –jóvenes adultos limeños de 20 a 40 años– tenían una mayor disposición a empatizar con fachadas antiguas, pero no por el mero hecho de serlo, sino porque lograban encontrarle una historia atractiva detrás, un vínculo con el pasado.

Por otro lado ¿Qué ocurría cuando una fachada no era posible de historizar? La solución que encontraban las personas entrevistadas era calificarlas como “modernas”. Uno podría asumir que en un contexto de globalización y en la creciente expansión de una cultura global, los jóvenes adultos se inclinarían por estéticas que la crítica y la academia catalogan como modernistas. Sin embargo, las personas al compararlas no solo tenían en cuenta las cualidades formales o estéticas, sino también las connotaciones y posibilidades que una fachada así podía ofrecer para la calle, John (hombre, 32 años) explicaba la razón por la cual puede vincular una fachada con la historia de la calle o la ciudad:

“Por lo clásico... más que todo por lo clásico. Esta [fachada modernista] es más... ya no hay nada. Vas de frente. A diferencia de la arquitectura de acá [calles con fachadas Tipo A].”

Entonces ¿Eran los jóvenes adultos limeños entrevistados tradicionalistas? Pues, no necesariamente. Lo que estaban buscando era construir su identidad a través de la historia que les puede ofrecer la calle o la ciudad. Estaban buscando fuentes tangibles para construir su personalidad e identidad y ¿Qué mejor lugar para encontrarlo que en la calle y la ciudad donde se desenvuelven y caminan?

Asimismo, ellos eran conscientes que los edificios nuevos que se construyen en las calles de la ciudad manejaban fachadas con otra organización ornamental y, además, el resto de las personas las estaba eligiendo para vivir en ellos. Esto les producía sentimientos de contradicción y consternación puesto que, en sus ojos y después de darse cuenta que tal vez ellos se inclinarían por edificios con

fachadas Tipo A, las demás personas estaban eligiendo vivir en edificios con fachadas Tipo B. ¿La decisión de elegir el edificio donde vivir depende únicamente de ellos o existen agentes externos que limitan o posibilitan esa acción, como por ejemplo el mercado inmobiliario? Las personas entrevistadas se daban cuenta que la oferta inmobiliaria estaba dominada por un específico estilo de edificios e intentaban ensayar una justificación sostenida por la comprensión de que ha habido un cambio, y por ende ya no se puede hacer ahora lo que se hacía antes, Fidel (hombre, 37 años) explicaba:

“Esta calle [con fachadas Tipo B] era antes así [con fachadas Tipo A] y se ha transformado de esta manera por el tiempo. Por la arquitectura.”

El cambio recaía en el trabajo de aquellos que estaban encargados de diseñar y construir los edificios de la ciudad, de lo que los especialistas y expertos consideran que es lo “mejor” para ella. Esta confianza permitió que el cambio y los procesos de “modernización” de las fachadas sean aprobados. No obstante, eso no evitaba su cuestionamiento ni discusión.

Era en ese debate en donde lo “clásico y antiguo” se contraponía a lo “moderno y nuevo” que la lucha interna emergía en las personas entrevistadas ¿Si lo nuevo y moderno es lo mejor, por qué prefiero lo antiguo y clásico? ¿Cómo voy a preferir lo clásico si quiero ser moderno? La influencia de los medios y del mercado era clara. No obstante, lo que sí pudieron identificar las personas entrevistadas era que en una de estas fachadas era posible realizar un vínculo con el pasado y con la historia de la ciudad y, cuando esto no era posible, era porque simplemente era “moderno”, era la manera de salvar la respuesta y su

pensamiento. En esta etapa no es relevante aun identificar qué cosa las personas estaban identificando como clásico y moderno, lo importante es que ellos utilizaban estas categorías para clasificar y distinguir entre una fachada con posibilidades de ofrecer una visibilidad, variedad, sentido de comunidad e historización, de una en la cual no era posible.

Esta comprensión no debe malinterpretarse, puesto que no es preciso asegurar que las fachadas “modernas” no tengan una historia o un vínculo con acontecimientos pasados, la cuestión es que esa historia no parece ser relevante o atractiva para las personas entrevistadas que caminan por la calle. El interés por ser contadas, descubiertas y exploradas recae muchas veces en especialistas, expertos y estudiosos de las ciudades y de sus procesos, más, las personas que caminan todos los días por las calles sienten una mayor afinidad y disposición a empatizar por aquellas que pueden disfrutar simplemente viéndolas, Marta Inés (mujer, 40 años) comentaba:

“El otro día caminé con unos amigos por Jesús María y pasando por calles donde todo todavía es bonito, con todos esos colores, libres. Y estuvimos caminando y había partes en las que eran así agradables ¡Mira qué bonito! Después toda la parte así edificios. Ya cambia. Serán 10 minutos que pasamos y, luego otros 10 minutos otra vez ¡Mira qué bonito! ¿Nos quedamos acá sentados un ratito? O vemos: Esa casa tiene bonita fachada. Y seguíamos caminando así y así. Y otra vez la bulla y los edificios grandes ¡No! ¡Pasemos rápido! No solamente es derrumbar y construir sino también algunas calles hay que rescatarlas.”

Por lo tanto, sería impreciso indicar que solo las fachadas “antiguas” o “clásicas” pueden ser historizadas o cuentan una historia. Para que una fachada sea historizada se debe identificar en ella elementos de la organización ornamental que permiten una reminiscencia con el pasado de la calle o de quienes viven o vivieron ahí. En otras palabras, las personas tienen que sentirse atraídas e interesadas por las historias que puede contar una fachada. Como he expuesto, aquello llamaba la atención de las personas entrevistadas y los invitaba a explorar más, a intentar conocer más sobre ellas, a “sentirse dentro de ellas”, es decir, un mayor nivel de disposición a empatizar.

Aquel fenómeno se relaciona con la categoría del *storytelling* bastante utilizada por sociedades anglosajonas en donde se la concibe como un arte interactivo para revelar elementos e imágenes de una historia con la participación de la imaginación de quien escucha (National Storytelling Network, 2017). La finalidad de contar una historia no radica en su veracidad –muchas de las historias contadas en diversas sociedades bordean la ficción– sino en transmitir información relevante para quien escucha y para la sociedad. Mediante esta interacción se puede transmitir conocimientos ancestrales, tradiciones, costumbres culturales o valores morales que influyen en la construcción de nuestra identidad como parte de una sociedad (Chaitin, 2003) y que algunos manifiestan tiene implicaciones neurocerebrales que estimulan nuestra creatividad (Widrich, 2016). Se hace evidente entonces que contar una historia sobre un objeto no es nada sencillo y no depende únicamente de nuestra

habilidad para hacerlo, sino también del objeto mismo, de qué podemos sacar de él y si eso será lo suficientemente atractivo para quien lo escucha.

Finalmente, la historización era, pues, la capacidad que tenían las fachadas de una calle para posibilitar su comprensión y entendimiento mediante un vínculo con un pasado que merecía ser contado, era, por consiguiente, la capacidad de encontrarle una historia que nos vincule con lo que sucedió y con las personas que lo hicieron. Aquello, aumentaba los niveles de una disposición a empatizar con una calle.

## 2.6. Una empatía con la vida

Una empatía con los objetos no debe ser entendida como un tipo de gusto o preferencia especial, puesto que se puede empatizar tanto con objetos que sean de nuestra preferencia o no. He llegado a esta conclusión porque cuando se les preguntaba a las personas entrevistadas qué fachadas les gustaban más, las respuestas eran variadas con una ligera inclinación por el Tipo A –68% prefería el Tipo A y un 32% prefería el Tipo B–. No obstante, cuando se les preguntaba qué fachadas daban más vida, el 100% de las personas entrevistadas mencionaba a las fachadas Tipo A. Si bien esos datos no son relevantes, puesto que la investigación tiene un enfoque cualitativo, el revelar por qué sucedía esto fue una de las motivaciones de la presente investigación.

Entonces, si tenemos en mente que una empatía entre personas es la interacción entre los procesos –cognitivos o no, como el entendimiento y la comprensión de la situación del otro– y las respuestas –afectivas o no, como

pueden ser los sentimientos altruistas— que nos permiten actuar de la manera más adecuada a la situación del otro, en una empatía con las fachadas he decidido ubicarme en la etapa disposicional, puesto que las herramientas para medir la empatía entre personas y objetos aún son insuficientes.

Por lo tanto, lo que he propuesto como una disposición a empatizar con las fachadas es a la posibilidad de un entendimiento y comprensión de los elementos que la componen, así como su identificación y reconocimiento. Mientras, con respecto a las respuestas solo me he enfocado en las intrapersonales – cognitivas o no— ya que para trabajar con las interpersonales tendríamos que sostener que los objetos pueden provocar una empatía entre las personas, lo cual aún se está muy lejos de asegurar.

En ese sentido, las respuestas intrapersonales no se han identificado como manifestaciones de prácticas sociales altruistas, puesto que aquello significaría aceptar que el ambiente construido define y establece las prácticas sociales. Por lo tanto, lo que se ha propuesto como respuestas intrapersonales son las percepciones e imaginarios urbanos de las fachadas a ciertas prácticas sociales que las personas entrevistadas consideraban como las más adecuadas para una convivencia, pudiendo ser estas de su agrado o no. Aquello permitía identificar y valorar a ciertas interacciones y prácticas sociales como hechos que daban vida a una calle. En otras palabras, una persona podía no gustarle las actividades o prácticas sociales que se desarrollaban en la calle pero, aquello no le impedía reconocerlas como prácticas que le daban vida.

En ese sentido, una empatía con las fachadas es un tipo de empatía con los objetos y puede considerarse como la posibilidad de identificar elementos, cualidades y características que permitan su entendimiento y comprensión para ejercer un –sano– control sobre el ambiente construido. En otras palabras, una empatía con las fachadas puede ser entendida tanto como los procesos y las respuestas de intentar comprenderlas, de “sentirnos dentro de ellas”, descifrar qué nos dicen. Si no es posible recopilar y procesar esa información, existirán desconciertos que limitarán nuestras acciones e interacciones sociales.

La presencia a gran nivel de los cinco aspectos señalados en la presente investigación en los procesos y las respuestas cognitivas y afectivas que se generaban mediante la experiencia estética de caminar por una calle posibilitaban que las personas entendieran e identifiquen cuando una fachada *tenía* y *daba* vida. Cuando esta vida se proyectaba a la calle permitía que esta sea entendida como un espacio público y, por ende, la calle también tenía vida. Las personas mostraban una mayor disposición a empatizar con ese tipo de fachadas.

En resumen, si las fachadas *daban vida*, existía una mayor *disposición a empatizar* con la calle y cuando esto ocurría era bastante probable que propicie el *salir a caminar*.

**Tabla 4: Resumen de hallazgos**

Aspectos	Descripción	Fachadas Tipo A	Fachadas Tipo B
Localización	Nivel de posibilitar la asociación de las fachadas a un entorno favorable o no.	Son asociadas a lugares favorables dentro de la ciudad.	Son asociadas a lugares con problemas organizativos dentro de la ciudad.
Visibilidad	Nivel de posibilitar la visión, observación, apreciación y recorrido visual en una calle.	Son entendidas como objetos que permiten ser vistas y apreciadas.	Son entendidas como objetos que no permiten ser vistas.
Variedad	Nivel de posibilitar la diversificación de experiencias en el lugar.	Son asociadas a experiencias variadas en la calle.	Son asociadas a una única experiencia en la calle.
Sentido de comunidad	Nivel de posibilitar la identificación de una interacción e interrelación entre los diversos elementos y experiencias que componen y se asocian a las fachadas.	Se identifican relaciones e interacciones entre los diversos elementos y experiencias a las cuales son asociadas.	Sus elementos son entendidos aisladamente y con poca interacción entre ellos.
Historización	Nivel de posibilitar un vínculo con el pasado.	Son asociadas a reminiscencias del lugar o la ciudad.	Son entendidas como objetos nuevos y sin una historia a la cual asociar.
Nivel de vida	Posibilidad de identificar y reconocer a las fachadas como elementos que dan vida a una calle.	Son consideradas con un alto nivel de vida y dan vida, sus calles posibilitan salir a caminar.	Son consideradas con un bajo nivel de vida y son estériles, las calles son entendidas solo como vías para transitar.

Fuente: Elaboración propia.

La idea de vida no debe ser entendida como algo absoluto, es decir, no es que algo tenga o no tenga vida. La idea de vida debe ser entendida en niveles, en ese sentido, algo puede tener desde un bajo hasta un alto nivel de vida. Por ende, si un objeto –en este caso una fachada– no promueve, propicia o posibilita la vida, no quiere decir que sea una fachada sin vida. Lo que en realidad está reflejando es su bajo nivel de ella que no le permite proyectar esa vida: *dar vida*. En ese sentido, lo más preciso sería hablar de un objeto –o fachada– estéril, tiene vida pero no puede darla.

Aquello se diferencia de algo que además de tener vida puede darla, este objeto no es entendido aisladamente, sino también en relación con su entorno, en su influencia en él. Las fachadas consideradas como “clásicas” o “antiguas” no solo tenían un alto nivel de vida, también las proyectaban en su entorno, permitiendo a quienes la percibían asociarlas con comportamientos y conductas sociales que a las personas entrevistadas les gustaría estar envueltas y que, además, consideraban que daban vida a una calle.

Ahora bien, el hecho de que las personas entrevistadas hayan identificado a un tipo de fachadas –Tipo A– como aquellas que poseen un alto nivel de vida, no significaba que sean las únicas en lograrlo. Lo que propongo es que la alta presencia de esos cinco aspectos en las fachadas de los edificios propiciaba que esta sea identificada como algo que tiene y da vida. Es decir, cuando una fachada tenía una buena localización, posibilitaba la visibilidad, tenía variedad, propiciaba un sentido de comunidad y podía ser historizada.

Entonces, no necesariamente las fachadas clásicas o antiguas serán las únicas que tengan y den vida. La posibilidad que fachadas “modernas” o “nuevas” también las tengan dependerá de los niveles en el que aquellos aspectos estén presentes en su composición y organización ornamental.

En ese sentido, la calidad de una calle estará relacionada con la disposición a empatizar que generan las fachadas en quienes caminan por ahí. Por lo tanto, considero que la empatía es socialmente construida. Y en ese sentido, Elena (mujer, 27 años) lo explica muy bien:

“¿Estas [calles] son aquí en Lince? Ahora son puro muro que no se puede ver. Lo único que puedes ver... los jardines, que son bonitos, pero, de ahí ves muro nomás. Pero en esta calle [con fachadas Tipo A] ves todo, modelitos y es bacán. Al menos a mí me gusta ver y caminar por los lugares que más se puede conocer y, además hay gente. Y si te vas por otros lados ¡Qué miedo!”

Las personas están buscando otras propuestas de vivir en la ciudad, pero al parecer la ciudad –y el mercado– no se las está ofreciendo, Caleb (hombre, 34 años) comentaba al respecto:

“A mí me gusta más lo colonial. Es más, me he comprado un departamento que es así [fachada Tipo B] obviamente. Pero, si hubiera tenido la oportunidad, y si dependiera solo de mí –porque yo lo he comprado con mi mujer–, y tener la economía y eso, yo me compraría en un solar o en un tema así [fachada Tipo A] porque me vacila las cosas antiguas.”

Entonces ¿De qué depende que se empiecen a hacer edificios con fachadas que tengan y den vida? Cómo hemos visto este tipo de fachadas posibilitan distintas actividades que los jóvenes adultos entrevistados están dispuestos a aceptar y que además consideran que son parte de lo que da vida a una calle. Esto no quiere decir que estén exigiendo que todas las personas deban de vivir de una manera determinada. Lo único que desean es tener una mayor capacidad de elección para decidir por donde caminar y hasta en donde vivir, Caleb (hombre, 34 años) continúa explicando su idea:

“Mi impresión sería que, así como sacan las cosas retro, como de electrodomésticos o de repente lo retro de la ropa ¿También por qué no pueden sacar algo nuevo retro de edificios? ¡También sería la voz!”

Cuando Caleb menciona lo “retro”, a lo que en realidad se refiere es a una organización ornamental distinta a la que domina el mercado inmobiliario limeño: lo “moderno”. Él no es que desee necesariamente algo antiguo, lo que sugiere es que exista la posibilidad de que se proponga algo distinto y, en su imaginación, lo único distinto es algo “retro”, por el momento. En otras palabras, es posible que se haya dado cuenta que las fachadas de las calles de la ciudad están perdiendo esa variedad que las hacía atractivas y posibilitaban el *salir a caminar*.

Entonces, no es que en el pasado la ciudad haya sido mejor. Hay muchos indicios que muestran todo lo contrario. Sin embargo, se resalta que existen ciertos elementos de aquella ciudad que merecen ser revalorados y re-adoptados. Para construir esa ciudad amable, cordial y respetuosa que se

imaginaban las personas entrevistadas, no necesitamos derrumbar la existente, no nos definimos únicamente por lo que construimos, sino también por lo que nos negamos a destruir (Knapp, 2017).

En ese sentido, existía una mayor disposición a empatizar con fachadas Tipo A por el nivel de vida que se lograba identificar que tenía y daba. Los procesos y respuestas cognitivas y afectivas que se producen mediante la experiencia estética de caminar por una calle buscarán una empatía con la vida.

Por lo tanto, si las fachadas posibilitan un incremento de la disposición a empatizar con el lugar ¿Por qué no aprovecharlas? La pregunta sería en realidad ¿Quiénes se están beneficiando de que esto no ocurra? ¿Existe la posibilidad de que ganemos todos, de que gane la ciudad? Son bien conocidos y esparcidos los beneficios fisiológicos (Grant, Machaczek, Pollard, & Allmark, 2017), psicológicos (Bailey, Allen, Herndon, & Demastus, 2018), neuronales (Wrann, y otros, 2013), económicos (Zapata-Diomedí, y otros, 2019) y hasta sostenibles que ofrece el caminar (Dextre & Avellaneda, 2014), Pero ¿cuáles son los sociales? El primero, como hemos visto, promueve y posibilita una interacción social, una socialización, intercambiar miradas, pequeños saludos, son los primeros pasos para incrementar nuestra disposición a empatizar. El *salir a caminar* posibilita también que la gente se encuentre en la calle, compartan experiencias, discutan sobre ellas y se enteren de lo que piensa y lo que le está pasando al otro. Empezar a construir relaciones. Esto, claro está, es opcional, pero siempre debería existir aquella posibilidad, pues, no todas las personas

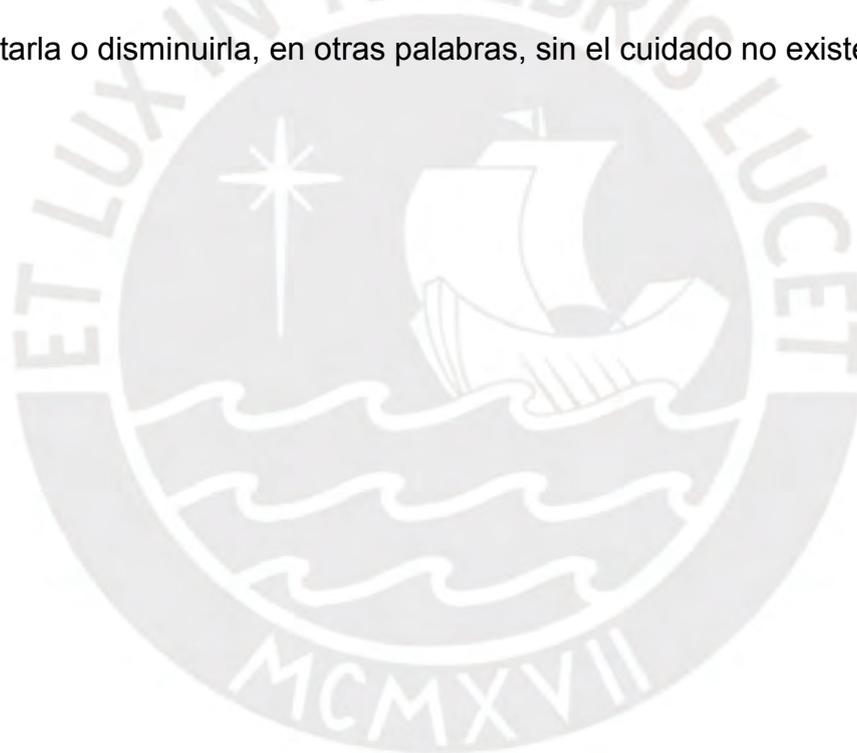
desean entender la calle como una simple vía para llegar a un lugar, hay quienes simplemente quieren *salir a caminar*, pasear, callejear, sonsear.

Después de todo lo que se ha hecho y dicho de la ciudad de Lima, la imagen que muchos puedan tener de ella es de una ciudad en la cual no vale la pena vivir y mucho menos intentar mejorarla. Sin embargo, afortunadamente los determinismos ambientales están desacreditados (Sluyter, 2003) y existen personas que quieren cambiar su realidad y se desarrollan no porque nacieron en un determinado ambiente, sino porque lo hacen a pesar de este. Por lo tanto, no se puede negar la agencia que tienen las personas sobre el espacio, más sí se debe concientizar que el ambiente construido puede limitar o posibilitar ciertas acciones. Comprender la ciudad desde esa perspectiva nos puede ayudar a entender qué cosas están funcionando en ella y que no. Cómo está limitando los comportamientos humanos en su desenvolvimiento y qué podemos hacer al respecto.

El ejemplo claro se da cuando se observa que aún hay personas que deciden apostar por Lima, vivir y realizar sus sueños en ella, salir a caminar en ella. Quieren que sus hijos disfruten de ella tanto como ellos lo hicieron. Por ende, todas aquellas manifestaciones que buscan elevar el nivel de vida en las calles no deben limitarse –me atrevo a decir que pueden ser desde un comercio ambulatorio, como un persona vendiendo anticuchos en una esquina, hasta una manifestación artística–. Preguntémonos si es que de las muchas calles y plazas que consideramos las más bonitas de la ciudad y del país lo son por las fachadas

de los edificios que la contienen, aquellos que les dan ese carácter habitacional y, específicamente, vida.

La vida a la cual se referían las personas entrevistadas no puede ser creada o por lo menos intentar controlarla. Solo se puede fomentar y posibilitar que suceda; es decir, crear las condiciones para que se manifieste y desenvuelva, de esta forma las personas y quienes son parte de ella la mantengan. En sus ojos, todo tiene un nivel de vida, la cuestión está en nuestra capacidad de aumentarla o disminuirla, en otras palabras, sin el cuidado no existe la vida.



### 3. LA CIUDAD EN LA CALLE: LA EXPERIENCIA ESTÉTICA PARA DUDAR Y CUESTIONAR LO QUE ES VIVIR EN LA CIUDAD

La capacidad que poseen las personas para opinar y cuestionar su realidad debe valorarse, si bien el abordaje de esta investigación ha sido sobre la relación que existe entre las fachadas y la disposición para empatizar con una calle. En las conversaciones surgían reflexiones interesantes que deben ser mostradas porque reflejan la capacidad de análisis que puede tener una persona que sale a caminar diariamente por las calles. Por lo tanto, lo que se expondrá en este capítulo serán inferencias y análisis realizados a partir de los comentarios de las personas entrevistadas.

Aquello esclarecerá cómo suceden los procesos cognitivos y afectivos cuando las personas intentan “sentirse dentro” de lo que observan. Opiniones e ideas que nacieron mediante una concientización de entender y comprender las calles por las cuales caminan y en qué ciudad viven; es decir, reflexiones que nacen a partir de intentar empatizar con lo que observan.

En esa línea, lo más resaltante por los entrevistados ha sido intentar entender el cambio que ha tenido la ciudad y las razones por las cuales los encargados de ese cambio lo propusieron. Pues, si los cambios deberían haber sido para mejorar la ciudad ¿Por qué no ha sucedido? ¿Qué ha pasado? ¿No fue tan sencillo como se pensó?

Por consiguiente, sus reflexiones se enmarcaban en tres aspectos: (1) lo que se ha propuesto como “modernización” de la ciudad, (2) quienes están detrás de

la mayoría de cambios de las calles y las fachadas, y (3) las posibilidades que tiene la ciudad para afrontar sus problemas. Las conversaciones que se tuvieron sobre las fachadas permitieron que las personas explorasen estos temas de una manera orgánica y fluida, es decir, surgían luego de internar “sentirse dentro” de las fachadas y de las calles. Eso claramente es un proceso empático propiciado por las simples preguntas que fueron parte de esta investigación.

### 3.1. La modernización de la ciudad

En el proceso de intentar entender o de “sentirse dentro” de las fachadas y las calles, implicaba darse cuenta de que el vivir en una ciudad envolvía también intentar adaptarse a las condiciones o fenómenos que ocurrían en ella, pudiendo ser estas del agrado de uno o no. Las personas entrevistadas identificaban y aceptaban que el cambio influía en su realidad, es decir, tenían la concepción de una realidad cambiante. Que este cambio pudiera ser controlado por ellos no era cuestión de sus reflexiones, pero sí que era un cambio al cual debían adaptarse.

Esta idea dominante de lo cambiante era proyectada hacia el ambiente en donde se desarrollaba su realidad, en otras palabras, hacia la ciudad. Por lo tanto, comprendían la realidad de su ciudad como un ambiente construido que ha cambiado y que probablemente siga cambiando. ¿Hacia dónde se dirige ese cambio? Las posibilidades estaban abiertas, pudiendo ser para mejor o peor.

De ahí derivaba una de las dudas o cuestiones que las personas entrevistadas relacionaban con el vivir en una ciudad y en el cual se circunscribían sus diversas opiniones ¿Lo que cambió en la ciudad, cambió para

mejor? En otras palabras, no se cuestionaba el cambio en sí, sino cuales fueron los resultados de ese cambio.

Ahora bien, las razones y justificaciones que explicaban estos cambios se podrían resumir en lo que Elsa (mujer, 22 años) explicaba:

“Porque los tiempos pasan pues ¿No? Por la modernización”

En ese sentido, lo que se entendía como “modernización” y lo que se había hecho en su nombre con la ciudad resultaba relevante para entender sus opiniones, puesto que, la ciudad de Lima era entendida como una ciudad no-moderna, estancada y que dificultaba el vivir en ella. Por tales motivos, para las personas entrevistadas, era necesario que esta ciudad se mejorara, se “modernizara”.

En resumen, lo que entendían como modernización de la ciudad –el proceso para alcanzar la modernidad– no contaba con toda esa carga conceptual y teórica que domina a las ciencias sociales. No asociaban ésta a, por ejemplo, la racionalización de los diversos aspectos de la vida de las personas o a un incremento de la división del trabajo. La modernización de la ciudad era para ellos un cambio formal de la organización ornamental de los distintos edificios en la ciudad, es decir, un estilo más, Julián (hombre, 25) explicaba:

“Bueno, lo bueno de esto edificios [con fachada Tipo B] es que le da más modernidad y estos [fachada Tipo A] es más clásica, a la Lima. Pero esto [edificios con fachada Tipo B] lo hace más moderno ¿No?”

Como se mencionó previamente, los edificios con fachadas Tipo B eran los considerados como modernos y la sucesiva construcción de estos alrededor de la ciudad era asociada con la “modernización” de la ciudad. Por lo tanto, la modernización era entendida por las personas entrevistadas como un cambio de imagen para la ciudad. Estos edificios con apariencia “moderna” harían que la ciudad también parezca moderna. No obstante, las personas entrevistadas indicaban que a pesar de la constante construcción de edificios “modernos”, la ciudad seguía sin ser moderna ¿La modernización está funcionando, es decir, mejorando la ciudad? O, lo que se ha propuesto como modernización ¿En realidad lo es?

Las personas entrevistadas empezaban a plantearse esas preguntas, más no se arriesgaban a responderlas porque estaban convencidas que la ciudad de Lima necesitaba modernizarse, necesitaba ser más accesible a todos sus habitantes, y cuestionar aquellos ideales significaría, de alguna manera, aceptar que la realidad de la ciudad no era tan mala como decían. Sin embargo, esto les permitía empezar a cuestionar lo que se les había ofrecido como modernización, Julián (hombre, 25 años) explicaba:

Por ejemplo, este lugar [calle con fachadas Tipo B] puede ser último modelo. Pero de acá pasan 10 años y lo pueden ver antiguazo. Cada año van saliendo cosas. O sea, van cambiando pues ¿No?

Si lo que ahora se considera moderno y mañana no lo va a ser ¿Cuándo se modernizará la ciudad? Esta incertidumbre hace recordar a Z. Bauman (2003), en donde la experiencia de un cambio constante sin un punto de referencia fijo

genera inseguridad, angustia y con ello una cierta vulnerabilidad. Solo se puede concluir en algo: Edificios “modernos” no hacen una ciudad moderna.

Ahora bien, talvez pueda existir algo de estabilidad en todo ese cambio constante, Jonás (hombre, 32 años) explicaba:

“[En la ciudad] se resalta lo moderno, todo cambia. En cambio lo clásico no.”

En ese sentido, a pesar de que la idea de cambio dominaba su interpretación de la realidad de la ciudad, existía en menor proporción una idea de estabilidad representada por lo “clásico” y las fachadas Tipo A. Sin embargo, esta idea era contrapuesta a lo “moderno” y como una fase o etapa anterior, algo “pre-moderno”, Mateo (hombre, 23 años) explicaba:

“Las demás calles que se han ido haciendo con el tiempo y las [calles con fachadas Tipo A] que se han ido deteriorando, se han construido así [con fachadas Tipo B]”

Como se mencionó previamente, una calle con fachadas Tipo A era vista como una calle hecha “a la Lima”, aquella expresión connotaba que aquellas fachadas representaban para las personas entrevistadas –de cierta manera– la identidad de la ciudad. Sin embargo, este tipo de fachadas no hacía la ciudad moderna y en su entendimiento algo clásico no puede ser moderno. En ese sentido, habían sido convencidos de que, si se quiere modernizar la ciudad, estas fachadas debían cambiar –a pesar de que muchos de ellos no lo harían–.

Aquello era una de las grandes discusiones internas que tenían, se cuestionaban si todas aquellas formas de “modernizar” la ciudad en verdad la

mejoran, en otras palabras, si lo que se les ha ofrecido como moderno en realidad lo es.

Esta problemática surge de lo que se ha entendido o interpretado como una ciudad moderna, si la manera en que los diversos ideales modernos eran expresados físicamente de la forma más coherente con ellos. Si modernizar la ciudad es destruir edificios antiguos y construir edificios con fachadas “modernistas”, lo que se genera es una confusión que poco o nada aporta en el debate para conseguir y alcanzar –si es que existe– aquella ciudad moderna.

### 3.2. Responsables del cambio

Si se intenta comprender por qué suceden las cosas en la ciudad, lo más intuitivo es hacer relaciones entre los cambios y quienes podrían estar detrás de estos. Por ende, las personas entrevistadas eran conscientes que los cambios que ocurrían en la ciudad no emergían espontáneamente. Para ellas existían actores que fomentaban y desarrollaban estos cambios. Para bien o para mal, los ciudadanos debían confiar en sus propuestas porque eran los especialistas en esos temas.

Por consiguiente, de aquello derivaba otra de las dudas o cuestiones sobre lo que es vivir en una ciudad que está cambiando, sobre lo que están haciendo los responsables de esa “modernización”. En el sentido más amplio se cuestionaba si lo que se estaba haciendo, en términos de construcción de nuevos edificios, era lo más pertinente para la ciudad o concretamente para las calles por las que caminaban todos los días.

Uno de los actores que era identificado y al mismo tiempo se cuestionaba su influencia en la ciudad eran las compañías inmobiliarias. Braulio (hombre, 24 años) explicaba:

“Lo que pasa es que ahora las inmobiliarias compran una casa así como la de acá [con fachada Tipo A] y construyen un edificio [con fachada Tipo B] que ya no le da una vista atractiva como la casa. Y casi todo Jesús María se ha vuelto todo así. Se compran casas deshabitadas y construyen nuevos edificios. Entonces le quitan ese..., ese... ¡Y en todos lados, ah!”

Eso que le quitan a la calle, y que Braulio no podía verbalizar, era la *vida*.

En esa misma idea, lo que se identificaba que respaldaba esas acciones en el mercado inmobiliario era lo que Caleb (hombre, 34 años) intentaba explicar:

“Yo creo que es la arquitectura de la modernidad, pues ¿No? Ya vieron que eso no es lo que se está buscando. Ahora se está buscando más recto, más simple. Más sofisticado”.

Lo que Caleb sugería era que la oferta inmobiliaria se respaldaba en lo que se desarrollaba en una disciplina relacionada al oficio del diseño y la construcción de edificios. En otras palabras, Caleb estaba infiriendo que la relación entre el mercado y la academia podía resumirse en que el primero buscaba la legitimación en la segunda y la academia era “patrocinada” por el mercado, todo esto en un contexto económico neoliberal (Salíngaros, 2014; Curl, 2018).

De esa misma forma, se infería también que quien decidía cómo debería ser un edificio nuevo lo hacía basado en presentar una propuesta “nueva” o “diferente”, Katia (mujer, 28 años) explicaba:

“Depende del arquitecto pues ¿No? De repente el arquitecto tiene otra forma... o el dueño que ha mandado a hacer esto tiene otra forma de pensar. Él quería de repente así”.

Entonces, estamos frente a una situación en donde sí se reconoce e identifica a los responsables del cambio en las calles, más su cuestionamiento era apaciguado porque aquellas personas eran consideradas como los especialistas y pueden tener “otra forma de pensar”. Tal vez la auto-subestimación de las personas entrevistadas para hablar sobre temas relacionados a las calles y la ciudad –porque no se consideraban especialistas– los hacía aceptar de alguna manera los cambios. No obstante, se podía inferir que ese respaldo estaba llegando a un límite, al punto de esbozar cuestionamientos. José (hombre, 30 años) indicaba:

“Claro que no es muy estético arquitectónicamente ver un edificio [con fachada Tipo B] y al costado una casa bonita [con fachada Tipo A] como por acá en donde se distorsiona un poco el paisaje”.

Muy aparte de aceptar si los edificios nuevos están o no distorsionando el paisaje, lo relevante aquí es que existe un dislocamiento entre lo que la gente espera que se haga con las fachadas de una calle y lo que se está haciendo, entre cómo deberían ser formalmente las fachadas de los edificios nuevos y lo que se está construyendo.

Talvez las personas que caminan diariamente por las calles no hayan estudiado sobre las ciudades, pero ellas viven en ellas y experimentan de primera mano todos los fenómenos que apasionan a diversos estudiosos y especialistas de la ciudad, por ende, tienen capacidad para cuestionar su realidad y lo que se está haciendo con su calle, su barrio y su ciudad.

Los que trabajan en la construcción de edificios nuevos en la ciudad deben tomar en cuenta sus inquietudes, puesto que las personas entrevistadas no estaban en contra de la construcción de edificios nuevos en las calles en sí, pero deseaban que estos se relacionen con los existentes, algo que para ellos era quizá lo más lógico de hacer, José (hombre, 30 años) resumía en una simple pero potente frase todo lo anterior:

“Si los edificios nuevos tuvieran elementos de los otros existentes, no distorsionarían mucho”.

Finalmente, no se puede decir que existía un descontento en las personas que fueron entrevistadas, pero sí que existían inquietudes sobre lo que se está haciendo con las calles por donde caminan, con los edificios que antes podían ver y ahora no. Por lo tanto, muy aparte de lo que ellos hacen y puedan hacer por sus calles ¿Qué pueden hacer los responsables de esos cambios?

### 3.3. Una disposición a mejorar

El ambiente construido no determina el comportamiento social de las personas. Solo puede limitarlo o posibilitarlo, y es que asegurar lo contrario sería arrebatarles la agencia para cambiar o mejorar el lugar en donde viven. A pesar

de todo de lo que se ha dicho de la ciudad de Lima, aún hay personas que deciden vivir aquí e intentan hacerlo un mejor lugar para vivir no solo para ellas, sino también para quienes vienen después. En ese sentido, el tercer y último tema que merecían sus reflexiones era la identificación de los principales problemas que existían en la ciudad y cómo podían mejorarla.

Las personas entrevistadas identificaban dos principales problemas: (1) la inseguridad ciudadana –lo cual ratifica lo expuesto en diversas estadísticas sobre la ciudad (Observatorio Lima Cómo Vamos, 2019)– y (2) la pérdida de identidad de la ciudad.

Como se mencionó en el capítulo sobre el sentido de comunidad, la percepción de inseguridad era vista como un grave problema siendo mayormente señalado por las mujeres entrevistadas. Ellas sentían que existían calles que no eran seguras para caminar porque la forma de sus fachadas parecían hacerlas solitarias. Esto, provocaba que ellas hicieran constante insistencia para su resolución puesto que implicaba constantes riesgos en su cotidianidad. En ese sentido, se sentían constantemente vulnerables de lo que pueda pasarles en la calle. Patricia (mujer, 21 años) explicaba:

“Todas las calles [son] iguales, cuando te roban no te van a avisar ¿Es verdad o no es verdad?”

La inseguridad ciudadana puede tener diversas causantes. Sin embargo, las personas entrevistadas sentían que no se estaba haciendo lo suficiente para contrarrestarla a pesar de considerarla como uno de los principales problemas

que afronta la ciudad y el rol que pueden cumplir las fachadas de una calle para ayudar a superarla.

El otro problema identificado era la pérdida de identidad que estaba afrontando la ciudad, no necesariamente por el reemplazo de fachadas que daban vida por fachadas estériles, sino por la indiferencia hacia calles con bastante posibilidad de dar vida a la ciudad. Marta Inés (mujer, 40 años) explicaba:

“No solamente es derrumbar y construir sino también algunas calles hay que rescatarlas. En el Centro de Lima es el mismo detalle. Es muy triste cuando el guía dice que en la parte centro de Lima la fachada nomás esta bonito. Aunque de todas maneras intentan rescatarlas y preguntamos: ¿Eso cómo está siendo habitado por dentro? Por dentro se está destruyendo. Ahí como que entra una cosita de pena y nostalgia. ¡Qué pena tan bonito, con tanta historia que tiene! ¿No?”

Por lo tanto, si además de construirse fachadas estériles se están dejando desaparecer fachadas que tienen potencial para incrementar los niveles de vida de una calle, la preocupación que sienten las personas entrevistadas se focalizan en lo que pueda ocurrir y las posibilidades que tendrán para interactuar y empatizar con sus calles. Si lo que identifica y hace diferente a una ciudad empieza a desvanecerse, las posibilidades de incrementar los niveles de vida de sus ciudadanos también lo hacen (Puig, 2009).

Ahora bien, todo lo anterior no evitaba que las personas entrevistadas pudieran ensayar algunas soluciones o formas de contrarrestar la situación que

pueden ser sencillas pero claras. Las personas querían mejorar sus calles y estaban seguras de que era posible.

En principio, el objetivo de la creación de una calle para las personas entrevistadas era lo que Walter (hombre, 23 años) explicaba: “Si uno pone una calle es para que el vecindario tenga buen acceso ¿No?”. En esa lógica, la calle es el ambiente construido por el cual las personas “acceden” a sus barrios y al de otros, y por ende les resultaba importante mejorarlas para incrementar su accesibilidad. De ahí que la postura para hacerlas debía responder a lo que José (hombre, 30 años) explicaba: “Lo haría tomando en cuenta la opinión del vecino porque ya no estamos en los tiempos en los que uno disponía ¿No?”. No se puede asegurar que en los diversos barrios de la ciudad de Lima las opiniones de los vecinos sean obviadas a la hora de tomar decisiones sobre sus calles. Sin embargo, que las personas entrevistadas manifiesten como una necesidad la consulta pública deja entrever que es posible que lo que se ha estado haciendo no ha sido suficiente.

En esa línea, lo interesante de todo eso era que ejercían una valoración que les indicaba que un tipo de fachada podría mejorar la calle, Elena (mujer, 27 años) explicaba:

“Si pudiera hacer una calle seria como esta [con fachadas Tipo A] ¿No? Por la forma y aparte cuidarla ¿No? Pintarla, mantenerla”.

Aquello puede ser consecuencia de haber identificado a ese tipo de fachada como un tipo que da vida pero también hacen hincapié a que simplemente

hacerla no es suficiente, hay que “cuidarla”, “mantenerla”. Si bien, no exploran de quien es la responsabilidad de que esto ocurra, son conscientes que la interacción y relación entre las fachadas de una calle y las personas que viven ahí debe configurar la imagen del barrio, Braulio (hombre, 24 años) explicaba:

“Creo que para que sea más llamativo tiene que reflejar la esencia de los habitantes”.

Con lo anterior no se está proponiendo una sola forma de hacer las fachadas y con ella las calles, si somos conscientes que existen diversas formas de vivir en la ciudad, existirán por ende diversas formas de reflejar esa “esencia”, en las fachadas, en las calles.

Finalmente, a pesar de todos los problemas que ocurran en la ciudad, las personas entrevistadas mostraban una disposición a buscar salidas o soluciones para mejorarla, para intentar que sea un mejor lugar para vivir. El hecho que se les haya preguntado sobre lo que pensaban de la ciudad en donde vivían permitía esa disposición y mientras eso ocurra la posibilidad de que todos estén incluidos en el debate y la discusión son altas.

#### 4. CONCLUSIONES FINALES

Mediante un estudio de las experiencias estéticas que tienen los jóvenes adultos que caminan por las calles de Lince, Jesús María y Santa Beatriz, barrios que están cambiando su organización ornamental, he argumentado que las fachadas son más que un elemento decorativo de una calle; son elementos que la componen, le dan un carácter habitacional y posibilitan el aumento de una disposición a empatizar con el lugar. Las fachadas con las cuales se interactúa al caminar por una calle influyen en los procesos cognitivos y afectivos para identificar, reconocer y relacionar la vida que ésta pueda tener y dar hacia ellas. La disposición a empatizar con la vida de una calle, por ende, está influenciada por la organización ornamental que puedan tener sus fachadas.

En ese sentido, he identificado cinco aspectos que influyen en una disposición a empatizar con las fachadas: (1) la localización, (2) la visibilidad, (3) la variedad, (4) el sentido de comunidad y (5) la historización. Aspectos que además intervienen en una identificación y valoración de una fachada que da vida o no.

Estos cinco aspectos interactuaban constantemente entre ellos, siendo la *localización* el nivel que tenía una fachada para posibilitar su asociación a un entorno favorable o no y la *visibilidad* como el nivel que tenía esta para posibilitar su visión, observación, apreciación, exploración y recorrido visual. Por otro lado, la *variedad* consistía en el nivel que tenía una fachada para posibilitar la diversificación de experiencias en el lugar y el *sentido de comunidad* era su nivel para posibilitar la identificación de una interacción e interrelación entre los

diversos elementos y experiencias que componen y se asocian con las fachadas. Finalmente, la *historización* era el nivel que tenía una fachada para posibilitar un vínculo con un pasado o una reminiscencia.

A partir de aquello, sostengo que las personas que he entrevistado tenían una mayor disposición a empatizar con fachadas que consideraban que daban vida a la calle, aumentando con ello su disposición a salir a caminar. Es decir, una disposición a empatizar con las fachadas de una calle posibilitaba el salir a caminar. Esto no significa que necesariamente las personas salgan a caminar, sino que se crea esa posibilidad, la cual si desean pueden aprovechar o no.

En aquella preposición se hace evidente el rol que cumple la idea de *vida* y cómo una fachada pueda ser considerada como algo que tiene y da vida. He intentado revelar cómo sucede esto mediante la utilización de los cinco aspectos propuestos y considerando que es mediante la interacción con las fachadas que se logra esa valoración. Por lo tanto, esta idea de vida surge como una metáfora cuando se identifica y reconoce en las fachadas propiedades y cualidades existentes en los organismos vivientes, de la misma manera que diversos estudiosos de las ciudades consideran a estas como sistemas vivientes. No tienen vida biológica, pero su organización y complejidad hacen recordarlas.

Ahora bien, he intentado también dar una voz a una sección o parte de la población que camina y experimenta la ciudad diariamente. He intentado comprender sus preocupaciones y materializar sus conceptos sobre lo que es vivir en una ciudad; en otras palabras, he intentado “sentirme dentro” de ellos, empatizar con ellos. De esa manera, una fachada que tenía y daba vida –como

la entendían ellas— consistía en poseer una localización adecuada que permitía entenderla como parte de un sistema mayor, la posibilidad de ser vista y apreciada, de contener y expresar variedad, la posibilidad de percibir un sentido de comunidad y poder vincularla con un pasado o historizarla.

Por consiguiente, la principal consecuencia práctica que implicaría el desarrollo y mantenimiento de fachadas que dan vida estaría ligada a la capacidad de las personas para poder *salir a caminar*. Esto involucraría tener más personas en la calle y con ello “ojos en la calle” (Jacobs, 2011) pudiéndose disminuir la percepción de inseguridad en diversas zonas de la ciudad. Más gente en la calle también implicaría mayores posibilidades para la interacción entre ellas, como conocer a sus vecinos, lo cual es distinto a que se lleven bien, pero saber quiénes son, cómo son, dónde viven y a partir de ahí generar estrategias para la convivencia.

Por otro lado, es bastante conocido los diversos beneficios que tiene el caminar por la ciudad. Uno de ellos es el promover la movilidad sostenible. Sin embargo, lo que propongo es que las personas caminen no porque estén obligadas a hacerlo, sino porque las fachadas de las calles invitan *salir a caminar*. Tener más gente en la calle también puede significar una mayor diversificación de experiencias y actividades en las calles, lo cual puede propiciar las apariciones de oportunidades económicas como la apertura de comercios locales o encuentros espontáneos entre personas con intereses afines.

En esa misma línea, una mayor disposición a empatizar con las fachadas de una calle desarrollaría un interés por mantenerlas, sobre todo en personas que

viven en esas calles. Sin embargo, como hemos visto con el aspecto de la localización, poco o nada sirve si la calle no está considerada dentro de un sistema integral que hace relevante su localización. En otras palabras, las personas no pueden solas. Necesitan el apoyo de las instituciones pertinentes que protejan la vida en la calle y las circunstancias –como las fachadas– que las fomentan (Wilson & Kelling, 2001). De esa manera no solo se colaboraría con las personas que ya viven ahí, sino también se promovería que nuevas personas quieran ir a vivir ahí.

El poder salir a caminar implica también la posibilidad de realizar una de las acciones más sencillas pero importantes de lo que significa vivir en una ciudad; esto es, tener la capacidad de pasear, callejear, sonsear, sin mayor objetivo y preocupación que experimentar la vida en la ciudad. Con esto no promuevo ni quiero obligar a las personas a que se conviertan en una especie de peripatéticos, pero se está perdiendo la oportunidad de que ellas puedan ensimismarse y perderse en sus pensamientos.

Por lo tanto, las conclusiones que he propuesto abarcan los siguientes puntos: las implicancias que conlleva la construcción de nuevos edificios, las posibilidades de una empatía con el ambiente construido, el rol que cumplen las fachadas en el debate entre lo público y lo privado, y lo que se pueda entender como una vida en la calle.

*Implicancias para nuevos edificios*

Así como en el hablar, tan importante como qué se dice es cómo se dice. De igual forma al modificar el ambiente construido tan importante como el qué se va a construir es cómo se va a hacer. Si bien mi propuesta no es fomentar una densificación, sí soy consciente que el contexto actual de la ciudad de Lima –con un crecimiento del mercado inmobiliario y de su población– propicia a que esto ocurra. Sin embargo, si aquello va a ocurrir, considero que no puede ser a expensas de territorios agrícolas producto de una expansión horizontal o de personas viviendo en zonas de alta vulnerabilidad.

En ese sentido, he argumentado que las personas que he entrevistado no están en contra de la construcción de nuevos edificios, sino de nuevos edificios con fachadas estériles, que distorsionan el paisaje de la calle, que no son identificadas como parte integral de un barrio, que restan visibilidad, que disminuyen la variedad, que poco o nada influyen en crear un sentido de comunidad y que no pueden ser relacionadas con un pasado o herencia de la ciudad. En otras palabras, que no *tienen* ni *dan* vida.

Por lo tanto, la oportunidad de construir nuevos edificios en la ciudad involucra más que proponer nuevas soluciones a problemas urbanos, es también proteger y promover la vida en la calle. Debe aprovecharse esta oportunidad para construir esa ciudad que esperan las personas y que por mucho tiempo a gran parte de ella le fue negada. Construir nuevos edificios con fachadas que tengan y den vida.

Aquello no solo beneficiaría a quienes ya viven en una calle así. También podría facilitar a que las personas quieran vivir en las diversas zonas de la

ciudad, sabiendo que la calle en donde se encontrará su nuevo hogar es una en la cual podrán *salir a caminar*.

Por otro lado, es necesario considerar que no se puede seguir sacrificando tierra agrícola para una urbanización horizontal puesto que la ciudad no es la única manera de vivir y de relacionarse con el territorio. Eso, talvez no solucione el problema del campo, pero evitar eliminarla ayudaría mucho.

Para la situación actual de nuestras ciudades, compactar la ciudad mediante una densificación parece ser la mejor opción (Herce Vallejo & Magrinyà, 2013). Los beneficios son diversos: más gente cerca posibilita una mayor interacción social en la ciudad, una menor distancia de recorrido, mayores oportunidades de creación de mercados, mayor eficiencia en la utilización de recursos, entre otros. Por otro lado, el interés de estar en ambientes restauradores siempre estará presente, por lo que la biofilia seguirá incentivando una relación e interacción con la naturaleza y, en ese sentido, el campo nos puede ayudar a lograrlo (Clayton, 2012). Por lo tanto, si se van a construir nuevos edificios en la ciudad, se tiene que hacer de una manera en que las personas no la consideren como una desvaloración a sus paisajes para que puedan ser aceptadas y, mejor aún, que sus fachadas posibiliten una disposición a empatizar con su ciudad.

Por consiguiente, no se puede construir por construir, se tiene que conocer cómo un nuevo edificio y cómo esta modificación del ambiente construido influye en la experiencia estética de caminar por una calle. Como he argumentado, las fachadas son elementos importantes para posibilitar que un nuevo edificio no sea percibido como un enclaustramiento, prohibición y limitación de la vida en la

calle. Las personas entrevistadas no mostraban un rechazo a los edificios nuevos, sino a la organización ornamental que “distorsionaba” el paisaje. Aquello refuerza que cualquier normativa constructiva, además de ser legitimado por la academia, también debe tener legitimidad social, que la gente que camina por la ciudad la apruebe.

Entonces, se hace evidente la casi inexistencia de una oferta inmobiliaria alternativa a los edificios con fachadas estériles que no logran dar el mismo nivel de vida que los edificios derrumbados en algunas zonas de la ciudad. Muestra de ello era el reconocimiento e identificación por parte de las personas entrevistadas de fachadas que no dialogaban con su entorno y las consecuencias que eso implicaba. Las personas no solo desean lugares para vivir, también desean que esos lugares les permitan salir a caminar.

#### *Una empatía con el ambiente construido*

“Cuando tú no vives en un casa que te gusta, ya estas jodido emocionalmente. Igualito [con] la calle. [Con] todos los servicios“, fue lo que me comentó Arturo en una de mis primera exploraciones a los barrios que analicé. Él tenía 70 años, por lo tanto, no era parte de la población que iba estudiar, sin embargo, aquella conversación me ayudó a comprender cómo las personas no solo piensan su ciudad o sus calles, sino también cómo las sienten, cómo reconocen que las afecta emocional y socialmente.

Las diferencias formales entre los objetos son más que simples diferencias de estilo, son diferencias en su percepción y del ambiente, por lo tanto, el cambio

en un ambiente construido –desde la forma de una puerta hasta la forma de una fachada– no solo es físico, sino también psicológico y social (Choudhury & Voorhaar, 2018). He argumentado que es posible una disposición a empatizar con el ambiente construido; no obstante, esta es solo una forma en la que la empatía puede manifestarse. Básicamente, me he enfocado en la experiencia estética de las fachadas visualmente y de jóvenes adultos limeños, con lo cual ha sido posible una focalización y especificación de los diversos atributos estéticos que posibilitan una mayor disposición a empatizar.

Ahora bien, ni el espacio ni el ambiente construido determinan el comportamiento y la conducta social ya que asegurar eso significaría arrebatar la agencia de las personas para cambiar y mejorar sus calles y sus ciudades. Prueba de ello es el rechazo que tienen las personas entrevistadas a ciertos elementos del ambiente construido y la disposición a mejorar lo que tienen o donde les tocó vivir.

Las personas poseen una agencia en la ciudad que se manifiesta cuando –por diversos motivos– evalúan y valoran las diversas calles de la ciudad y deciden por cual –de todas ellas– caminar. De esa misma forma caminarán por las aceras diseñadas para ellas, pero, en el momento que sientan que no satisfacen sus expectativas o se vean limitadas, decidirán caminar por las calzadas como una manifestación de su derecho a decidir por donde caminar. Por lo tanto, el espacio no determina sus comportamientos, pero sí puede posibilitarlos o limitarlos. Por tal motivo, es crucial el entendimiento y diálogo con los que viven y caminan diariamente por la ciudad.

Las reacciones a propuestas utópicas de ciudades ideales es una clara evidencia que las personas siempre tienen algo que decir y, más aún, si son los espacios en donde viven e intentan desenvolverse, por lo tanto, esta demás decir que hay que evitar los determinismos y fundamentalismos.

En ese sentido, es necesario discutir sobre cómo ambientes construidos específicos influyen en los procesos cognitivos y afectivos de las personas, y cómo estas reaccionan e interaccionan con sus calles y ciudades. Por ende, debatir sobre ambientes construidos que aumentan la disposición a empatizar puede ayudar a entender que existen distintas maneras para generar conocimiento, las personas no solo piensan la ciudad, también la sienten. El salir a caminar, el salir a distraerse, sin pensar a dónde ir, sin ningún objetivo ni preocupación específica, posibilitan las serendipias y la construcción constante de la experiencia de la ciudad, de la vida en la ciudad, de hacer la ciudad.

#### *La relación entre lo público y lo privado*

Posibilitar que las personas mantengan su privacidad es aceptar nuestras diferencias y a partir de ellas construir nuestra igualdad y libertad. No obstante, nadie hizo nada solo. Los seres humanos necesitamos relacionarnos con otros para poder realizarnos, colaborar, discutir, en otras palabras, socializar. En ese sentido, los espacios públicos –como las calles– son lugares idóneos para las distintas y variadas manifestaciones humanas, en donde las fachadas de un edificio que sirven para lo privado también tienen una responsabilidad con la calle, con lo público, con lo que ofrecen a la ciudad.

Soy consciente que las fachadas están en esa área gris, tan compleja como la vida misma, entre lo público y lo privado, y mi propuesta a que respondan tanto a exigencias públicas como a privadas puede resultar difícil de realizar. Sin embargo, tal vez pueda ser entendida como una oportunidad para problematizar esa dicotomía y a partir de ahí construir la ciudad que muchos anhelan, una ciudad más justa, tolerante, resiliente y empática.

En ese sentido, de acuerdo a las personas jóvenes adultas que entrevisté, los nuevos edificios que se están construyendo están –en sus palabras– distorsionando el paisaje de los barrios en los cuales se desarrolló esta investigación. Ahora bien ¿Cómo está sucediendo esto si la reglamentación nacional para nuevas construcciones invoca, en sus diversas normas, a la “armonización del entorno humano” (Diario El Peruano, 2016)? Las personas entrevistadas manifestaban una postura que espero haya podido ser comprendida a lo largo de este documento. Ellas no rechazaban algún tipo de construcciones o de estilo de vida en particular. Ellas rechazaban que sólo exista una única manera de vivir actualmente en la ciudad. Que su capacidad de elección se vea limitada a un tipo de construcción o estilo de vida. En otras palabras, a la escases de diversidad promovida por la propagación de un tipo específico de organización ornamental que está homogenizando las calles de su ciudad.

Considero que sería injusto manifestar que no exista una reglamentación que aliente y promueva la construcción de nuevos edificios que respeten y se vinculen coherentemente con el entorno pre-existente, que evite que este sea

distorsionado. Como es el caso de algunos distritos –como Lima, San Isidro, Barranco, Santiago de Surco o Chorrillos– en donde se solicita un perfil urbano de por lo menos unos 50 metros a partir del límite de propiedad del predio en donde se incluya la elevación –fachada– de la edificación propuesta para una valoración y evaluación de cómo ésta se vincula con el entorno existente. No obstante, estos requerimientos son exclusivos para zonas consideradas como “históricas” o “monumentales”

No deseo entrar en la discusión sobre cómo se considera a una zona de la ciudad como histórica, pero asumir que solo esa área posee una cualidad histórica relevante para la ciudad que merece ser protegida y valorada puede malinterpretarse y propiciar el menosprecio a otras de la ciudad, como por ejemplo los barrios periféricos, en donde –por cierto– existen construcciones y edificaciones –como las huacas– mucho más antiguas que las primeras casonas construidas en el centro de Lima (Canziani, 2012). En otras palabras, considero que todas las zonas o barrios de la ciudad tienen una historia que contar, y si se desea diferenciarlas tal vez pueda hacerse mediante su aporte a la historia de la ciudad, como por ejemplo los centros fundacionales.

Por lo tanto, al punto que quiero llegar es que Lince, Jesús María y Santa Beatriz, si bien no son considerados como zonas “históricas”, tienen una historia reflejada en sus calles que merece ser tomada en cuenta cuando se proponga un edificio nuevo y eso conlleva a realizar las mismas rigurosidades que cualquier otra zona “histórica” de la ciudad.

Aquello, nos empujaría a considerar que toda construcción privada tiene una responsabilidad pública y social, con las personas a las cuales no se les puede negar el mirar y el caminar, puesto que tienen todo el derecho a enterarse de qué se está construyendo en su ciudad y cómo influye en la experiencia estética de caminar por su calle, su barrio y su ciudad. En ese sentido, si se consideran a los nuevos edificios como entes aislados, individuales y sin ninguna relación con lo que los rodea ¿Qué sociedad se está construyendo? ¿Cómo se pretende construir una sociedad más colaborativa si se ignora la convivencia con otras personas?

Mi propuesta es que se introduzca en el debate de los espacios públicos a las fachadas de los edificios privados, es decir, comprender al espacio público en su interacción con los elementos que le dan ese carácter habitacional y lo contienen. Aquello ayudaría a entender y comprender que tener mejores espacios públicos o una mejor ciudad es compromiso de todos, desde los que están en el sector privado –quienes proponen nuevos edificios en una calle– hasta las instituciones gubernamentales. Se necesita concientizar sobre esta responsabilidad mutua, lo privado no puede desarrollarse a expensas de lo público, lo social. He mostrado que levantar una fachada estéril no favorece la posibilidad de elevar la disposición a empatizar con la calle y las percepciones e imaginarios urbanos que se generan en torno a ella son las menos aceptadas y apreciadas por las personas entrevistadas. Por lo tanto, es necesario que las instituciones que regulan las construcciones en la ciudad amplíen las políticas

que promueven fachadas que tienen y dan vida, en otras palabras, que permitan reproducir calles que actualmente invitan salir a caminar.

Es probable que esto pueda malinterpretarse como la creación de mecanismos de censura que limiten y cohiban la generación de propuestas innovadoras y creativas. Es decir, establecer solo una forma de construir en la ciudad. Sin embargo, mi propuesta es opuesta a esta, pues justo aquello era lo que las personas que entrevisté sentían que se estaba haciendo en las calles de los barrios que estudié. Una homogenización en los estilos de la organización ornamental de los nuevos edificios.

Ahora bien, mi postura es que un edificio no es una isla y por ende interactúa con un contexto –social, político, económico, ambiental, geográfico, histórico, etc. – que merece ser tomado en cuenta. No obstante ¿cómo es posible innovar en un escenario así? Primero, debemos interiorizar que la innovación no es un fin en sí, la innovación es un medio para mejorar, para incrementar la eficiencia (Hage & Meeus, 2006). En ese sentido, cambiar o hacer algo nuevo o diferente no necesariamente es innovar. Si el resultado es más perjudicial a lo existente, claramente estamos frente a un fenómeno opuesto a la innovación, probablemente una experimentación. Por lo tanto, si se hace una nueva fachada en una calle, y en lugar de mejorar la experiencia la empeora, se tiene que reconsiderar los procesos que hicieron que eso sucediera. Por el contrario, si se hace una nueva fachada –distinta, diferente– y ésta incrementa los niveles de vida de la calle, se habrá innovado. En otras palabras, se habrá encontrado una mejor solución.

Aquello nos lleva a pensar en métodos para validar y evaluar esos cambios en el ambiente construido, y en ese contexto –por el momento– la ciencia y la opinión pública resaltan entre los más confiables, ejemplo de aquello puede ser tal vez esta investigación. Entonces, probablemente deberíamos volver a confiar en nuestros sentidos, pues a pesar de que estos puedan estar moldeados por la cultura o aprendidas mediante nuestra inteligencia cognitiva, es una primera aproximación personal a la valoración de los objetos sin fundamentalismos o determinismos. Lo cual es mucho mejor que aceptar ciegamente lo que otros dicen que es lo correcto o lo mejor, para la calle, el barrio o la ciudad (Mehaffy & Salinger, 2013). Esto puede evitar la gran temida hegemonía cultural.

Por consiguiente, si los niveles de una disposición a empatizar con una calle se incrementan con fachadas que dan vida ¿Qué evita utilizar esos tipos de fachadas entonces? Nuestra ciudad las necesita. Un ejemplo concreto sería eliminar la exigencia de un retiro perimétrico. Esto promueve la aparición de un muro que poco o nada aporta a la ciudad puesto que su utilización es esencialmente para dividir y excluir el edificio de la calle, de la ciudad. Si bien fueron planteados por cuestiones de higiene para forzar una mayor iluminación y ventilación natural, no se consideraron las consecuencias sociales de su implementación. Además la ciudad ya encontró otras formas de mantener la salubridad que no implique un aislamiento ni la eliminación de la iluminación y ventilación natural. El costo social de tener una ciudad de muros es muy grande (Caldeira, 2007).

Finalmente, se me puede malinterpretar al sugerir que lo único que interesa para mejorar la ciudad son las fachadas de los edificios, un simple fachadismo. Sin embargo, mi análisis no ha sido sobre la relación de la fachada con el edificio o la arquitectura, mi análisis ha sido sobre la relación de la fachada con la calle, como parte de esta, que la contiene y elemento trascendental que le da un carácter habitacional. Por lo tanto, en mi propuesta la fachada ha sido comprendida como parte del espacio público; en otras palabras, he trabajado con la dimensión pública de la fachada. Con esto no quiero decir que los edificios no jueguen un rol importante en la constitución de una ciudad. Lo único que quiero enfatizar es que mi interés ha sido exclusivamente sobre el espacio público, la calle, y cómo las fachadas –componentes elementales de una calle– se relacionan con los niveles de la disposición a empatizar que puedan tener las personas. Al fin de cuentas, si queremos discutir sobre fachadismos ¿Qué puede ser más fachadista que cubrir todo un edificio con solamente cristales?

### *Una vida en la calle*

Construir fachadas que den vida no solo es un cambio físico, es también un cambio social y psicológico. Por lo tanto, al igual que las personas entrevistadas, es momento de cuestionar por qué una forma estéril de hacer ciudad se ha promovido como el progreso y empezar a revelar cuales son los patrones que favorecen a los seres humanos para la promoción y preservación de la vida, con cada una de sus diferencias y particularidades. También es momento de cuestionar que la capacidad de una persona para elegir un lugar donde vivir esté

limitada a edificios con fachadas estériles ¿Qué otras opciones se están ofreciendo?

Por otro lado, es trascendental y prioritario dejar de ver a las personas exclusivamente como unos simples “usuarios”, puesto que no necesariamente saben qué van a hacer o por qué lo están haciendo, y están en todo su derecho a ni siquiera preocuparse por ello. Existen personas que simplemente quieren *salir a caminar*, sin un sentido, sin una función en especial. Muchas veces se recomienda a las personas que caminen por su ciudad, ya sea por su salud o para fomentar una movilidad sostenible. Sin embargo, no se reflexiona sobre cómo son las calles o los lugares por los cuales tendrían que caminar y si en realidad pueden valorar y aprovechar ese caminar.

Por consiguiente, a pesar de que queramos transformar nuestra ciudad como una de las exitosas del hemisferio norte, poseemos particularidades que hacen que la vida en una calle limeña sea sumamente compleja. Aquí existen personas que se ganan la vida trabajando en la calle. También hay personas que mientras trabajan en ella están cuidando a sus hijos que juegan en las aceras o áreas verdes residuales. Aquí también hay niños que trabajan en la calle y a su corta edad ya conocen las desigualdades e injusticias que existen en ciudades como la nuestra. Hay personas que aún son consideradas como invasoras y no como ciudadanos. En otras palabras, existen personas que hacen de la vida en la calle en Lima muy distinta a la de otras ciudades. Aquellas particularidades no pueden ser obviadas, y por más ciclovías y peatonalizaciones que se haga, las grietas sociales aún son muy profundas y tienen que solucionarse. Tal vez comprarse

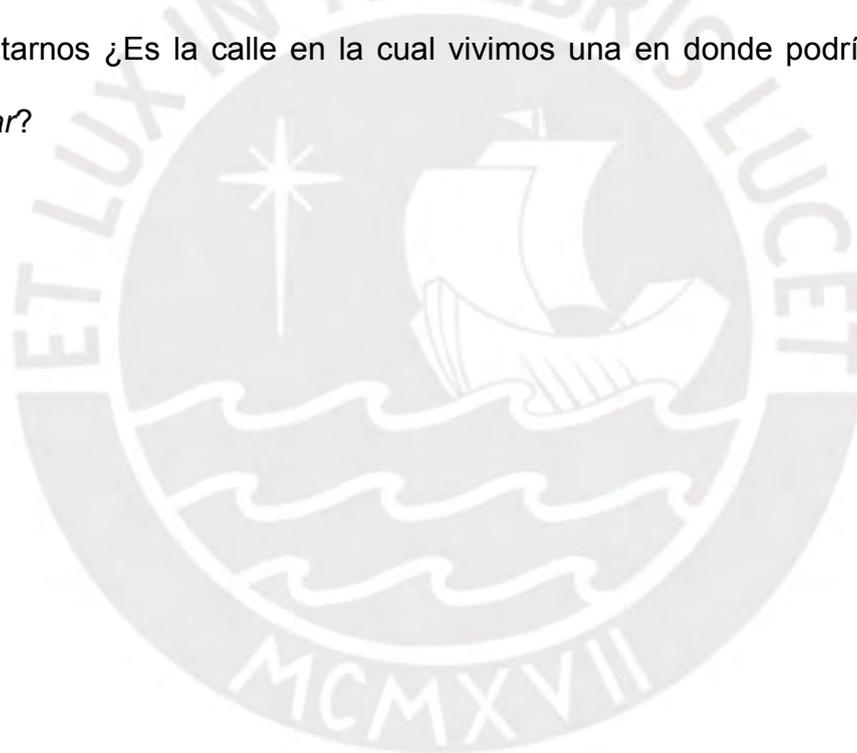
una bicicleta sea más barato que comprarse un automóvil, pero existen personas en Lima que ni siquiera tienen lo suficiente como para pagar un pasaje de autobús. A aquellas personas sus posibilidades de movilizarse por la ciudad se reducen a caminar, entonces, es muy probable que por ahí tengamos que empezar, por cómo elevar las condiciones del ambiente construido para mejorar su experiencia de caminar por la ciudad. El ambiente construido puede ayudar a enfrentar las desigualdades sociales y económicas que aun padecemos, pero no las va a solucionar. Sin embargo, la vida en la calle está influenciada por estas.

He argumentado que la idea de vida a la cual he hecho referencia no puede crearse de la nada a voluntad o ser controlada, esta solo puede ser limitada o posibilitada, fomentada. Por ejemplo, si quisiéramos hacer una planta, esta no puede crearse a partir de la unión de sus diversas partes, es decir, juntar un tallo, unas ramas, hojas y una flor. Si quisiéramos hacer una planta debemos primero sembrarla, regarla, cuidarla, así crecerá y finalmente florecerá. Lo mismo sucede con la vida en la calle, y por eso es tan importante cuidar y mantener las pequeñas manifestaciones de vida que suceden en ella, posibilitar que florezcan. La vida se manifiesta de diversas formas, y por ende, en diversas fachadas.

Ahora bien, por más atractiva y fácil que parezca dejarse llevar por el gusto no es recomendable, pues este puede estar manipulado por los medios o basado en una división social y económica. Es más recomendable el guiarse por las experiencias estéticas que están basadas en la percepción, el cuestionamiento y el aprendizaje, es decir, mediante un proceso empático basado en el conocimiento sensible de las cosas. Por consiguiente, no subestimemos los

pequeños actos como el *salir a caminar*. Por el contrario, prestemos atención e intentemos “sentirnos dentro” de los lugares que habitamos y nos desenvolvemos ¿Cómo son? ¿Por qué creemos que son así? ¿Qué cosa me limita hacer y qué otras cosas me posibilita realizar? ¿Quién se beneficia o perjudica con ello?

Con aquellos ejercicios no solo descubriremos cosas de lo que nos rodea, sino también del ambiente que hemos construido. Finalmente, podríamos preguntarnos ¿Es la calle en la cual vivimos una en donde podríamos *salir a caminar*?



## 5. BIBLIOGRAFÍA

- Abercrombie, M., Hickman, M., Johnson, M. L., & Thain, M. (1990). *The New Penguin Dictionary of Biology* (Eighth ed.). London: Penguin Books Ltd.
- Abercrombie, N., Hill, S., & Turner, B. S. (2006). *The Penguin Dictionary of Sociology* (Fifth ed.). London: the Penguin Group.
- ADIPERÚ - Asociación de Desarrolladores Inmobiliarios. (2018). *Informe Estadístico Mercado Inmobiliario - Julio*. Lima.
- Agbo, M. (12 de Agosto de 2019). *Rebuilding Nigeria: When Architecture Is About Restoring Culture*. Recuperado el 19 de Noviembre de 2019, de Common Edge: [https://commonedge.org/rebuilding-nigeria-when-architecture-is-about-restoring-culture/?utm\\_medium=website&utm\\_source=archdaily.com](https://commonedge.org/rebuilding-nigeria-when-architecture-is-about-restoring-culture/?utm_medium=website&utm_source=archdaily.com)
- Agnew, J. (2005). Space: Place. En P. Cloke, & R. Johnston, *Spaces of geographical thought: Deconstructing human geography's binaries* (págs. 81-96). London: SAGE Publications .
- Albright, L., Derickson, E. S., & Massey, D. S. (2013). Do affordable housing projects harm suburban communities? Crime, property values, and taxes in Mount Laurel, NJ. *City & Community, II*(12), 89-112.
- Alexander, C. (1981). *El modo intemporal de construir*. Barcelona: Editorial Gustavo Gili, S. A.
- Alexander, C. (2002). *The Nature of Order: The Phenomenon of Life*. Berkely: The Center for Environmental Structure.
- Alexander, C., Ishikawa, I., Silverstein, M., Jacobson, M., Fiksdahl-King, I., & Angel, S. (1977). *A pattern language: Town, buildings, construction*. New York: Oxford Univesity Press.
- Allport, G. (1954). *The Nature of Prejudice*. Cambridge: Addison-Wesley Publishing Company.

- Archer, R. L., Diaz-Loving, R., Gollwitzer, P. M., Davis, M. H., & Foushee, H. C. (1981). The role of dispositional empathy and social evaluation in the empathic mediation of helping. *Journal of Personality and Social Psychology*, XL(4), 786-796.
- Bachelard, G. (1965). *La poética del espacio*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Bailey, A. W., Allen, G., Herndon, J., & Demastus, C. (2018). Cognitive benefits of walking in natural versus built environments. *World Leisure Journal*, LX(4), 293-305.
- Batalla, C. (5 de Mayo de 2011). *Lince, el corazón de la ciudad*. Recuperado el 10 de Julio de 2019, de El Comercio: <https://elcomercio.pe/blog/huellasdigitales/2011/05/lince-el-corazon-de-la-ciudad-2>
- Batson, C. D. (1987). Prosocial motivation: Is it ever truly altruistic? *Advances in Experimental Social Psychology*, XX, 65-122.
- Batterham, D. (2015). *The World of Ornament*. Hohenzollernring: TASCHEN.
- Bauman, Z. (2003). *Modernidad Líquida*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Baumgarten, A. G. (1975). *Reflexiones filosóficas acerca de la poesía* (Cuarta ed.). (J. A. Miguez, Trad.) Buenos Aires: Aguilar.
- Beauregard, R. A. (2002). New Urbanism: Ambiguous certainties. *Journal of Architecture and Planning Research*, XIX(3), 181-194.
- Begazo Villanueva, J. D., & Fernandez Baca, W. (2015). Los millennials peruanos: Características y proyecciones de vida. *Gestión en el Tercer Milenio, Rev. de Investigación de la Fac. de Ciencias Administrativas*, 18(36), 9-15.
- Benevolo, L. (1963). *Historia de la arquitectura moderna*. Madrid: Taurus Ediciones.

- Bensús Talavera, V. (2018). Densificación (no) planificada de una metrópoli. El caso del área metropolitana de Lima 2000-2014. *INVI*, XXXIII(92), 9-51.
- Bergson, H. (1944). *Creative Evolution*. New York: Random House.
- Bericat Alastuey, E. (2000). La sociología de la emoción y la emoción en la sociología. *Papers*(62), 145-176.
- Berman, M. (1988). En la selva de los símbolos: Algunas observaciones sobre el modernismo en Nueva York. En M. Berman, *Todo lo sólido se desvanece en el aire: La experiencia de la modernidad* (A. Morales Vidal, Trad., págs. 301-367). Madrid: Siglo XXI de España Editores.
- Blumer, H. (1982). *El interaccionismo simbólico: Perspectiva y método*. Barcelona: Hora, S.A.
- Borchert, D. M. (2006). *Encyclopedia of philosophy* (Segunda ed., Vol. I). Farmington Hills: Thomson Gale.
- Bourdieu, P. (1998). *La distinción: Criterio y bases sociales del gusto*. (M. Ruiz de Elvira, Trad.) Madrid: Grupo Santillana de Ediciones S.A.
- Brecht, B. (2006). *Poetry and Prose*. (R. Grimm, & C. Molina y Vedia, Edits.) New York: Continuum.
- Bryce Echenique, A. (1970). *Un mundo para Julius*. Barcelona: Barral Editores.
- Burga Bartra, J. (2006). *El ocaso de la barriada: Propuestas para la vivienda popular*. Lima: Universidad Nacional de Ingeniería.
- Burnham, D. H., & Bennett, E. H. (1909). *Plan of Chicago*. Chicago: Commercial Club.
- Caldas Torres, P. (2012). *Pintorequismo limeño en Santa Beatriz: La utopía de transplantar los estilos arquitectónicos del "viejo mundo" a la vivienda limeña 1920-1930*. Lima: INIFAUA.
- Caldeira, T. (2007). La implosión de la vida pública moderna. En T. Caldeira, *Ciudad de Muros* (págs. 363-410). Barcelona: Gedisa, S.A.

- Calderón Cockburn, J. (2009). El efecto Mivivienda. Política de vivienda para la clase media y diferenciación social. *Sociológica*(1), 151-168.
- Canziani, J. (2012). *Ciudad y territorio en los andes. Contribuciones a la historia del urbanismo prehispánico* (Segunda ed.). Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Careri, F. (2014). *Walkscape: El andar como práctica estética*. Barcelona: Gustavo Gili.
- Carleton, R. N. (2016). Fear the unknown: One fear to rule them all? *Journal of Anxiety Disorders*(XLI), 5-21.
- Carlson, A. (2009). *Nature and landscape: An introduction to environmental aesthetics*. New York: Columbia University Press.
- Chaitin, J. (Julio de 2003). *Narratives and Story-Telling*. (G. Burgess, & H. Burgess, Edits.) Recuperado el 14 de Mayo de 2020, de Beyond Intractability: <https://www.beyondintractability.org/essay/narratives>
- Choudhury, R., & Voorhaar, M. (2018). *How personalising interiors improves the lives of people with dementia*. Amsterdam: True Doors.
- Clark, C. (1997). *Misery and company: Sympathy in everyday life*. Chicago: University of Chicago Press.
- Clayton, S. D. (Ed.). (2012). *The Oxford Handbook of Environmental and Conservation Psychology*. New York: Oxford University Press.
- Col·lectiu Punt 6. (2019). *Urbanismo feminista: Por una transformación radical de los espacios de vida*. Barcelona: Virus.
- Cooley, C. H. (1902). *Human nature and the social order*. New York: Charles Scribner's Sons.
- Coplan, A. (2011). Understanding empathy: Its features and effects. En A. Coplan, & P. Goldie (Edits.), *Empathy: Philosophical and psychological perspectives* (págs. 3-18). New York: Oxford University Press.

- Coplan, A., & Goldie, P. (Edits.). (2011). *Empathy: Philosophical and psychological perspectives*. New York: Oxford University Press.
- Córdova-Ramírez, M. (2018). Critique of the modernist reason in peruvian architecture. *New Design Ideas*, 2(2), 118-123.
- Córdova-Ramírez, M. (2020). A False Promise of Progress. *Inference: International Review of Science*, 5(2).
- Cresswell, T. (2004). *Place: A short introduction*. Malden: Blackwell Publishing.
- Curl, J. S. (2018). *Making distopia: The strange rise and survival of architectural barbarism*. Oxford: Oxford University Press.
- Currie, G. (2011). Empathy for objects. En A. Coplan, & P. Goldie (Edits.), *Empathy: Philosophical and psychological perspectives* (págs. 82-95). New York: Oxford University Press.
- Davis, M. H. (1983). Measuring individual differences in Empathy: Evidence for a multidimensional approach. *Journal of personality and social psicology*, XLIV(1), 113-126.
- Davis, M. H. (1996). *Empathy: A social psychological approach*. Boulder: Westview Press.
- Davis, M. H. (2006). Empathy. En J. E. Stets, & J. H. Turner (Edits.), *Handbook of the sociology of emotions* (págs. 443-466). New York: Springer.
- Davis, M. H. (2017). Empathy in twentieth-century psychology. En H. L. Maibom (Ed.), *The Routledge handbook of philosophy of empathy* (págs. 110-122). New York: Routledge.
- Davis, M. H., & Kraus, L. A. (1991). Dispositional empathy and social relationships. En H. Jones, & D. Perlman (Edits.), *Advances in personal relationships* (págs. 75-115). London: Jessica Kingsley Publishers.
- De Certeau, M. (2000). *La invención de lo cotidiano 1. Artes de hacer*. México, D.F.: cultura Libre.

- de Waal, F. (2010). *The age of empathy: Nature's lessons for a kinder society*. New York: Three Rivers Press.
- Decety, J., & Jackson, P. L. (2004). The functional architecture of human empathy. *Behavioral and Cognitive Neuroscience Reviews*, *III*(2), 71-100.
- Depew, D. (2005). Empathy, psychology, and aesthetics: Reflections on a repair concept. *Poroi*, *IV*(1), 99-107.
- Dextre, J., & Avellaneda, P. (2014). *Movilidad en zonas urbanas*. Lima: PUCP.
- Diario El Peruano. (20 de Julio de 2016). Norma Legal que modifica la Norma Técnica G.040 - Definiciones, contenida en el Título I Generalidades del Reglamento Nacional de Edificaciones, aprobada por D.S. N° 011-2006-VIVIENDA.
- Diario Gestión. (16 de Mayo de 2019). *¿Quiénes tienen la última decisión en la compra de una vivienda?* Recuperado el 21 de Abril de 2020, de Diario Gestión: <https://gestion.pe/tu-dinero/inmobiliarias/quienes-ultima-decision-compra-vivienda-267128-noticia/>
- DiMaggio, P. (1997). Culture and cognition. *Annual Review of Sociology*, *23*, 263-287.
- Driesch, H. (1914). *The history & theory of vitalism*. London: Macmillan.
- Edwards, N. A., Ladner, J., & White, J. (2007). Perceived effectiveness of filiar therapy for a jamaican mother: a qualitative case study. *International Journal of Play Therapy*, *XVI*(1), 36-53.
- Elmore, P. (1993). *Los muros invisibles: Lima y la modernidad en la novela del siglo XX*. Lima: Mosca Azul Editores s.r.l.
- Erikson, E. H. (1982). *The life cycle completed*. New York: Norton.

- Espinosa, A., Calderón-Prada, A., Burga, G., & Güímac, J. (2007). Estereotipos, prejuicios y exclusión social en un país multiétnico: el caso peruano. *Revista de Psicología*, 25(2), 295-338.
- Fainstein, S. S. (2001). *The city builders: Property development in New York and London, 1980-2000*. Lawrence: University Press of Kansas.
- Faverón Patriau, G. (8 de Febrero de 2006). *Lima la indiferente*. Recuperado el 22 de Abril de 2020, de Puente Aéreo:  
<http://puenteareo1.blogspot.com/2006/02/lima-la-indiferente.html>
- Fernández-Pinto, I., López-Pérez, B., & Márquez, M. (2008). Empatía: Medidas, teorías y aplicaciones en revisión. *Anales de Psicología*, XXIV(2), 284-298.
- Flores Quelopana, G. (Setiembre de 2016). *Kamaq y no Kamay. Una eurocéntrica traducción*. Recuperado el 21 de Agosto de 2019, de Libros Peruanos:  
<http://www.librosperuanos.com/autores/articulo/00000002384/Kamaq-y-no-Kamay.-Una-eurocentrica-traducion>
- Fraser, N. (2000). Rethinking recognition. *New Left Review*, 3(3), 107-119.
- Gans, H. J. (1962). *The urban villagers: Group and class in the life of italian americans*. New York: The Free Press of Glencoe.
- García Canclini, N. (1989). *Culturas Híbridas: Estrategias para entrar y salir de la modernidad*. Mexico D.F.: Editorial Grijalbo, S.A.
- Gaudino Di Meo, S. (14 de Setiembre de 2017). *Experimentar la antipatía urbana*. Recuperado el 12 de Mayo de 2020, de Fundación Arquia:  
[https://blogfundacion.arquia.es/2017/09/experimentar-la-antipatia-urbana/?utm\\_medium=website&utm\\_source=archdaily.pe](https://blogfundacion.arquia.es/2017/09/experimentar-la-antipatia-urbana/?utm_medium=website&utm_source=archdaily.pe)
- Gehl, J. (2011). *Life between buildings: Using public space*. (J. Koch, Trad.) Washington DC: Island Press.

- Gerdes, K. E., Segal, E. A., & Leitz, C. A. (2010). Conceptualising and Measuring Empathy. *British Journal of Social Work*(40), 2326-2343.
- Gifford, R. (2014). *Environmental Psychology*. Colville: Optimal Books.
- Glaser, B. (1978). *Theoretical sensitivity*. Mill Valley, CA: Sociology Press.
- Glaser, B., & Strauss, A. (2006). *The discovery of grounded theory: Strategies for qualitative research*. New Brunswick & London: Aldine Transaction.
- Gobodo-Madikizela, P. (2008). Empathetic repair after mass trauma: When vengeance is arrested. *European Journal of Social Theory*, XI(3), 331-350.
- Goldstein, E. B. (2014). *Sensation and perception* (Ninth ed.). Belmont: Wadsworth Cengage Learning.
- Gonzales de Olarte, E., del Solar Rizo Patrón, V., & del Pozo Segura, J. M. (2011). Lima metropolitana después de las reformas neoliberales: Transformaciones económicas y urbanas. En C. de Mattos, W. Ludeña, & L. Fuentes (Edits.), *Lima-Santiago. Reestructuración y cambio metropolitano* (págs. 135-176). Santiago de Chile y Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Gottdiener, M., & Hutchison, R. (2011). *The new urban sociology* (Cuarta ed.). Philadelphia: Westview Press.
- Grant, G., Machaczek, K., Pollard, N., & Allmark, P. (2017). Walkin, sustainability and health: Findings from a study of a Walking fo Health group. *Health and Social Care in the Community*, XXV(3), 1218-1226.
- Gropius, W. (1965). *The New Architecture and the Bauhaus*. Cambridge: The M.I.T. Press.
- Hage, J., & Meeus, M. (Edits.). (2006). *Innovation, Science, and Institutional Change*. New York: Oxford University Press.

- Hall, P. (1996). *Ciudades del mañana. Historia del urbanismo en el siglo XX*. Barcelona: Ediciones del Serbal.
- Haraway, D. J. (2008). *When species meet*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Harvey, D. (2008). *París, capital de la modernidad*. Madrid: Ediciones Akal.
- Harvey, D. (2013). *Ciudades rebeldes: Del derecho a la ciudad a la revolución urbana*. Madrid: Ediciones Akal.
- Herce Vallejo, M., & Magrinyà, F. (2013). *El espacio de la movilidad urbana*. Buenos Aires: Café de las Ciudades.
- Hirschman, A. O. (1977). *Salida, voz y lealtad: Respuestas al deterioro de empresas, organizaciones y estados*. (E. L. Suárez, Trad.) México D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Hochschild, A. R. (1975). The sociology of feeling and emotion: Selected possibilities. En M. Millman, & R. M. Kanter (Edits.), *Another voice. Feminist perspectives on social life and social science* (págs. 280-307). New York: Anchor Books.
- Hochschild, A. R. (1990). Ideology and emotion management: A perspective and path for future research. En T. D. Kemper, *Research agendas in the sociology of emotions*. Albany: State University of New York.
- Hochschild, A. R. (2013). *So how's the family? And other essays*. Berkeley: University of California Press.
- Hoffman, M. L. (1988). Interaction of affect and cognition in empathy. En C. E. Izard, J. Kagan, & R. B. Zajonc (Edits.), *Emotions, cognition and behavior* (págs. 103-131). Cambridge: Cambridge University Press.
- Holston, J. (1989). The Death of the Street. En J. Holston, *The Modernist City: An Antropological Critique of Brasilia* (págs. 101-144). Chicago: The University of Chicago Press.

- Honneth, A. (1997). *La lucha por el reconocimiento: Por una gramática moral de los conflictos sociales*. (M. Ballester, Trad.) Barcelona: Crítica.
- Howard, E. (1902). *Garden cities of To-Morrow*. London: Swan Sonnenschein & Co.
- Iacoboni, M. (2009). Imitation, empathy and mirror neurons. *Annual Review of Psychology*, LX(1), 653-670.
- Ingold, T. (2002). *The Perception of the Environment: Essays on livelihood, dwelling and skill*. London: Routledge.
- Ingold, T., & Vergunst, J. L. (Edits.). (2008). *Ways of walking: Ethnography and practice on foot*. Hampshire: Ashgate.
- Intraub, H. (2014). Visual scene representation: A spatial-cognitive perspective. En K. Kveraga, & M. Bar (Edits.), *Scene vision: Making sense of what we see* (págs. 5-26). Cambridge: The MIT Press.
- Jacobs, J. (2011). *Muerte y Vida de las Grandes Ciudades* (Segunda ed.). (Á. Abad, & A. Useros, Trads.) Madrid: Capitán Swing Libros, S.L.
- Jeuken, M. (1975). The biological and philosophical definitions of life. *Acta Biotheoretica*, XXIV(1-2), 14-21.
- Jiménez-Lopez, I., Barrios-Padura, Á., Mariñas-Luis, J. C., & Molina-Huelva, M. (2017). La ciudad empática: Hacia un nuevo modelo de sociabilidad urbana. *Proceedings of the 3rd International Congress on Sustainable Construction and Eco-Efficient Solutions* (págs. 156-167). Sevilla: Escuela Técnica Superior de Arquitectura.
- Just, M. A., & Carpenter, P. A. (1975). *Eye Fixations and Cognitive Processes*. Carnegie-Mellon University, Dept. of Psychology. Pittsburgh: Carnegie-Mellon University.
- Kaplan, R., & Kaplan, S. (1989). *The experience of nature*. New York: Cambridge University Press.

- Kellert, S. R., Heerwagen, J. H., & Mador, M. L. (Edits.). (2008). *Biophilic Design: The theory, science, and practice of bringing buildings to life*. New Jersey: John Wiley & Sons.
- Kim, S.-J., & Kou, X. (2014). Not all empathy is equal: How dispositional empathy affects charitable giving. *Journal of Nonprofit & Public Sector Marketing, XXVI*, 312-334.
- Kirk, M. (2 de Febrero de 2018). *How to design cities for children*. Recuperado el 12 de Junio de 2019, de Citylab: [https://www.citylab.com/design/2018/02/how-to-design-cities-for-children/552086/?fbclid=IwAR1IPm3TEZX-q1wUghEGIKbzkSI7RHWV\\_4vieFjIZ76le3ISHw642KvBu6Q](https://www.citylab.com/design/2018/02/how-to-design-cities-for-children/552086/?fbclid=IwAR1IPm3TEZX-q1wUghEGIKbzkSI7RHWV_4vieFjIZ76le3ISHw642KvBu6Q)
- Knapp, M. (27 de Julio de 2017). "Our society will be defined not only by what it creates, but by what it refuses to destroy." *John Sawhill*. Recuperado el 12 de Julio de 2019, de Hints and Echoes. Observations on the journey from the past to the present and beyond: <https://hintsandechoes.com/2017/07/27/our-society-will-be-defined-not-only-by-what-it-creates-but-by-what-it-refuses-to-destroy-john-sawhill/>
- Koolhaas, R. (1994). *Delirious New York: a retroactive manifesto for Manhattan*. New York: The Monacelli Press.
- Krier, L. (2009). *The Architecture of Community*. Washington, DC: Island Press.
- Krznaric, R. (2014). *Empathy: Why it matters, and how to get it*. New York: Penguin Group.
- Kubisch, N., & Seger, P. A. (2012). *Ornaments*. (P. Delius, Ed.) Potsdam: H.F.Ullmann Publishing Gmbh.
- Lamont, M. (1994). *Money, morals, and manners: The culture of the french and american upper-middle class*. Chicago: The University of Chicago Press.
- Lamont, M. (2012). Toward a comparative sociology of valuation and evaluation. *The Annual Review of Sociology, 38*, 21.1-21.21.

- Langfeld, H. (1920). *The aesthetic attitude*. New York: Harcourt, Brace and Company.
- Latour, B. (2008). *Reensamblar los social: Una introducción a la teoría del actor-red*. Buenos Aires: Ediciones Manantial.
- Le Corbusier. (1967). *The radian city: Elements of a doctrine of urbanism to be used as the basis of our machine-age civilization*. New York: Orion Press.
- Le Corbusier. (1967). *The Radiant City*. London: Faber and Faber.
- Le Corbusier. (1998). *Hacia Una Arquitectura*. Barcelona: Ediciones Apóstrofe.
- Leadbeater, C. (29 de April de 2014). *It's small things that make our big city what it is*. Obtenido de Evening Standard:  
<https://www.standard.co.uk/comment/comment/charles-leadbeater-it-s-small-things-that-make-our-big-city-what-it-is-9301446.html#comments>
- Leadbeater, C. (2014). *The London recipe: How systems and empathy make the city*. London: Center for London.
- Lefebvre, H. (2013). *La producción del espacio*. (E. Martinez, Trad.) Madrid: Capitán Swing.
- Leff, E. (2011). Sustentabilidad y racionalidad ambiental: hacia "otro" programa de sociología ambiental. *Revista Mexicana de Sociología*, 5-46.
- Lima Antigua. (24 de Marzo de 2019). *Lima Antigua*. Recuperado el 12 de Junio de 2019, de En Con-Tacto con el Patrimonio:  
[https://www.facebook.com/pg/limantigua/photos/?tab=album&album\\_id=2304212232943452](https://www.facebook.com/pg/limantigua/photos/?tab=album&album_id=2304212232943452)
- Lipps, T. (1903). Empathy, inward imitation, and sense feelings. En E. F. Carritt (Ed.), *Philosophies of beauty: From Socrates to Robert Bridges being the sources of aesthetic theory* (págs. 252-256). Oxford: Clarendon Press (1931).

- Low, S. (2017). *Spatializing culture: The ethnography of space and place*. New York: Routledge.
- Lynch, K. (2008). *La imagen de la ciudad*. Barcelona: Editorial Gustavo Gili.
- Mafi, N. (8 de Octubre de 2018). *21 of the most beautiful streets in the world*. Obtenido de Architectural Digest:  
<https://www.architecturaldigest.com/gallery/most-beautiful-streets-in-the-world>
- Maibom, H. L. (2017). Affective empathy. En H. L. Maibom (Ed.), *The Routledge handbook of philosophy of empathy* (págs. 22-32). New York: Routledge.
- Marshall, A. (4 de Abril de 2019). *Believing is seeing: The lost urban art of looking closely*. Obtenido de Common Edge:  
<https://commonedge.org/believing-is-seeing-the-lost-urban-art-of-looking-closely/>
- Marshall, G. (2003). *A Dictionary of Sociology*. Oxford: Oxford University Press.
- Mead, G. H. (1972). *Mind, self, and society*. (Eighteenth ed.). Chicago: University of Chicago Press.
- Mehaffy, M., & Salingaros, N. A. (4 de Abril de 2013). *Toward Resilient Architectures: Why Green Often Isn't*. Recuperado el 9 de Enero de 2020, de Metropolis Magazine:  
[https://www.metropolismag.com/sustainability/toward-resilient-architectures-2-why-green-often-isnt/?utm\\_medium=website&utm\\_source=archdaily.pe](https://www.metropolismag.com/sustainability/toward-resilient-architectures-2-why-green-often-isnt/?utm_medium=website&utm_source=archdaily.pe)
- Mejía , M. (17 de Octubre de 2017). *¿Qué edad tienen los mayores compradores de inmuebles en Lima?* Recuperado el 21 de Abril de 2020, de Andina - Agencia Peruana de Noticias:  
<https://andina.pe/agencia/noticia-que-edad-tienen-los-mayores-compradores-inmuebles-lima-686597.aspx>

- Méndez, C. (2000). *Incas sí, indios no: Apuntes para el estudio del nacionalismo criollo en el Perú* (Segunda ed.). Lima: Instituto de Estudios Peruanos, IEP.
- Mérino-Soto, C., & Grimaldo-Muchotrigo, M. (2015). Validación Estructural de la Escala Básica de Empatía (Basic Empathy Scale) Modificada en Adolescentes: un Estudio Preliminar. *Revista Colombiana de Psicología*, 24(2), 261-270.
- Michl, J. (2014). A case against the modernist regime in design education. *International Journal of Architectural Research*, 8(2), 36-46.
- Miró Quesada, L. (1945). *Espacio en el Tiempo. La Arquitectura como fenómeno cultural*. Lima: Compañía de Impresiones y Publicidad.
- Mirzeoff, N. (2011). *The right to look: A counterhistory of visibility*. Durham: Duke University Press.
- Misselhorn, C. (2019). Empathy with inanimate objects and the Uncanny Valley. *Minds & Machines*, 19, 354-359.
- Morales-Concha, L., Ccarita-Yucra, K., Marroquin-Santa Cruz, J. A., & Atamari-Anahui, N. (2018). Evaluación de la empatía en estudiantes de medicina humana en una universidad pública de la sierra sur del Perú. *Educación Médica*, 19(6), 327-332.
- Mori, M., MacDorman, K., & Kageki, N. (2012). The Uncanny Valley [From the Field]. *IEEE Robotics & Automation Magazine*, 19(2), 98-100.
- Mumford, E. P. (2000). *The CIAM discourse on urbanism, 1928-1960*. Cambridge: MIT Press.
- Muxí, Z. (2018). *Mujeres, casas y ciudades. Más allá del umbral*. Barcelona: dpr-barcelona.
- National Storytelling Network. (18 de Mayo de 2017). *What Is Storytelling?* Recuperado el 14 de Mayo de 2020, de National Storytelling Network: <https://storynet.org/what-is-storytelling/>

- Neira, H. (2015). *Civilizaciones comparadas*. Lima: Cauces Editores.
- Observatorio Lima Cómo Vamos. (2019). *Lima y Callao según sus ciudadanos: Décimo informe urbano de percepción sobre calidad de vida en la ciudad*. Lima: Asociación Unacem.
- Orrego Penagos, J. L. (1 de Febrero de 2010). *El distrito de Jesús María*. Recuperado el 10 de Julio de 2018, de <http://blog.pucp.edu.pe/blog/juanluisorrego/2010/02/01/el-distrito-de-jesus-maria/>
- Owen, J. (1856). *The Grammar of Ornament*. London: Day & Sons.
- Pallasmaa, J. (2012). *The eyes of the skin: Architecture and senses*. Cornwall: Wiley.
- Pasch, L. A., & Bradbury, T. N. (1998). Social support, conflict, and the development of marital dysfunction. *Journal of Consulting and Clinical Psychology, LXVI*(2), 219-230.
- Péloquin, K., Lafontaine, M.-F., & Brassard, A. (2011). A dyadic approach to the study of romantic attachment, dyadic empathy, and psychological partner aggression. *Journal of Social and Personal Relationships, XXVIII*(7), 915–942.
- Peräkylä, A., Henttonen, P., Voutilainen, L., Kahri, M., Stevanovic, M., Sams, M., & Ravaja, N. (2015). Sharing the emotional load: Recipient affiliation calms down the storyteller. *Social Psychology Quarterly, LXXVIII*(4), 301-323.
- Pereyra, O. (2018). "Competencia asistida" por el lugar y la consolidación de la segregación residencial de gran escala: Lima, 1993-2007. *Revista de Ciencia Política y Gobierno, 5*(9), 35-58.
- Piaget, J. (1984). *El criterio moral en el niño*. (N. Vidal, Trad.) Barcelona: Ediciones Martínez Roca.

- Ponce Díaz, C. (2015). Dimensiones sintomáticas psicopatológicas en conductores de Lima Metropolitana. *LIBERABIT*, 21(1), 153-165.
- Puig, T. (2009). *Marca Ciudad. Cómo rediseñarla para asegurar un futuro espléndido para todos*. Barcelona: Paidós.
- Quintanilla Pérez-Wicht, P. (2004). Comprender al otro es crear un espacio compartido. Caridad, empatía y triangulación. *Ideas y Valores*(125), 81-97.
- Racinet, A. (1885-1888). *L'ornement polychrome. Deuxième série. Cent vingt planches en couleur or et argent*. Paris: Firmin-Didot.
- Real Academia Española. (2014). *Diccionario de la lengua española* (Vigésima Tercera ed.). Madrid.
- Reyes, J. C. (7 de Junio de 2019). *Ejecutivos millennials son los que más invierten en comprar inmuebles para luego alquilarlos*. Recuperado el 6 de Mayo de 2020, de Diario Gestión: <https://gestion.pe/tu-dinero/inmobiliarias/millennials-son-invierten-comprar-inmuebles-luego-alquilarlos-269462-noticia/>
- Riofrío, G., & Driant, J.-C. (1987). *¿Qué vivienda han construido? Nuevos problemas en viejas barriadas*. Lima: Institut français d'études andines, CIDAP - Centro de Investigación , Documentación y Asesoría Poblacional, Tarea - Asociación de Publicaciones Educativas.
- Rolnik, R. (2017). *La guerra de los lugares: La colonización de la tierra y la vivienda en la era de las finanzas*. (A. L. Granero, Trad.) Santiago de Chile: LOM.
- Ross, K. (1995). *Fast Cars, Clean Bodies: Decolonization and the Reordering of French Culture*. Cambridge: MIT Press.
- Ruggeri, A. (2 de 10 de 2017). *People have always whinged about young adults. Here's proof*. Recuperado el 21 de Abril de 2020, de BBC

Worklife: <https://www.bbc.com/worklife/article/20171003-proof-that-people-have-always-complained-about-young-adults>

- Ruiz-Junco, N. (2017). Advancing the sociology of empathy: A proposal. *Symbolic Interaction*, XL(3), 414-435.
- Salas, J. d. (2017). La identidad de la arquitectura residencial multifamiliar contemporánea en Lima. *Arquitextos*(28), 84-92.
- Salazar Bondy, S. (1974). *Lima La Horrible*. Lima: PEISA.
- Salcedo Hansen, R. (2002). El espacio público en el debate actual: Una reflexión crítica sobre el urbanismo post-moderno. *Eure*, XXVIII(84), 5-19.
- Salesses, P., Schechtner, K., & Hidalgo, C. A. (2013). The Collaborative Image of The City: Mapping the Inequality of Urban Perception. *PLoS ONE*, 8(7), 1-12.
- Salingaros, N. A. (1999). Urban space and its information field. *Journal of Urban Design*, IV(1), 29-49.
- Salingaros, N. A. (2008). *A Theory of Architecture*. Solingen: Umbau-Verlag.
- Salingaros, N. A. (2014). *Antiarquitectura y Desconstrucción: El Triunfo del Nihilismo*. Madrid: Mairera Libros.
- Salingaros, N. A. (2015). *Biophilia & healing environments: Healthy principles for designing the built world*. New York: Terrapin Bright Green, LLC.
- Salingaros, N. A. (2016). *Forma, lenguaje y complejidad: Una teoría unificada de la arquitectura*. Madrid: Ediciones Asimétricas.
- Sansot, P. (2001). *Del buen uso de la lentitud* (Segunda ed.). (M. Corral , & J.-M. Píkias, Trads.) Guipúzcoa: Tusquets Editores.
- Sartori, G. (2001). *Homo videns: La sociedad teledirigida*. Mexico D.F.: Taurus.
- Savage, M., Bagnall, G., & Longhurst, B. (2005). *Globalization and belonging*. London: SAGE Publications.

- Schulz, A. W. (2017). The evolution of empathy. En H. L. Maibom (Ed.), *The Routledge handbook of philosophy of empathy* (págs. 64-73). New York: Routledge.
- Scruton, R. (1983). *The aesthetic of understanding. Essays in the philosophy of art and culture*. Manchester: Carcanet New Press Ltd.
- Scruton, R., & Munro, T. (20 de Julio de 1998). *Aesthetics*. Recuperado el 25 de Octubre de 2018, de ENCYCLOPÆDIA BRITANNICA:  
<https://www.britannica.com/topic/aesthetics>
- Sen, A. (2010). *La idea de la justicia*. Madrid: Taurus.
- Sennett, R. (1978). *El declive del hombre público*. Barcelona: Cultura Libre.
- Sennett, R. (1997). *Carne y Piedra: El cuerpo y la ciudad en la civilización occidental*. (C. Vidal, Trad.) Madrid: Alianza Editorial.
- Sharmay-Tsoory, S. G., Tormer, R., Goldsher, D., Berger, B. D., & Aharon-Peretz, J. (2004). Impairment in cognitive and affective empathy in patients with brain lesions: Anatomical and cognitive correlates. *Journal of Clinical and Experimental Neuropsychology*, XXVI(8), 1113-1127.
- Shott, S. (1979). Emotion and social life: A symbolic interactionist analysis. *Journal of sociology*, LXXXIV(6), 1317-1334.
- Sluyter, A. (2003). Neo-Environmental Determinism, Intellectual Damage Control, and Nature/Society Science. *Antipode*, 35(4), 813-817.
- Small, M. L. (2004). *Villa Victoria: The transformation of social capital in a Boston Barrio*. Chicago: University of Chicago.
- Smith, A. (1997). *La teoría de los sentimientos morales*. Madrid: Alianza Editorial.
- Spencer, H. (1870). *The principles of psychology*. London: Williams and Norgate.

- Stenesh, J. (1989). *Dictionary of Biochemistry and Molecular Biology* (Second ed.). New York: John Wiley & Sons, Inc.
- Stets, J. E., & Turner, J. H. (2006). *Handbook of the Sociology of Emotions*. New York: Springer.
- Stotland, E. (1969). Exploratory investigations of empathy. *Advances in experimental social psychology*, IV, 271-314.
- Sussman, A., & Hollander, J. B. (2014). *Cognitive Architecture: Designing for How We Respond to the Built Environment*. New York: Routledge/Taylor & Francis Group.
- Tam, K.-P. (2013). Dispositional empathy with nature. *Journal of Environmental Psychology*, 35, 92-104.
- Throop, C. J. (2008). On the problem of empathy: The case of Yap, Federated States of Micronesia. *Ethos*, 36(4), 402-426.
- Titchener, E. (1909). *Lectures on the experimental psychology of the thought-processes*. New York: Macmillan.
- Tonucci, F. (2015). *La ciudad de los niños*. Barcelona: Grao.
- Tuan, Y.-F. (2001). *Space and Place: The Perspective of Experience* (Eighth ed.). Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Tuan, Y.-F. (2007). *Topofilia: Un estudio de las percepciones, actitudes y valores sobre el entorno*. (F. Durán de Zapata, Trad.) España: Editorial Melusina.
- Ulrich, R. S. (1979). Visual landscapes and psychological well-being. *Landscape Research*, IV(1), 17-23.
- Vargas Llosa, M. (1969). *Conversación en La Catedral* (Segunda ed.). Barcelona: Seix Barral.
- Vega Centeno, P., Dammert Guardia, M., Moschella, P., Vilela, M., Bensús, V., Fernández de Córdova, G., & Pereyra, O. (2019). *Las centralidades de*

*Lima Metropolitana en el siglo XXI: Una aproximación empírica.* Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú.

- Vega-Centeno , P. (2017). La dimensión urbana de las centralidades de Lima Norte: Cambios y permanencias en la estructura metropolitana. *EURE*, 43(129), 5-25.
- Vitruvio, M. (1995). *Los Diez Libros de Arquitectura.* Madrid: Alianza Editorial.
- Ware, D., & Beatty, D. (2013). *Diccionario manual ilustrado de arquitectura.* Barcelona: Editorial Gustavo Gili.
- Widrich, L. (1 de Febrero de 2016). *The Science of Storytelling: What Listening to a Story Does to Our Brains.* Recuperado el 14 de Mayo de 2020, de Buffer: <https://buffer.com/resources/science-of-storytelling-why-telling-a-story-is-the-most-powerful-way-to-activate-our-brains>
- Williams, L. M. (2013). *Between health and place: Understanding the built environment.* Toronto: The Welleslye Institute.
- Wilson, E. O. (1984). *Biophilia: The human bond with other species* (Twelfth ed.). Cambridge: Harvard University Press.
- Wilson, J. Q., & Kelling, G. L. (2001). Ventanas rotas: La policía y la seguridad en los barrios. *Delito y Sociedad. Revista de Ciencias Sociales*(15-16), 67-79.
- Wrann, C. D., White, J. P., Salogiannis, J., Laznik-Bogoslavski, D., Wu, J., Ma, D., . . . Spiegelman, B. M. (2013). Exercise induces hippocampal BDNF through a PGC-1 $\alpha$ /FNDC5 pathway. *Cell Metabolism*(18), 1-11.
- Zahn, W. (1831). *Ornamente aller klassischen Kunstepochen.* Berlin: Reimer.
- Zapata-Diomedí, B., Boulangé, C., Giles-Corti, B., Phelan, K., Washington, S., Veerman, J. L., & Gunn, L. D. (2019). Physical activity-related health and economic benefits of building walkable neighbourhoods: a modelled comparison between brownfield and greenfield developments.

*International Journal of Behavioral Nutrition and Physical Activity*, XVI(1),  
1-12.

